



**No debiste
aparecer**

Leire Milanesi

No debiste aparecer

Leire Milanesi

© Leire Milanesi, 2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la distribución o la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido el tratamiento informático o la reprografía, y el alquiler o préstamos públicos de ejemplares.

Índice

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

CAPÍTULO I

Mis compañeros forman corrillos en los que se especula sobre lo que va a suceder a continuación. El optimismo no se encuentra entre ellos. Hace tiempo que el diario no va bien y la amenaza del paro sobrevuela como un buitre encima de nuestras cabezas. La convocatoria del director nos ha pillado por sorpresa esta mañana y nadie cree que augure nada bueno.

Me llamo Mai y tengo veintiséis años. Soy periodista. Empecé mi carrera profesional en el diario online LaOnda.com y ahí sigo. No he trabajado en ningún otro sitio. Fui becaria, luego ayudante de redacción y ahora, por fin, redactora. Un sueño hecho realidad. Por desgracia, todos los periodistas del diario pensamos que el sueño está a punto de terminar.

Vemos salir a Amadeo de su oficina acristalada. Tratamos de adivinar en su rostro el motivo de la reunión, aunque nos tememos lo peor.

—Va a anunciar que cerramos y que nos vamos a la calle —dice Merche a mi lado. Es mi compañera y mi mejor amiga. Permanece con los brazos cruzados y de pie apoyada en su mesa. Mira al jefe como si fuera su peor enemigo.

Me gustaría contradecirla. Echarle en cara que su pesimismo no ayuda a nadie, pero yo misma no estoy segura de que esta vez no tenga razón.

A mí Amadeo me despierta más compasión que odio. Soy consciente de que ha intentado mantener el diario en pie todo lo que ha podido y hasta el momento nuestras nóminas no han dejado de ser ingresadas. Me niego a culparlo de la quiebra, si es que esta se produce.

El jefe se planta en medio de la redacción. Es un hombre elegante, parece un actor, debe de tener unos cincuenta y cinco años y el pelo escaso, pero sigue siendo atractivo. Se aclara la garganta para que nuestros murmullos cesen y las miradas se dirijan hacia él. Aún espera unos segundos dramáticos antes de empezar a hablar. Seis redactores y dos fotógrafos le escuchamos en silencio. Su voz es pausada y tranquila. No denota pesadumbre, aunque tampoco una alegría extrovertida, pero él es así, un tipo serio.

—Bien, ya sabéis todos que la situación del LaOnda.com es delicada desde hace tiempo. Hemos hecho unos esfuerzos encomiables para mantener nuestro diario a flote.

—Nos va a echar —repite Merche en voz baja.

—Pues bien. Ha surgido una oportunidad de oro para que podamos sobrevivir.

Una leve sonrisa se dibuja en su rostro durante un instante. Solo una leve y solo un instante. Lo suficiente para que yo tome aire y se me llene el pecho de esperanza.

—Es una oportunidad que no podemos dejar escapar. Nos jugamos nuestra propia supervivencia, pero en absoluto estoy nervioso. ¿Y sabéis por qué? Porque tengo al mejor equipo con el que embarcarme en este viaje.

—Menos coba y al grano —dice Merche y oigo algunas risitas a nuestro alrededor.

Amadeo la mira como si quisiera ahogarla, pero le hace caso.

—Hace un par de horas se ha publicado la lista Forbes de los hombres más ricos del mundo. Pues bien, resulta que el tercero con más pasta y el más rico de España es de aquí, de Tenerife.

—No me jodas —dice Merche—, si es el de Zara.

—Era —la rectifica Amadeo—. Por eso os he convocado. Nadie sabe nada de él. De la noche a la mañana ha aparecido en la lista. Parece ser que es un financiero con cientos de participaciones en las empresas más grandes del mundo. Todas a través de empresas pantalla, por

eso ha pasado tan desapercibido hasta ahora.

—¿Y por qué es eso tan buena noticia para nosotros? —le pregunto.

—Ahí quería llegar. La noticia ha despertado un gran interés en los medios nacionales. Desde Madrid no paran de pedirnos que les demos toda la información que tengamos de este tipo. El problema es que no tenemos ninguna. Sabemos que su grupo se estableció aquí hace un año, pero que lo hizo de forma tan discreta que nadie le dio mayor importancia. Ahora, sin embargo, es el hombre más buscado del país. Por eso tengo que anunciaros algo importante. He cerrado un acuerdo con la agencia de noticias PressCoop para proporcionarles un reportaje sobre el hombre misterioso en los próximos días. Si cumplimos, estamos salvados. Y cumpliremos.

»Aquí os dejo unas carpetas con la poca información que se tiene de él. Paco, tú y Raúl os encargáis de las fotos. A ver si lo podéis retratar en algún lugar. Lo siento, sé que no sois paparazzis, pero, en estos momentos, una imagen suya vale oro. Jonay y Tello investigaréis su situación económica y empresarial. Mai, tú y Merche tenéis el trabajo más importante de todos. Os ocuparéis de las entrevistas y de toda la información más personal. Buscad a gente que lo conozca y tratad de averiguar cosas de él. Esto servirá como aperitivo del plato principal, el que nos va a abrir las puertas de la gloria.

—¿Y cuál es ese plato? —inquire Merche.

—La entrevista al hombre más buscado del país.

—Ya. ¿Y cómo se supone que la vamos a conseguir? —pregunto yo riendo nerviosa—. Si es tan misterioso, ¿crees que nos la concederá a nosotras?

—Eso lo dejo en vuestras manos. Seguro que encontraréis la forma de llegar hasta él. Bien, eso es todo. No olvidéis recoger las carpetas.

Acto seguido, Amadeo desaparece de nuevo en su oficina y los periodistas nos dirigimos a la mesa donde se encuentran las carpetas a recoger cada uno la nuestra. Yo ni siquiera miro la mía. Al final, Merche va a tener razón, nos van a echar, pero va a ser por nuestra culpa. Porque no sabemos cómo demonios vamos a entrevistar a un tipo tan hermético.

Cuando regreso a mi escritorio, mi compañera se sienta a mi lado y tuerce el gesto mientras observa los documentos de la carpeta.

—Aquí no hay gran cosa. Son todos datos económicos. Les vendrán genial a Jonay y Tello, pero a nosotras...

—¿Sabemos al menos cómo se llama?

—Sí. —Merche lee el nombre en el papel y dice—: Gabriel Kul. ¡Qué nombre tan raro! Debe de ser extranjero.

No estoy segura de haberlo oído bien. Bueno, en realidad, estoy segura de que no lo he oído bien, porque no es posible que alguien conozca ese nombre.

—¿Me lo repites?

—Gabriel Kul.

Las palabras de Merche me impactan como un puñetazo en la sien que me deja grogui. El nombre pronunciado en voz alta tiene algo de irreal para mí. Yo misma abro mi propia carpeta y lo contemplo allí escrito.

No puede ser. Es imposible. No puede llamarse Gabriel Kul, porque solo hay dos personas en el mundo que conozcamos a Gabriel Kul y una de ellas está muerta.

—Estás empanada, Mai —me dice Merche y es lo único que he oído después de toda la cháchara que ha salido de su boca en los últimos minutos sin que yo le prestara atención.

—Perdona, ¿qué me has dicho?

—Me estaba quejando del marrón que nos han endosado, pero al final te he preguntado que por dónde empezamos.

Yo sigo con el nombre resonando en mi cabeza, pero cada vez estoy más convencida de que se trata de una casualidad. Absolutamente improbable, pero posible. No puede ser de otra manera.

Será mejor que me centre en mi trabajo si no quiero perderlo.

Cuando nos sentemos frente a Gabriel Kul comprobaré que se trata de un hombre en la cincuentena, con una vida bastante plana, a pesar de los aires que se da, y descartaré todas las ideas absurdas que se me están pasando por la cabeza.

—Deberíamos llamar a la empresa del gran hombre, para concertar una entrevista. Aunque nos digan que no, después no nos podrán reprochar que no lo intentamos. ¿Cómo se llama la empresa?

—Sociedad Inversora del Atlántico —responde Merche.

—Más genérico no puede ser.

—¿Llamas tú o llamo yo?

—Deja, llamo yo.

Levanto el auricular y marco el número que aparece en el dossier. Suenan dos tonos y enseguida contestan.

—Sociedad Inversora del Atlántico, dígame.

—Buenas tardes, ¿podría hablar con el departamento de prensa, por favor?

—Enseguida le paso, ¿de qué medio llama?

—LaOnda.com.

—Bien, espere un momento.

Comienza a sonar una música ligera durante un par de minutos y luego aparece la voz de un hombre maduro, rápida y directa.

—Manuel Fresneda, jefe de prensa.

No me suena, pero lo trato como si lo conociera de toda la vida.

—Hola, Manuel. Me llamo Mai Rodríguez, de LaOnda.com. Verás, te llamo...

—Ya sé por qué me llamas.

—¿Ah, sí?

—Por lo mismo por lo que llevan llamándome desde hace unas horas todos los periodistas del país. Olvídate. Gabriel no va a hacer declaraciones.

No me sorprende la respuesta.

—¿Vais a dar algún tipo de información ante la expectación que se ha generado por su aparición en la lista Forbes?

—Ninguna información.

—¿Nada? ¿No vais a publicar ningún perfil biográfico o una nota de prensa?

—Nada.

Sí qué es raro tanto hermetismo.

—Vaya. Y yo que quería pedirte una entrevista con él.

Oigo las risas al otro lado.

—¿Quieres la respuesta larga o la corta?

—Bueno, dame la corta.

—No.

Ya me lo imaginaba.

No sé qué más preguntarle. La situación es muy extraña. Lo normal es que un empresario se

quiera dar a conocer, eso siempre le proporciona contactos y ayuda a sus negocios. Aquí hay algo raro, así que la pregunta me sale sola.

—¿Por qué?

Se hace el silencio en la línea. Oigo respirar a Fresneda, pero parece meditar la respuesta.

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué tanto secretismo? ¿Qué tiene que esconder el señor Kul?

—¿De qué medio me has dicho que eres?

—Mai Rodríguez, de LaOnda.com.

—Bien, Mai, pues te lo digo claramente. No hay nada oculto, simplemente no le gustan los periodistas. ¿Entendido? No vuelvas a llamar, por favor.

La conversación termina con un golpe que hace que me aparte el auricular del oído.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué carácter!

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Que no tenemos entrevista. Esta gente es muy hostil con la prensa. No sé cómo vamos a acercarnos a este Kul.

—Hmm... Algo se nos ocurrirá —dice Merche—. Con la hora que es, hoy ya no podemos hacer nada. Te invito a una cerveza.

—No sé. No me apetece mucho.

Merche me mira seria.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Sergio y yo lo hemos dejado —responde como si tal cosa—. Necesito una amiga con la que ponerlo verde.

—Claro, en ese caso, acepto la cerveza.

La ruptura entre Sergio y Merche no tiene el efecto en ella de un dramón de tragedia griega ni mucho menos. Apenas llevaban mes y medio saliendo. Solo he visto a Merche una vez con el corazón roto, pero roto de verdad, y no creo que la vuelva a ver. Se ha construido una coraza tan dura a su alrededor que nada parece penetrar en ella. Mucho menos un sentimiento tan profundo por otra persona que le pueda hacer daño. Y eso sí que me da un poco de pena, porque Merche es la mejor amiga del mundo, la más leal, y se merece que encuentre al hombre que ponga su realidad al revés y que destruya esa coraza que la acabará convirtiendo en una piedra.

Ahora la tengo delante de mí, riendo mientras me cuenta el motivo de la ruptura con el tal Sergio.

—¿Te puedes creer que anoche se me presenta con una chica y me dice que es su novia, como yo?

—No lo entiendo, ¿qué quieres decir?

—Pues eso, que pretendía tener dos novias.

—¡Joder! ¿En serio?

—Pues sí... Poliamor.

—¿Y la otra?

—La otra tan contenta. «Estaba deseando conocerte», me dice.

—No me lo puedo creer.

—Te juro que es verdad. Es un asqueroso. Que lo disfrute esa zorra.

—Podías haber probado. Te hubiera salido un reportaje cojonudo. El poliamor está de moda.

—No, gracias. Eso no es para mí. Prefiero no compartir. Aunque el chico en cuestión sea un

gilipollas, al menos, que sea mi gilipollas.

Un velo de tristeza ha cruzado su mirada un instante. A ninguna nos gusta terminar de esa manera, por muy poca importancia que le demos a la relación. Pero es solo un instante, una décima de segundo antes de dar un nuevo sorbo a la cerveza y cambiar de tema.

—¿Y tú qué? —me pregunta—. Hace tiempo que no me cuentas nada. ¿Os va bien a Carlos y a ti?

¿Que podría contar? Llevamos tanto tiempo juntos que las novedades han acabado diluyéndose en el día a día. Aunque sí que hay una novedad. Y de las gordas. Algo que tenía que haberle contado a Merche en cuanto se produjo. Desde luego, para cualquier pareja sería el gran hito de sus vidas, pero yo no consigo vivirlo con la intensidad con la que debiera. No sé muy bien por qué.

—Carlos me ha pedido que me case con él.

Merche casi escupe la cerveza que acaba de beber.

—¡Qué! ¿Pero por qué no me lo has dicho? —Se queda muy seria y me señala entonces con el dedo—. Tú eres tan hermética como el millonario gilipollas ese. Cuéntame los detalles. ¿Se arrodilló para darte el anillo de compromiso? ¿Por qué no lo llevas puesto?

—Tú has visto muchas películas. No pasó nada de eso. Llevamos cuatro años viviendo juntos. Hablamos las cosas como adultos que somos.

—Vosotros no sois adultos, sois dos sosos de cuidado. No tenéis sangre en el cuerpo.

De repente, la que es incapaz de sufrir porque su coraza no la deja enamorarse se ha convertido en la más romántica del cuento.

—Ha sido más bien: «Tal vez deberíamos casarnos» —le explico—. «Total, ya que vivimos juntos».

—Ese chico es tonto. Deberías decirle que no, para que aprenda a pedirlo como Dios manda.

Carlos no es como Merche lo describe. Es dulce, y comprensivo, y me da todo lo que necesito en una relación. Quiero a alguien así a mi lado, a alguien con el que pueda contar. Quiero saber que estará ahí dentro de cincuenta años. No me hace falta que se arrodille en público con un anillo en la mano. Eso son americanadas.

Seguimos hablando un rato del tema mientras Merche ha pasado de la cerveza a los chupitos de tequila y yo trato de mantener lleno el primero para que no me pida otro y acabar borracha como ella. Con la lengua de trapo se pasa un buen rato explicándome sus teorías de cómo los hombres deberían tratarnos a las mujeres y de cómo nos tratan en realidad y, sobre todo, por qué la culpa es nuestra.

—No nos hacemos valer —dice—. Ese es nuestro problema. Los hombres necesitan conquistar y nosotras que nos conquisten. Así funciona el mundo, entérate bien. —Cuando dice esto levanta el chupito que tiene en la mano y lo mueve a un lado y a otro con sorprendente habilidad—. El problema es que cuando un territorio ya está conquistado, no hace falta que se lo conquiste de nuevo. Ya es suyo para siempre. Eso lo sabe el conquistador y la conquistada. Por eso somos tan idiotas y dejamos que nos mangoneen. Por eso ellos se cansan de nosotras y van hacia una nueva conquista. Y el territorio conquistado se queda llorando mientras espera a un nuevo invasor.

—¿Y cuál es la solución?

—Dejar de comportarnos de esa manera.

—¿Y cómo se hace eso?

—Ni idea. Estoy borracha, ¿no esperarás que mis teorías tengan algún sentido?

No, no lo espero. Me conformo con llevarla a casa. Así que la tomo por el brazo y la ayudo a levantarse. Mientras conduzco no puedo evitar compadecerme de ella. Toda la noche ha intentado hacer ver que el tal Sergio no le importa nada. Ahora, viéndola dormitar en el asiento del copiloto tengo la certeza de que la coraza no es tan dura como quiere aparentar.

Cuando llego a casa, Carlos está tumbado en el sofá mirando la tele. Me acerco y le doy un leve beso en los labios.

—¿Has bebido?

—Sí, un poco. ¿Se me nota?

—Apenas.

Me dirijo hacia la cocina y me preparo un sencillo sándwich de jamón y queso.

—¡Hay lasaña! —me grita Carlos desde el salón, pero no me apetece.

Mientras muerdo el primer bocado del sándwich no paro de darle vueltas al nombre del hombre hermético. Gabriel Kul. «Vaya una casualidad», me digo. Entonces me pregunto si conservaré aún el relato.

—Carlos, ¿tú sabes dónde guardamos mis papeles del instituto?

—En el altillo del armario.

Me voy hasta nuestra habitación y contemplo el altillo oscuro como si fuese una cueva. Apoyo mi pie derecho en el rebate del suelo del armario y me alzo sobre él para ver mejor. Una caja marrón con una leyenda escrita en el anverso que dice «Instituto» aparece detrás de una vieja lámpara y dos maletas. Me cuesta un poco bajarla, pero cuando está en el suelo saco a toda prisa los papeles que no me interesan. Ya he perdido toda esperanza de hallarlo cuando, ya casi en el fondo, aparece ante mí como si fuera un viejo amigo con el que me acabo de encontrar. Son apenas cinco folios amarillentos escritos con letra de ordenador y grapados en una esquina. ¡Cuántos recuerdos! Es un relato magnífico escrito por un adolescente que quería ser novelista. Al leer en voz alta el título en la portada, me asalta la misma sensación de extrañeza que cuando he visto escrito el nombre de ese millonario en el dossier:

«Gabriel Kul, por Israel Gómez Fonseca».

Como en un impulso, me lo llevo a la nariz. Huele a moho y a papel viejo, pero muy en el fondo aún me parece sentir el olor de Israel. Muy leve, muy lejano, aunque no lo suficiente como para que no lo note. Me retrotrae al día en que me lo regaló. «¿Para mí? —le dije—. Deberías presentarlo a un concurso. Es tu mejor historia». «No —me respondió—, este es solo para ti».

Abro la primera página y empiezo a leer. ¿Cuántas veces recorrí aquellas letras después y cuántos años hace que dejé de hacerlo?

Gabriel Kul era un hombre capaz de desaparecer a voluntad. Ahora estaba, ahora no estaba... Llevaba tanto tiempo haciéndolo que ya no era nadie.

Leyendo estas palabras, la historia del millonario se me antoja más retorcida si cabe. ¿A quién pretendo engañar? Es demasiado obvio que esto no es una casualidad, y me da muy mala espina.

Regreso al comedor y me siento en mi sillón con la intención de leer entero el relato, de nuevo, aunque ya me lo sé de memoria. Mientras paso las páginas, me sigue pareciendo igual de bueno. No puedo entender cómo un chico de diecisiete años era capaz de escribir así. De pronto, al pasar una hoja, algo sale despedido y cae al suelo, bocabajo. Es un pequeño rectángulo de papel. Carlos se agacha a recogerlo y lo mira durante unos segundos.

—¿Este no era tu novio del instituto? —dice mientras me lo entrega—. ¿Guardas una foto suya? No sé si ponerme celoso.

Sostengo la foto entre mis dedos. Una oleada de recuerdos se dispara en mi cerebro y no estoy muy segura de si son felices o desgraciados. En la imagen, Israel sonríe a cámara. Una sonrisa luminosa que no refleja ningún problema. La sonrisa de un chico feliz y enamorado. Sobre todo, enamorado de mí.

—No, no la guardaba —respondo—. No sabía que estaba aquí. ¿Te acuerdas de Israel?

—Vagamente. Por entonces yo aún no te conocía, aunque ya te había echado el ojo. Sí recuerdo que era un *brocas*.

—Tuvo una vida muy complicada.

Carlos se levanta del sofá y se dirige a la cocina. Regresa con un plato pequeño de lasaña y dice:

—Pues no pegabais ni con cola. Menos mal que después te enamoraste de mí, que si no...

Apoya sus brazos en el respaldo del sofá mientras yo me giro para mirarlo. Sonríe y me acerca los labios para que lo bese. Cosa que hago con mucho gusto acariciándole también las mejillas.

—Sí, menos mal que vino mi hombre al rescate.

Carlos se ríe y se vuelve a sentar en el sofá.

Al volver a mirar el relato, una punzada desagradable se instala en mi abdomen cada vez que leo el nombre de Gabriel Kul, como si fuera un aviso. Todo esto me produce un rechazo insoportable. Sé que no quiero estar ni un minuto más relacionada con este asunto.

—¿Qué fue de él? —pregunta mi novio sin dejar de mirar la tele.

—¿Israel? Murió.

Carlos dirige sus ojos hacia mí. Le ha sorprendido la respuesta.

—¿De verdad?

Yo asiento.

—Joder, no lo sabía. ¿Y aún estabais juntos?

Vuelvo a asentir.

—Vaya, perdona. No tenía que haber bromeado con el tema.

—No te preocupes. Está bastante superado.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

—¿Por qué has sacado todo esto ahora?

Yo me encojo de hombros. No estoy muy segura de si debería hablarle de la muerte de Israel. De cómo huían de la policía cuando el coche en el que viajaban se salió de la carretera y se hundió en el mar. De la suerte que tuvieron los otros dos que iban con él, que consiguieron salir a tiempo y que solo él se quedó allí. ¿Debería contarle que nunca recuperaron su cuerpo? ¿Que lo buscaron en vano durante cuatro días? ¿Que aún tengo grabadas las palabras de un pescador que ayudó en la búsqueda? «Eso tarde o temprano lo escupe el mar». «Como si fuera un despojo», fue lo que pensé. Pero no lo escupió. Esperamos durante meses, su familia y yo, hasta que nos convencimos de que estaba muerto, de que no volvería.

Y algo me dice que nueve años después ha vuelto, y que se hace llamar Gabriel Kul, como el personaje que solo él y yo conocemos. Un nombre que es un mensaje dirigido a mí. Un mensaje que no quiero recibir por nada del mundo.

—Nos han encargado un trabajo que no me gusta nada —digo, como si estuviera pensando en voz alta.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Merche y yo tenemos que conseguir una entrevista complicada.

—¿Y por qué es complicada?

—Porque el tipo no se deja ver. Se esconde de los medios.

—Pues vaya.

«Y además yo no quiero verlo», estoy a punto de decir. Porque estoy aterrorizada de volverme a encontrar con la mirada verde de Israel. De volver a sentir que cada vello de mi cuerpo se eriza a su lado, y que pudiera entrar en mi vida para desbaratarlo todo.

—¿Y si dejara el trabajo?

Carlos aparta sus ojos de la tele y me mira sorprendido.

—¿Dejarlo? ¿Qué dices, por una entrevista? Mai, necesitamos el dinero. No me importa que lo dejes, pero deberías tener otro, al menos en perspectiva. Irte al paro... No sé... ¿Tan difícil es conseguirla?

Carlos tiene razón en todo lo que dice, como siempre. Lo de abandonar el empleo no ha sido más que una idea fugaz, un impulso. Ya no soy la misma persona que cuando iba al instituto. Tampoco estoy segura de que Gabriel Kul sea Israel. ¿Y si lo fuera? Lleva un año en Tenerife y ni siquiera ha venido a verme. Seguro que tendría una historia sorprendente, pero no sería más que eso, una historia. Yo tengo otra vida y estoy segura de que, de ser él, también la tendrá, pero ya no somos los mismos.

—No, no es tan difícil —digo—. No te preocupes, era solo una idea. Seguro que la conseguimos.

Tengo que dejar de darle vueltas a todo esto o me voy a volver loca. Hace un rato que Carlos se ha ido a la cama y yo sigo aquí, en mi sillón, con el sonido de la tele de fondo y leyendo y releendo el relato de Israel. A estas alturas ya no tengo ninguna duda de que él es Gabriel Kul. Pero ahora trato de encontrar alguna clave en la historia que escribió que explique por qué desapareció como lo hizo, y, sobre todo, por qué nunca intentó ponerse en contacto conmigo.

«Ya es suficiente», me digo. No voy a encontrar nada en los cinco folios que no haya visto ya. Me voy a la cama.

Carlos está leyendo en su lado. Me desvisto y me pongo la camiseta para dormir, como cada noche, y luego me voy al baño para lavarme los dientes. Me río al recordar la historia de Merche. No me la imagino viviendo en trío por muy desesperada que esté. En fin.

Cuando regreso, Carlos ha dejado el libro en la mesilla de noche y tiene las dos manos en la nuca mientras me observa.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta—. Te noto muy seria.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. Lo de Israel es una historia vieja.

—No debería haberla sacado a colación.

—No, tranquilo.

—¿Estás preocupada por la entrevista esa que dices?

—Un poco.

—Escucha, si quieres dejar el trabajo, puedes hacerlo. Nos apañaremos. Seguro que encuentras otro rápido.

—No, que va. Ha sido un impulso. Tenías razón, necesitamos el trabajo. No te preocupes. Es solo estrés.

Carlos se ha reclinado sobre mí y ha empezado a acariciarme el vientre. Yo me dejo.

—¿Seguro que estás bien?

—Que sí, tranquilo.

Me besa suavemente y su mano sube por mi torso y siento sus dedos cálidos en mis pechos. Empiezo a excitarme.

Lo que sucede a continuación se ha convertido en un ritual. No hay sorpresa ni giros inesperados. La rutina ha invadido nuestra relación de tal modo que ni siquiera nos sentimos incómodos en ella. El ritual ya me lo sé de memoria, pero está bien, disfruto con él.

Carlos me acariciará, me besaré durante un rato y después me hará el amor. También en esto nos conocemos demasiado. Me sé cada movimiento suyo, cada gesto. Y él reconoce mis reacciones. Ajustará su ritmo a mi respiración, a mi cuerpo e intentará ser delicado. Luego, alcanzará el orgasmo y me preguntará si he llegado y yo le responderé que sí, tanto si lo he hecho como si no, porque sé que así lo hago feliz. Como si su clímax no fuera completo sin el mío.

Todo eso es lo que ocurre esta noche, pero yo apenas lo disfruto. Tengo muchas cosas en la cabeza y la imagen de Israel se me ha cruzado demasiadas veces.

«No los compares», me he dicho. Pero sí que los he comparado y he sido injusta al hacerlo, porque son completamente diferentes. Carlos es el hombre de mi vida. Me voy a casar con él y tendré lo que siempre he soñado, un matrimonio feliz y con hijos. Israel es... Era... Israel está muerto, por mucho que se haga llamar Gabriel Kul.

Me acuesto al lado de Carlos, tranquila, con la cara apoyada en su pecho, porque no quiero sufrir como lo he hecho antes o como sufre Merche. Oigo los latidos de su corazón y siento su respiración agitada que hace subir y bajar su vientre. Me gustaba cuando me decía que me quería después de hacer el amor. Hace tiempo que no ocurre, pero no importa, ninguno de los dos necesitamos decir lo que ya sabemos.

CAPÍTULO II

—¡Dime que soy una jodida *genia*!

—Eres una jodida *genia* —le espeto a Merche por el móvil—. Ahora dime tú por qué lo eres.

—He investigado qué empresa ha hecho las reformas del edificio donde están las oficinas de Kul.

—¿Por qué has hecho eso?

—Estos magnates son unos obsesos del control. Es así, siempre es así. No llegarían a nada si todo lo dejaran en manos de sus subordinados.

Otra de las teorías de Merche.

Estoy sentada en la cocina con el móvil en una mano y un café en la otra. Carlos busca algo por la encimera y los cajones, pero no lo encuentra, sea lo que sea. Sale de la cocina y después de unos minutos vuelve a entrar. Merche sigue perorando por teléfono.

—Esta gente tiene que supervisarlo todo. ¿Cómo va a reformar las oficinas donde tiene que trabajar sin opinar siquiera? No, ha debido de tener alguna relación con quien hiciera las reformas...

—¿Qué buscas? —le pregunto a Carlos.

—El mando del garaje.

—En el cenicero de la mesa del comedor.

—Pero fíjate que casualidad. La empresa de reformas se llama Ramos y Baute, S. L. Pues resulta que yo tengo un amigo que trabaja allí. ¿Te lo puedes creer?

—No, no me lo puedo creer.

—¿Dónde estás ahora?

—En casa, desayunando.

En ese momento, Carlos entra de nuevo en la cocina con el mando en la mano.

—Gracias —me dice y me besa, y luego se marcha al trabajo.

—Yo estoy en el polígono Costa Sur. Vente para acá.

—¿Ya estás allí? Son las ocho menos cuarto. ¿A qué hora te has levantado?

—A las seis. He dormido como un tronco. El tequila me sienta de maravilla.

Veo su Golf blanco aparcado frente a una nave industrial, junto a una pequeña furgoneta con el cartel de «Ramos y Baute, S. L.» en un lateral. Merche está apoyada en el maletero de su coche junto a un chico moreno y vestido con mono azul. Aparco detrás y ella me saluda con la mano, el chico lo hace con la cabeza, aunque no me conoce de nada.

—Buenos días —digo cuando me acerco.

—Buenos días —contesta el chico.

—Mira, te presento a Zeben, Zebenzuy.

Nos damos dos besos.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

—Cuéntale lo que me has dicho a mí.

—Bueno, pues... En realidad, no le he dicho casi nada. Me ha preguntado por un cliente y... En fin, que no le conozco, pero que mi jefe sí, que habló un par de veces con él. No sé nada más.

Mientras estábamos trabajando en aquellas oficinas por las que me pregunta Merche, había un secreto alrededor de la obra que a mí me parecía muy raro.

—¿Nunca apareció por allí Gabriel Kul? —le pregunto—. ¿Ni siquiera a supervisar los trabajos?

—Nunca, pero sí que supervisaba la obra. Me consta que iba por las noches y si todo estaba bien, no pasaba nada, pero si había algo que tenía que decir, llamaba a mi jefe por teléfono. Eso era todo. Supongo que se lo podéis preguntar a él, sabrá más que yo.

—¿Está aquí?

—No, suele venir un poco más tarde. En una hora o así.

Entonces miro a Merche.

—Esperamos, ¿no? —me dice.

—Claro, qué remedio.

El jefe no tarda una hora en llegar, sino dos. Estamos sentadas a la barra de un pequeño bar de trabajadores justo enfrente de la empresa de reformas cuando vemos aparecer un BMW azul oscuro. Se baja de él un hombre de unos cincuenta años, de pelo blanco y barriga prominente. Merche y yo salimos del bar mientras él entra en su empresa. Cuando estamos cruzando la calle lo vemos aparecer de nuevo y dirigirse hacia nosotras.

—Zeben me ha dicho que me buscaban.

—Sí, así es, señor Ramos. Yo soy Merche y ella es Mai.

Merche le extiende la mano y yo hago lo mismo.

—No soy Ramos. En Ramos y Baute, yo soy Baute —y el hombre ríe como si hubiese tenido una gran ocurrencia.

Merche también suelta una carcajada, como yo. Unas risas más falsas que un euro de madera.

—¿Y qué es lo que desean, señoritas? Somos los más profesionales de la isla, eso se lo puedo asegurar.

—No lo dudo —le respondo—, pero en realidad, estamos aquí por otro motivo.

—Pues ustedes dirán.

—Zeben nos ha dicho que cuando hicieron reformas en las oficinas de Gabriel Kul —empieza Merche—, usted fue quien trató con el dueño.

La cara de Baute cambia de repente. Ha dejado de ser el hombre afable que era y ahora frunce el ceño y nos estudia con detenimiento.

—Zeben es un *bocas* —dice—, ¿por qué me lo preguntan?

—Verá, señor Baute —intervengo yo—, somos periodistas. Estamos realizando un reportaje sobre el señor Kul y nos documentamos con la gente que le conoce para preparar la entrevista que tenemos concertada con él.

Miento como una bellaca.

—Pero yo no le conozco. Apenas hemos hablado un par de veces, y siempre relacionado con la reforma. Además, no podría contestar a sus preguntas, aunque quisiera.

—¿A qué se refiere? —pregunta Merche.

—Me hizo firmar un contrato de confidencialidad.

—¿Un contrato de confidencialidad por una reforma en unas oficinas?

—Sí, señorita.

—Señor Baute —insisto—, lo que le preguntemos no tiene ninguna intención espuria. Le aseguro que no lo vamos a meter en ningún lío. Además, tenga en cuenta que somos periodistas.

Está usted protegido por el secreto profesional y por nuestra obligación de no revelar nuestras fuentes.

Baute permanece en silencio. Se acaricia el mentón con la mano mientras su mirada se pierde al final de la calle.

—¿Seguro que no se va a saber que he hablado con ustedes?

—Se lo prometo —asegura Merche poniéndose una mano en el corazón de forma teatral.

El hombre se lo piensa un poco más, pero cinco minutos más tarde estamos los tres sentados a una mesa del bar de enfrente de su empresa.

—Solo lo he visto dos veces. La primera fue porque no le gustaba cómo quedó el baño de su despacho. Yo le había dicho que el mármol que él pidió solía dar muchos problemas. Por la humedad, las lozas podían levantarse, así que me hizo llamar para ver qué podíamos hacer. Le recomendé que cambiáramos de material. Y la segunda fue por algo parecido, pero esta vez con una puerta enorme que íbamos a colocar en la sala de juntas.

—¿Podría describirlo? —le pregunto. Visto que no hay ninguna imagen de Gabriel Kul, bien podríamos hacernos una idea de su aspecto, aunque solo fuera por una descripción.

—Lo primero que me sorprendió fue su juventud. Quiero decir, que, teniendo tanto dinero, uno se imaginaría a alguien más bien mayor, o al menos que superara los cuarenta. Pero no, es un veinteaño. Veintiséis o veintisiete, no le echo más. Y después, su aspecto. Tampoco es el típico niño rico, de traje y corbata y pelo engominado. Al contrario, me recibió con una camiseta negra, los brazos tatuados y musculosos y un peinado corto, al estilo militar.

Lo primero que pienso es que toda la descripción podría encajar perfectamente con Israel.

—¿Es canario? —le pregunta Merche.

—Yo diría que sí. Su acento es difuso, como si hubiera estado mucho tiempo fuera, pero sigue pronunciando las ches como nosotros.

—¿Dónde se reunieron? —pregunto yo—. ¿En su oficina?

—No. Quedamos en un restaurante en Radazul, en el puerto.

—¿Las dos veces?

—Sí, las dos veces.

—¿Para almorzar? —le pregunto yo.

—Una vez a almorzar y otra a cenar.

Baute no tiene más información de Kul. Todo sigue siendo muy misterioso en torno a él, lo que hace que la curiosidad que siento se multiplique por mil.

Mientras vemos al contratista cruzar la calle en dirección a su empresa, Merche y yo nos quedamos pensativas en nuestra mesa.

—A mí este Gabriel Kul me empieza a interesar —dice mi compañera—. Tatuado, con pinta de malote... Hmm... Este es un *empotrador*, acuérdate de lo que te digo.

—Deberíamos ir a ese restaurante a hacer guardia, por si aparece de nuevo.

—Estoy de acuerdo.

Nos encontramos sentadas en una esquina apartada del restaurante, en la terraza. Desde ella podemos ver los barcos de recreo del puerto y me pregunto si alguno de ellos es de Israel. Le doy vueltas a las razones que han podido llevarlo a ocultarse tras la identidad de Gabriel Kul, pero no me atrevo a contárselo a Merche. Sobre todo, porque no estoy segura de cuáles serían las consecuencias de que se supiera. Tampoco sé si el Israel del que estuve enamorada es el mismo al que ahora perseguimos, o si habrá cambiado mucho.

Desde nuestra posición también podemos divisar todo el comedor del restaurante. Hemos decidido no hacer preguntas, para no dar la voz de alarma. Un tipo tan celoso de su intimidad puede haber tomado precauciones para que no lo descubran, y más si va a comer al mismo sitio con frecuencia.

Nos mantenemos en silencio. Ni siquiera a Merche le salen sus payasadas. Se nota la tensión. Sabemos que puede aparecer en cualquier momento y estamos expectantes.

Me vienen a la memoria las circunstancias en las que desapareció, en las que lo perdí. Su hogar era un desastre. Su madre había tenido numerosas parejas y la última era un atracador de poca monta que se había empeñado en enseñarle a Israel el oficio. Él apenas era un chico, y además bastante problemático, al que no se le daban bien los estudios ni ninguna otra cosa que no fuera escribir. Yo representaba lo único serio que había en su vida.

A pesar de todo, Israel se resistía a la influencia de su padrastro. Trataba de evitarlo siempre que podía, pero aquella tarde, la tarde en que desapareció, fue engañado. Le dijo que lo necesitaba para comprarle un regalo a su madre, un anillo, y le pidió que lo ayudara a elegir. Cualquiera se podría haber imaginado que el atracador atracaría la joyería, pero el caso es que Israel acompañó a su padrastro y a un amigo hasta el lugar.

Se produjo un forcejeo, un enfrentamiento con el joyero y un disparo. El joyero resultó herido en una pierna y los tres atracadores perseguidos en un Opel Corsa por todo Tenerife. Hasta que su huida terminó con el reventón de una rueda en una curva y el coche cayendo al mar. El padrastro y su amigo consiguieron salir y de Israel nunca más se supo.

Y sin embargo ahora estamos esperándolo en un restaurante de Radazul. Lo que me parece increíble si lo pienso bien. Llevamos ya más de una hora y estoy empezando a impacientarme. Mi mente se dirige sola a la casa de Israel. A una vivienda unifamiliar del barrio de Tiopino que habitaban su madre, dos hermanos pequeños y él. Han pasado nueve años, pero me pregunto si Candelaria, que así se llamaba, seguirá viviendo en el mismo sitio. Y de ser así, ¿sabrá que su hijo ha vuelto?

Aún espero un poco más hasta que me decido a dar el paso. Me pongo de pie y Merche se me queda mirando sorprendida.

—¿Adónde vas?

—Se me ha ocurrido que quizá... —No me atrevo a terminar la frase—. Tengo que irme, luego te cuento. Si aparece, llámame.

—Claro.

Aparco delante de una casita con una puerta verde y dos ventanas diminutas y enrejadas. Está recién pintada de blanco y conserva algunos geranios que me recuerdan a la época en que yo solía frecuentarla. Si tiene las mismas plantas es posible que todavía vivan ahí, así que salgo del coche y me decido a visitarlos.

El timbre no suena muy estridente. Han pasado nueve años y al menos en eso sí que ha cambiado. Tardan un poco en abrir y me encuentro cara a cara con una chica de unos dieciséis o diecisiete años, morena y algo rellenita. No la reconozco como a la hermana de Israel, Gara, pero ha pasado tanto tiempo que puedo estar equivocada. De todos modos, por edad podría ser ella, así que pruebo:

—¿Gara? —le pregunto.

—No —me dice algo hosca.

—Perdona, debo haberme equivocado. ¿Vive aquí Candelaria Fonseca?

—No.

La chica es de pocas palabras. Está claro que con ella no voy a conseguir nada.

—¿Está tu madre?

La muchacha me mira de arriba abajo y después grita:

—¡Ma! ¡Preguntan por ti!

Al momento aparece por la puerta una mujer con un claro problema de obesidad y vestida con una especie de bata ligera atada a la cintura y un camisón blanco debajo. Me mira de la cabeza a los pies y me dice:

—No queremos nada, mi niña.

—No pretendo venderle nada, señora —le respondo tratando de mostrarme amable y viendo que está a punto de darme con la puerta en las narices.

—¿Y entonces qué es lo que quieres?

—Busco a una mujer que vivió aquí hará unos nueve años. Se llama Candelaria.

—¿Cande? Hace un año que se mudó. Nos vendió la casa a nosotros.

—Ah, vaya. ¿No sabrá dónde vive ahora?

—Sí, claro que sí. En Residencial Anaga. Tengo su dirección por algún lugar. —La mujer desaparece de mi vista durante un minuto y vuelve a aparecer con una tarjeta en la mano, pero cuando me la va a dar la aparta de repente—. No la estaré metiendo en problemas.

—Oh, no, no se preocupe. Soy una antigua amiga suya. Habíamos perdido el contacto y me gustaría recuperarlo.

Me mira sopesando si le estoy diciendo la verdad. Decide no creerme.

—Es mejor que no te dé la dirección, no te conozco de nada.

Entonces me sincero.

—Fui novia de su hijo Israel antes de que muriera. Necesito hablar con ella.

La mujer se pone seria y luego asiente.

—Perdona. Aquello fue una desgracia.

Y entonces me entrega la tarjeta.

Otra prueba más de que Gabriel Kul es Israel. Su madre jamás habría podido permitirse una casa en Residencial Anaga a no ser que le hubiera tocado la lotería.

Esta vez la chica que me abre vuelve a ser una adolescente, pero ahora reconozco a Gara en cuanto la veo. Ya no es una niña, claro, sino una mujer; sin embargo, me mira como si no me hubiera visto en su vida. No se acuerda de mí.

—Soy Mai, ¿no me recuerdas? —le digo.

Debía de tener nueve años la última vez que la vi. Le cuesta un poco, pero me hace sonreír cuando veo que sus ojos se iluminan.

—¿Mai? ¿En serio? No me lo puedo creer.

Me da un abrazo espectacular. Se queda pegada a mí durante un buen rato. A continuación, aparece detrás de ella un chico de unos trece o catorce años. Es Samuel, también lo reconozco, pero él a mí no.

—¡Es Mai! —exclama Gara—, ¿no te acuerdas de ella? La novia de Israel.

La novia de Israel. Hace tanto que no oigo esa expresión en la boca de otro que casi se hace extraña a mis oídos, como si hablara de otra persona, o de otra vida.

—No la conozco —responde Samuel y luego pasa a mi lado y se va a la calle casi sin mirarme.

—No te preocupes, era muy pequeño.

—¡Mamá! ¿Mira quién ha venido?

Gara me hace pasar a la casa. Es amplia, decorada con gusto y con muebles caros. Candelaria está sentada en un sofá blanco y elegante en el centro de un salón luminoso mirando un televisor de pantalla plana y de un montón de pulgadas. Casi no reacciona al verme, lo cual me sorprende. Cuando era su nuera, teníamos buena relación y la bienvenida tan cálida de su hija hace aún más chocante su falta de cariño.

—Hola, Cande —le digo.

—Gara, ¿por qué no subes a tu habitación? —le dice a su hija y esta pierde por completo la alegría y me mira sorprendida. Luego baja la cabeza y obedece en silencio.

—¿Ya has descubierto que está aquí? ¿Por eso has venido?

—Así que es verdad. Gabriel Kul es Israel.

—Le dije mil veces que se fuera, que desapareciera, que se la está jugando, pero no me hace caso.

—¿Desde cuándo sabes que está vivo?

—Desde hace un año. Cuando llegué a Tenerife. Vino a verme y me compró esta casa.

—¿Por qué se oculta, Cande? No creo que sea por el atraco a la joyería. Con lo rico que es, se podría pagar al mejor abogado.

Candelaria suelta una risita, pero esta solo refleja tristeza.

—¿Cómo crees que ha conseguido tanto dinero? Tiene veintiséis años. ¿Trabajando duro? Lo ha robado, por eso se esconde. A mí no me puede engañar. Y debería estar en algún lugar perdido del mundo y no en el sitio en el que nació, donde será el primero en que lo busquen cuando decidan venir a por él.

—¿Quién lo busca?

—No tengo ni idea. Insiste en que todo es legal, pero no lo creo. Alguien va detrás de él, estoy segura.

—¿Y por qué ha vuelto?

—Por ti. ¿Por qué si no? Sigue enamorado después de tanto tiempo. En todo este año, no he dejado de pedírselo, que se vaya, que se busque a otra, que puede tener a la que quiera, pero no lo hará.

—Pero, mi vida es completamente distinta ahora. No puede esperar que yo...

—Pues es mejor que se lo digas cuando se ponga en contacto contigo, porque si le das esperanzas, acabará mal. Lo sé. Y yo lo perderé por segunda vez.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Cande se encoge de hombros.

—Vive en La Laguna —dice—, pero no sé dónde. Nunca ha dejado que lo visite. Siempre es él quien viene.

Me quedo sentada a su lado durante un rato. No soy bienvenida, lo noto. Candelaria tiene la firme convicción de que seré la responsable de la caída en desgracia de su hijo y eso no me lo puede perdonar, por mucho que me apreciara en su momento. Lo único que desea es que me vaya y desaparezca de su vida, igual que de la de Israel, y yo lo haré con mucho gusto, pero antes tengo que hablar con él.

Justo en el momento en el que salgo por la puerta, suena mi teléfono. Me alegro de ver la foto de mi amiga en la pantalla.

—Dime, Merche.

—Lo tengo.

—¿Cómo que lo tienes?

—Ha aparecido por el restaurante y no le quitado ojo durante la comida. Luego lo he seguido hasta La Laguna, a una urbanización de casas cerca del paseo Oramas. Se ha metido en un *casoplón* del quince y yo estoy aparcada en la puerta montando guardia.

—Voy para allá.

Mientras conduzco en dirección a donde me ha dicho Merche, puedo sentir los latidos de mi propio corazón intentando saltar de mi pecho, como si fuera imposible mantenerlo encerrado. Aún me resulta imposible de creer que pueda ver a Israel cara a cara de nuevo. Lo he llorado tanto... Sufrí un duelo devastador y pensé que no podría amar a nadie como a él, y así ha sido. Los sentimientos por Carlos son bien distintos, es un amor más maduro, no lo cambiaría por nada, pero no se parece a lo que sentí por Israel. Y ahora está vivo y supongo que debería alegrarme por ello; sin embargo, no sé si podré perdonarle que me hiciera pasar por aquel calvario.

Aparco tras el Golf de mi amiga y luego entro en su coche. Está recostada en su asiento. Apenas sobresale la mitad de su cabeza por encima del volante, como la espía de una mala película, y mantiene la vista fija en una puerta larga y metálica de color negro mate en la que hay un telefonillo con cámara y pantalla. Yo me siento a su lado y también observo la casa. En realidad, nada de ella se ve desde nuestra posición, sino un muro blanco y alto que la rodea y algunos árboles frondosos sobresaliendo por encima y que aún cubren más el lugar. La sensación de estar delante de un búnker se hace aún más intensa cuando se puede ver que la calle está completamente desierta.

—Esa es —dice Merche—. Ha entrado ahí y no ha vuelto a salir.

—¿Lo has visto bien? ¿Coincide con la descripción de Baute?

—Joder que si coincide. Incluso mucho mejor. El tío está buenísimo. Parece uno de esos malos de telefilm de sábado por la tarde. Tatuado, brazos fuertes... pero no parece el típico cani, no te creas. Es elegante. Nada de camiseta, como dijo Baute. Iba vestido con una camisa blanca arremangada y unos pantalones negros que parece que se los hayan pintado de lo bien que le quedaban, además de una americana azul marino colgada del hombro. Y tiene unos ojos verdes... Me ha mirado un segundo, solo uno, Mai, y se me han caído las bragas al suelo.

—Qué bruta eres.

—Sí, sí, bruta. Porque una es una profesional, que si no...

Prefiero no seguir hablando para que las fantasías rijosas de mi amiga no acaben empañando los cristales. Me concentro en el lugar. Es una calle sin salida, con casas a un lado y a otro, todas muy lujosas y bastante aisladas entre sí. Luego mis ojos se dirigen hacia la puerta de la mansión de Israel, sobre todo al telefonillo. No me costaría nada cruzar la calle, llamar y decir que soy Mai. ¿Me abriría sin más? Recuerdo entonces las palabras de su madre: «Sigue enamorado de ti después de tanto tiempo». Sí, me abriría, estoy segura. Pero algo me impide hacerlo. Un miedo difuso al que no puedo atribuir ninguna razón en concreto me mantiene en el coche de Merche sin que me pueda mover.

Ya me despedí de Israel, y lo hice para siempre. No estoy segura de que pudiera darle de nuevo la bienvenida. Todo es ahora muy distinto y no me reconozco en aquella chica de diecisiete años que estaba loca por el chico rebelde de la clase.

De pronto, para rescatarme del bucle de pensamientos en el que estoy sumergida, Merche me da un toque en el brazo y me señala la gran puerta metálica de la mansión. Se oye un sonido tenue

de motor y esta empieza a abrirse despacio. Mi corazón se desboca y mi respiración se hace más agitada. ¿Es posible? ¿Voy a verlo? ¿Qué es lo que estoy sintiendo, alegría o temor?

No obstante, nada de lo que pienso se produce. Lo que aparece es un motorista, vestido por completo de negro que tanto podría ser él como no serlo. Lleva un casco con la visera tintada y la ilustración de un león en la cubierta. Sale despacio a la calle y mira a ambos lados antes de ponerse en marcha.

Mi amiga arranca su Golf.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Es él. Estoy segura.

—No podemos saberlo.

Lo que he dicho le da igual. Merche me ignora y sale a toda hostia detrás del motorista misterioso que tampoco va precisamente despacio. Circulamos por las calles estrechas de La Laguna como suicidas, atravesando pasos de peatones sin respetarlos, y semáforos en ámbar y stop que no parece que estén ahí. La moto tampoco tiene demasiado respeto por las normas de circulación. Va a toda velocidad, pero no la suficiente como para despistarnos. Después de un rato callejeando sin ninguna dirección definida, lo vemos salir a la autopista en dirección a Santa Cruz.

Ahí su velocidad aumenta, pero la nuestra también. Me aseguro de que mi cinturón de seguridad esté bien ajustado y me agarro al salpicadero. Luego le hecho una mirada a Merche y la veo inclinada hacia el parabrisas, con los dedos crispados en el volante y concentrada en la moto que circula unos cientos de metros delante de nosotras.

El motorista se adentra en Santa Cruz por el puente de las piscinas y luego circula atravesando las Ramblas a gran velocidad y ahí es donde lo perdemos. Se nos pone un semáforo en rojo justo después de que él lo haya pasado en ámbar. Merche da dos o tres manotazos de rabia en el volante y se queda mirando cómo la moto desaparece en el horizonte.

—Tranquila —le digo—, tampoco estamos seguras de que fuera él. Al menos sabemos dónde vive.

—Era él. Estoy convencida.

El semáforo se pone en verde y avanzamos esta vez a mucha menos velocidad. Vamos en silencio, distraídas y frustradas. Y entonces lo veo.

—¡Para! —le digo.

Merche pisa el freno y alguien toca el claxon detrás de nosotras. La moto está aparcada a la entrada de un edificio en cuya planta baja hay un concesionario. Mi amiga se acerca despacio y acomoda el coche en la acera, que es lo bastante ancha para que quepa.

Salimos y observamos de cerca la moto. Es de gran cilindrada. No soy una experta, pero tampoco hay que serlo para darse cuenta de que es muy cara. Paseamos por la zona sin verlo por ninguna parte. Nos asomamos al concesionario y después a una cafetería que hay más abajo, sin resultado.

—Bueno —dice Merche—, la moto está aquí. En algún momento tendrá que venir a por ella. Solo es cuestión de esperar.

—¿Y cuando venga qué hacemos? —le pregunto temiéndome la respuesta.

—Lo abordamos, ¿no?

—¿Lo abordamos sin más?

—Claro, por qué no. En el restaurante de Radazul tenía que seguirlo para averiguar dónde vivía, pero ahora ya lo sabemos. Y además... Si lo dejamos subirse a la moto, lo vamos a perder otra vez. Ya has visto como corre.

No respondo nada. Sé que está en lo cierto y aun así preferiría no encontrarme allí. Me gustaría no tener que comportarme como una periodista y pedirle una entrevista al hombre que ha regresado de la tumba por mí.

Dos horas. Eso es lo que hemos tenido que esperar cuando lo vemos aparecer al inicio de la calle. Camina despacio, tranquilo. Parecería que estuviera dando un paseo si no fuera porque lleva el casco puesto y también los guantes y la chupa negra.

Enseguida nos bajamos de nuestro vehículo y nos dirigimos hacia él. No queremos que se nos vuelva a escapar. En realidad, no quiere Merche, yo estoy tan nerviosa que estaría encantada con que se subiera a su moto y se esfumara. El motorista se detiene cuando ve a mi compañera sonriente acercársele. Yo soy más cauta y me mantengo un metro por detrás.

—Señor Kul —le dice—, ¿podría dedicarnos un minuto?

No hay respuesta.

—Verá, somos periodistas de un medio digital, LaOnda.com, y nos gustaría poder hacerle una entrevista. Disculpe que se lo diga de esta forma tan directa, pero entiendo que es usted un hombre ocupado...

El motorista gira su cabeza en mi dirección. Es Merche la que está hablando, pero él me mira a mí y yo siento que me falta el aire y que el corazón me golpea como un martillo percutor.

—Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo satisfactorio sobre los términos de la entrevista. No será ningún tercer grado, ni nada que se le parezca. No se preocupe, no le haremos confesar nada que no quiera confesar.

Merche ríe ante su propia ocurrencia y el motorista comienza a desabrocharse las correas del casco que rodean su cuello. Lo hace con calma, metódicamente. En ese momento me quiero morir. Va a descubrir su cabeza y sus ojos verdes me van a mirar después de nueve años y yo no estoy segura de que pueda mantenerme en mi lugar de mujer ofendida. Porque lo que me pide el cuerpo es alegrarme y abrazarlo por poder reencontrarnos, aunque solo sea eso, un simple abrazo.

Entonces, sus manos enguantadas sujetan el casco con fuerza y empieza a retirarlo. Merche y yo permanecemos calladas esperando a que, por distintos motivos, se materialice el milagro.

Pero el milagro no se materializa.

Quien está ante nosotros es un hombre de unos cuarenta años, con algunas canas en las sienes y una cicatriz que le recorre la cara desde la frente hasta la mejilla.

—Creo que me confunden ustedes, señoritas —dice. Su acento es peninsular y mantiene un rictus serio en todo momento.

—Lo ha hecho para despistarnos —contesta Merche indignada—. Sabía que vigilábamos su casa y lo ha enviado a usted a propósito para que lo siguiéramos. ¿Dónde está Gabriel Kul?

—No sé de quién me habla. No conozco a nadie con ese nombre.

—¡Mentira!

Merche se ha lanzado sobre él y lo agarra por la solapa gritándole de todo a la cara, pero el hombre de la cicatriz mantiene la compostura con una serenidad digna de admirar. Yo me interpongo entre ellos y trato de separarla.

—Vamos, Merche, tranquila.

El motorista pasa a nuestro lado con total calma y se sube de nuevo a la moto. Nos dedica una última mirada, sobre todo a mí, antes de ponerse el casco y desaparecer a lo lejos acompañado del ruido del potente motor.

Mi amiga se ha quedado hecha polvo. Está sentada en su asiento con las manos apoyadas en el

volante y niega con la cabeza sin decir nada. Por mi parte, no estoy segura de qué es lo que debo sentir.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Claro que no. Estaba convencida de que era él. Vaya mierda de intuición tengo. Así me va.

—Vamos, no te machaques. Ya sabes que esto es así. Ese tipo es bastante escurridizo.

Merche echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Luego exhala un largo suspiro y dice:

—Me gustaría ser tan tranquila como tú. A ti sí que te va bien. Tienes un novio que se quiere casar contigo, manejas este trabajo como si fueras una directora de orquesta, y no como un pollo sin cabeza, como yo. No sé... Hay algo en mi carácter...

—Todo eso es autocompasión. Si estamos aquí, si tenemos toda esta información, es gracias a ti. Tú lo seguiste desde el restaurante, tú has dado con él y, si se ha tomado tantas molestias para despistarnos, es porque estamos muy cerca. Todo esto lo has conseguido tú.

Y tan cerca, pero a Merche no la consolaría en nada que le contara toda la verdad.

Entonces mi compañera abre los ojos y me mira. Parece que lo que le he dicho la anima porque esboza una tímida sonrisa.

—Soy buena, ¿verdad?

—Y tanto que lo eres. Hemos llegado mucho más lejos que ningún otro periodista. Toda España está buscando a Gabriel Kul y nosotras sabemos dónde vive.

—Sí, soy muy buena.

Ahora la periodista *exdeprimida* está bailando una danza muy tonta, moviendo los hombros y los brazos al ritmo de una canción cuya única estrofa es «soy muy buena».

—Para qué habré dicho nada.

Y las dos nos ponemos a reír.

—Vamos a avisar a los fotógrafos —dice—. Que hagan guardia en la casa esta noche a ver si pueden sacarle una foto. Luego te llevo a por tu coche.

—No, no te preocupes. Ve tú a avisar a Paco y a Raúl. Yo tomaré un taxi.

—¿Estás segura?

—Sí, son ya las cinco. Buscaré mi coche y volveré a casa. Debemos estar tranquilas y pensar una nueva táctica. Sabe que lo seguimos y es listo. Lo único que conseguiremos es que juegue con nosotras.

—Tienes razón, tenemos que ser más listas que él.

Al girar la llave, mi maldita tartana no arranca. Lo intento dos o tres veces, aunque sé que no lo voy a conseguir. Suspiro, me arrellano en mi asiento y contemplo la puerta metálica que conduce a su mansión. ¿Sería tan difícil cruzar la calle y llamar? «Soy Mai», es lo único que tendría que decir. Después se abriría la puerta y nos veríamos. ¿Qué le diría?

Me lo quito de la cabeza. Toda la situación me enfada más que la curiosidad que me podría producir. Da igual lo que diga su madre, Israel me abandonó y eso es todo lo que necesito saber. ¿Qué me importa la vida que haya podido llevar o las razones que tuviera para irse? Una simple llamada diciéndome que estaba bien hubiera sido suficiente.

Me agacho hacia la guantera y saco los papeles del seguro. Busco en el interior de una carpeta de color azul el número del servicio técnico y lo marco en mi móvil.

—Seguros Siete Islas, dígame.

—Hola, buenas tardes. Tengo un problema, el coche no me arranca.

—Muy bien, dígame por favor el número de su póliza.

—Ocho, ocho, catorce, veintidós, a, cuatrocientos.

—¿Es usted María Teresa Rodríguez Martel?

—Sí.

—¿Me puede decir dónde se encuentra el vehículo en estos momentos?

Se lo digo y me mantiene en espera al menos un minuto hasta que vuelve a hablar.

—Bien, María Teresa, ya he dado parte al servicio de grúas. Por desgracia, en estos momentos nos encontramos en un pico de urgencias, calculamos que en una hora tendrá usted ahí a uno de nuestros técnicos.

—¡Una hora!

—Lamentamos que sea tanto tiempo. ¿Desea que se la enviemos?

—Sí, claro, qué voy a hacer.

—Muy bien. Ya está el servicio activado. Muchas gracias por confiar en nosotros. ¿Estaría usted interesada en...?

—No, gracias. No quiero nada más.

Y le cuelgo sin dejarla terminar.

Estupendo. Una hora sentada en un vehículo observando la casa de mi exnovio muerto.

Los minutos pasan con una lentitud agotadora. Enciendo mi móvil y observo los mensajes en los grupos de WhatsApp en los que estoy activa, después los SMS y más tarde mi cuenta bancaria. A continuación, abro mi Instagram y me entretengo con las fotos que acaba de colgar una actriz a la que sigo. Me recomienda un vestido estampado muy apropiado para el verano. Qué bien, en los próximos días solo recibiré anuncios de ese vestido.

De pronto, veo que al inicio de la calle aparece un todoterreno de color negro con las lunas tintadas. Su velocidad se ralentiza visiblemente a media que se acerca. No llega hasta mi altura, se detiene antes y espera delante de la mansión Kul a que se abra la puerta. Luego desaparece en su interior y me pregunto si iba él dentro del vehículo y, sobre todo, si me habrá visto.

Sigo navegando por internet unos diez minutos más. Ahora estoy entretenida con una entrevista en YouTube a Brad Pitt en la que habla de lo devastador que ha sido su divorcio. Esta gente me da una pena... Tienen todas unas vidas tan duras... Y las ONG perdiendo el tiempo con los niños de África.

Entonces, para sacarme de mi hastío, la puerta de la mansión se abre. Permanezco expectante para ver qué tipo de vehículo sale esta vez. Si veo aparecer un helicóptero, me muero aquí mismo.

Pero no es así, no sale ningún vehículo, sino un hombre que se acerca despacio con sus ojos verdes clavados en mí. Ya no es un chico guapo de diecisiete años, sino un hombre atractivo, muy atractivo. Alto, de hombros fuertes, vestido con una camisa negra con dos botones abiertos y arremangada mostrando los tatuajes de sus antebrazos. Su pelo, otrora rebelde, ahora lo lleva muy corto, como el de los militares, y muy oscuro. También su mirada es más oscura. Sus pupilas, tan brillantes como entonces, se fijan en mí para recordarme que la idea de que lo único que siento por él es enfado no es más que una estupidez.

CAPÍTULO III

—¿Qué le pasa al coche?

¿En serio? ¿Nueve años sin verme y, después de que lo haya dado por muerto, eso es lo que me va a preguntar?

—No arranca —le digo sin mirarlo.

—Avisaré a Pablo para que le eche un vistazo.

¿Pablo es el motero con la cicatriz en la cara?

—No hace falta —respondo.

Israel o Gabriel Kul (ya no estoy segura de quién es quién) permanece de pie, frente a mí, y no parece que se atreva a decir nada. Solo me mira. Yo abro mi puerta y desciendo del vehículo. Luego, me apoyo en el bastidor y me cruzo de brazos. Por primera vez lo miro a los ojos. Ahora son más duros y me pregunto qué habrán visto para que tengan esa fuerza.

—Has ido a ver a mi madre —dice.

Yo no respondo. Durante un rato me quedo en silencio hasta que me decido a hablar.

—¿Por qué has vuelto, Israel?

—¿No te lo ha dicho ella? Por ti.

¿Por mí? Venga ya. ¿Qué es lo que pretende? ¿Que dé saltitos de alegría y entremos juntos en ese *casoplón* para ser felices y comer perdices? Ni siquiera reconozco al hombre que está delante de mí, ¿cómo pretende que abandone toda la vida que yo misma he construido sin él?

—Deja de decir chorradas.

—No son chorradas. No te he podido olvidar, por mucho que lo he intentado.

Hasta su voz parece que pertenezca a otro. Ahora es más grave, más profunda.

—Llevas aquí un año y ni siquiera te has acercado a mí. Ahora que te he encontrado yo, es cuando apareces y me declaras tu amor eterno.

—Sí que me he acercado.

Esa respuesta me sorprende. ¿Cuándo ha sido eso?

—¿Qué quieres decir?

—Durante este año, muchas veces he estado cerca de ti. Sé todo lo que haces, con quién vives, quiénes son tus amigos.

—Estupendo, me has estado espiando.

Ahora no responde. No lo puede negar, aunque no le guste mi expresión. Vuelvo mi cara hacia el inicio de la calle, a ver si viene de una vez la dichosa grúa.

—Estás muy bien —me dice mirándome de arriba abajo—. Quiero decir, que te veo...

—Sé lo que quieres decir, gracias.

La conversación comienza a enervarme. Si seguimos por este camino, acabaremos hablando del tiempo y yo necesito saberlo. Necesito conocer las razones por las que me abandonó.

—Estaba loca por ti —le digo—. Hubiera ido al fin del mundo contigo.

—No hubieras podido acompañarme. He estado en el infierno, no podía pedirte que vinieras conmigo hasta allí.

—Entiendo que te fueras para evitar la cárcel y todo eso, pero ¿y yo? ¿Por qué no me hiciste saber que estabas vivo? ¿Sabes lo que he sufrido por tu pérdida? ¿Tienes idea de la de veces que he llorado tu muerte?

Ahora respira hondo. Su cara no refleja ninguna emoción, también en eso ha cambiado, pero sé que he tocado algo ahí dentro.

—Tú estabas a punto de entrar en la universidad, mientras que yo era un don nadie metido en un lío. Llevaba algún tiempo sabiendo que lo nuestro no tenía futuro. En cuanto conocieras a otra gente, en cuanto te relacionaras con chicos más inteligentes que yo, te enamorarías de otro. Yo sabía que eso iba a pasar.

»Después ocurrió lo de la joyería, y mi huida, y pensé que era una ocasión perfecta para desaparecer. En aquel momento no habría soportado que me hubieras dejado. Sé que parece una estupidez, pero me convencí a mí mismo de que si me marchaba yo, dolería menos.

Después de decir esto, su cara me recuerda de nuevo a la del chico al que amé. Un joven sensible que no teme hablar de sus sentimientos, pero eso no hace que disminuya mi enfado.

—No me lo puedo creer. ¿Me hiciste creer a mí y a toda tu familia que estabas muerto porque tenías miedo de que te dejara?

—Tenía diecisiete años.

—Qué excusa más buena. ¿Y ya no te da miedo de que te rechace? Porque eso es justo lo que va a ocurrir.

Su rostro vuelve a endurecerse.

—Ahora sé con certeza que no me vas a rechazar.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo estás tan seguro?

Él se encoge de hombros.

—Lo sé —dice simplemente.

En ese momento la furia corre por mis venas a tal velocidad que lo abofetearía sin pensarlo.

—Anda y que te den —le digo y empiezo a alejarme de él calle abajo. No miro atrás, no sé si sigue allí contemplándome. Desde luego no pienso quedarme ni un minuto más delante de su casa.

Saco mi móvil y vuelvo a marcar el número del seguro.

—Seguros Siete Islas, dígame.

—Quiere anular un servicio de grúas que he pedido hace un momento.

—Sí, señora. Necesito su número de póliza.

Al terminar las gestiones, busco un teléfono de taxis, pero en ese instante el vehículo todoterreno negro que he visto hace un rato entrar en la mansión se detiene a mi lado. Oigo que la ventanilla del copiloto se baja sola, pero ni siquiera me molesto en mirar.

—Mi nombre es Pablo —dice una voz con acento latinoamericano—. El señor Kul me ha pedido que la lleve a casa

—Dígale al señor Kul que se meta sus favores por el culo.

—También me ha pedido que le diga que, si no acepta, estoy despedido.

Me detengo y lo miro por primera vez. Es un hombre bajito y moreno y me observa con una serenidad que hace que no parezca haber dicho lo que acaba de decir.

—¿El señor Kul haría eso? ¿Es tan cabrón?

—No lo sé, señorita, pero tengo familia. Necesito el trabajo.

Lo siguiente que hago es subirme al coche y, tragándome mi orgullo, acepto el favor.

Sigo reviviendo la escena con Gabriel Kul —porque me niego a llamarlo Israel—, como si no me la terminara de creer. Es más duro, más seguro, pero también más arrogante. ¿Qué es eso de que ahora sabe que no lo voy a rechazar? ¡Qué equivocado está conmigo! ¡Qué sorpresa se va a llevar!

Ahora estoy sentada a la mesa de la cocina y devoro unas pechugas de pavo a una velocidad de vértigo llevada por la ansiedad. Cada vez que clavo el cuchillo me imagino a mí misma utilizándolo contra él. Menuda psicópata estoy hecha, que tenga cuidado. ¿Quién se ha creído que es? ¿Porque lleve ropa cara, coches caros y una mansión tengo que caer rendida ante él? ¿Eso es lo que ha pretendido decirme? ¿Que como antes era pobre no tenía ninguna posibilidad y ahora que es rico no me podré negar?

—Imbécil engreído.

Entonces oigo las llaves que abren la puerta de casa. Hago un esfuerzo por tranquilizarme. Respiro hondo y pongo mi mejor sonrisa. Gabriel Kul no va a entrar en mi casa por mucho que se empeñe, ni siquiera dentro de mi mente. Carlos asoma la cabeza y me saluda.

—¿Ya estás cenando?

—Sí, como te retrasabas... Empezaba a tener hambre.

Mi novio se ha ido al salón, a quitarse la chaqueta, y ahora lo oigo desde allí.

—Perdona el retraso, es que he tenido que ir a un sitio.

—¿A qué sitio? —le pregunto curiosa.

—A un sitio.

Se hace el misterioso. Si supiera hasta dónde estoy de los misterios... Da igual, en el fondo no me molesta, más bien me tiene intrigada.

—Oye, no he visto tu coche en el garaje —dice cambiando de tema.

—Se me ha averiado.

Ahora Carlos aparece de nuevo en la cocina.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En La Laguna.

—¿No has llamado al seguro?

—Sí, pero tardaban mucho y lo dejé allí. Mañana lo resolveré.

—Ah, bueno.

Me fijo en que tiene una mano escondida tras la espalda y eso me intriga aún más. ¿Qué está tramando?

—¿Qué guardas ahí?

—¿Recuerdas lo que hablamos el otro día?

—No, ¿a qué te refieres?

—A lo de casarnos y todo eso.

—Ah, sí.

—Pues tengo la sensación de que no fui nada romántico. Y que quizá la ocasión...

—No —digo, temiéndome lo peor.

Carlos saca un estuche nacarado de color burdeos y lo muestra entre sus manos. Cuando trata de abrirlo se le ve un poco torpe, está nervioso, pero enseguida aparece ante mis ojos un anillo de oro rosa culminado con un zafiro blanco que hace que me quede con la boca abierta. Inmediatamente después, mi chico se arrodilla y me dice:

—¿Quieres casarte conmigo?

Y entonces la mujer madura y adulta que no necesita que se lo pidan con tanta ceremonia rompe a llorar como una adolescente mientras sostiene el anillo entre sus dedos, y se lo pone, y hace pucheros, y responde que sí.

Y luego recibo su beso en los labios y me parece que a Carlos le cuesta reprimir las lágrimas y ya no recuerdo por qué estaba tan enfadada.

—¡Eso es un hombre! —exclama Merche cuando le enseño el anillo y le cuento la escena.

Se queda un buen rato observándolo hasta que la devuelve a la realidad la tos forzada de Amadeo para que todos le atendamos. Se ha colocado de nuevo en su lugar favorito, a la puerta de su oficina, delante de toda la redacción como si fuera un cura ante sus feligreses. Los redactores nos sentamos en nuestros sitios para escuchar lo que tiene que decirnos.

—Gracias —dice—. Estáis haciendo un trabajo excelente en lo que respecta a la investigación de Gabriel Kul. En primer lugar, me gustaría felicitar a nuestras dos reporteras por el éxito conseguido ayer. ¡Han conseguido averiguar el domicilio privado de Kul!

Inmediatamente nuestros compañeros se ponen a aplaudir. Merche y yo nos miramos algo avergonzadas y luego les hacemos gestos con la mano para que dejen de hacerlo. Una vez restablecido el silencio, Amadeo le pregunta a Paco, uno de los fotógrafos:

—¿Cómo va el tema de las imágenes?

—Pues ahora mismo Raúl está apostado en la puerta de su casa para ver si sale. Yo lo sustituiré a mediodía. Tenemos pensado cubrir veinticuatro horas.

—Muy bien, esa es la actitud. —Ahora se vuelve hacia Merche y hacia mí—. —¿Y el asunto de contactar con este hombre para proponerle la entrevista personalmente?

La que responde es Merche.

—Pues va a ser complicado. Se escurre como una anguila. —Yo hubiera empleado el término «rata»—. Mai y yo hemos pensado que es mejor que no montemos guardia en su casa, por no quemarlo. Ayer ya nos despistó, no queremos indisponernos demasiado. Luego iremos al restaurante de Radazul donde lo vimos ayer, por si vuelve a aparecer, y entonces lo abordaremos con amabilidad, a ver si nos lo podemos ganar así.

Por el rabillo del ojo observo una sombra que se desliza al otro lado de la cristalera de la redacción. Recorre el pasillo exterior y se detiene frente a la mesa de la administrativo. Se trata de un hombre enfundado en una chaqueta de cuero y que lleva bajo el brazo un casco de moto con un león dibujado en él. No le daría mayor importancia si no fuera porque la cicatriz que atraviesa su cara desde la frente hasta la mejilla me pone los pelos de punta.

—Buenos días —lo oigo decir mientras Amadeo sigue con su charla—, busco a la señorita Mai Rodríguez.

—Me parece una idea excelente —dice el jefe—, con cuidado, no queremos espantarlo. ¿Cómo va el tema económico?

Responde Jonay:

—Pues es muy farragoso. El tipo se esconde detrás de un montón de empresas pantalla en paraísos fiscales. Está todo muy bien tramado. No sé cómo lo habrá hecho Forbes, pero seguir el rastro de su fortuna es como desentrañar una madeja muy pero que muy liada.

—En estos momentos está reunida —le contesta Elvira, la administrativo, al hombre de la cicatriz—, si quiere esperar...

—Sí, esperaré. Gracias.

Los nervios empiezan a atenazarme el estómago y ya casi no soy capaz de seguir el hilo del discurso de Amadeo.

—Bueno, haced lo que podáis. Lo de las finanzas es el plan B. Si conseguimos la entrevista, es posible que ni siquiera lo utilicemos. Enfocaremos el reportaje desde el lado humano. Bien, pues eso es todo, a trabajar.

Pero antes de que todos hayan vuelto a sus puestos, el motero de la cicatriz recibe el permiso

de Elvira para entrar en la redacción y se dirige directamente hacia mí. Todas las miradas de los redactores se han vuelto en su dirección, sobre todo, la de Merche, que ahora lo mira con unos ojos como platos. Amadeo, que regresaba a su despacho, también se ha detenido. Le pica la curiosidad, así que no le quita ojo.

El motero se aproxima a mi mesa y coloca sobre ella una caja envuelta con un papel de regalo rojo brillante y un lazo de color azul cielo.

—¿Qué es esto?

—Ábralo.

—¿Es una bomba?

El hombre de la cicatriz sonríe, pero no contesta.

Cuando consigo deshacer el lazo ante la mirada expectante de mis compañeros y ver en su interior, me quedo muerta.

—Es un regalo del señor Gabriel Kul —dice mi visitante, bien alto, para que todos puedan oírle.

Yo saco de la pequeña caja la llave de un Mercedes GLA que me deja atónita.

—Está aparcado abajo. El señor Kul dice que con este no tendrá problemas para arrancar.

—¡Merche y Mai, a mi despacho! —exclama Amadeo.

—¿Qué está pasando aquí? —me pregunta el jefe directamente a mí. Se ha apoyado en el borde de la mesa mientras yo me siento frente a él, con la mirada en el suelo, avergonzada.

—Eso, ¿qué está pasando aquí? —repite Merche, a mi lado.

Y yo no sé dónde meterme. Sé que ha llegado el momento de decir la verdad, pero no se me ocurre por dónde empezar. ¿Qué tal por el principio?

—El verdadero nombre de Gabriel Kul es Israel Gómez Fonseca —musito con un hilo de voz—. Fue mi novio durante el instituto. Un día, se vio implicado en una persecución policial y se le consideró muerto. —Les ahorro los detalles—. En realidad, no lo estaba. Consiguió huir y ha permanecido desaparecido durante nueve años.

—¿Sabías que estaba vivo? —me pregunta Amadeo. Ahora el tono de su voz ya no es tan apremiante como hace un momento. Ha vuelto a la amabilidad habitual.

—No, no lo sabía. Yo también pensaba que había muerto.

—¿Cuándo supiste que se trataba de tu novio? —me pregunta Merche. Ella sí está enfadada, puedo notarlo por su tono y su mirada.

—En realidad, lo sospeché desde el principio. En cuanto oí el nombre de Gabriel Kul.

—¿Cómo es eso? —me pregunta Amadeo.

—Cuando salíamos, a Israel le gustaba escribir. Solía crear relatos cortos que presentaba a concursos. Consiguió ganar unos cuantos. Pocos días antes de morir, bueno, ya me entiendes... de desaparecer, me regaló uno que se titulaba Gabriel Kul. Me dijo que ese no lo iba a publicar, que era solo para mí.

—Entiendo —me responde Amadeo, pero yo observo a Merche que ahora ni siquiera me mira. Se mantiene erguida en su silla con los ojos perdidos en la ventana.

—Anoche me lo encontré. —Siento que, ahora sí, las pupilas de mi amiga se clavan en mí como dos alfileres—. Mi coche no arrancaba, por eso lo del regalo.

—¿De qué hablasteis? —Me pregunta mi jefe, pero enseguida parece echarse atrás—. Si es muy personal, no hace falta que me lo cuentes.

Yo me tomo unos segundos. ¿Es muy personal? ¿Más que todo lo que ya he contado?

—Me dijo que estaba aquí por mí —digo finalmente.

—¿Por ti? —pregunta Merche y por un momento me alegro de que al menos me hable.

—Dice que no me ha olvidado y que por eso ha vuelto. Yo no quiero saber nada. Esa historia está completamente acabada para mí.

—Esto es increíble —espeta Merche, pero no dice nada más. Se cruza de brazos y vuelve a dirigir su mirada a la ventana.

Ahora es Amadeo el que vuelve a tomar la palabra.

—Si esto es un asunto doloroso para ti, o demasiado incómodo, no te preocupes, estás fuera. Merche se encargará de conseguir la entrevista. ¿Estás de acuerdo? —le pregunta a ella.

Mi compañera asiente sin abrir la boca y sin apartar la vista de la ventana.

—No —respondo—. Puedo hacer mi trabajo perfectamente.

—¿Podéis seguir trabajando juntas?

—Por mi parte sí —digo. Merche se encoge de hombros.

—Si estás dentro, estás dentro —me dice el jefe—. ¿Sabes lo que quiero decir? Que tendrás que aprovechar tu relación con él para que se deje entrevistar. Ya te he dicho que lo entenderé si no quieres hacerlo, pero ahora mismo, vuestra relación personal es lo único que tenemos.

—Lo haré —respondo.

Y Merche se levanta de su silla y sale del despacho sin dirigirme la palabra.

Puedo sentir su indiferencia con más dolor incluso que si me hubiera echado la bronca. Sus ojos están fijos en la pantalla, sin hacer el mínimo gesto. Merche no me mira desde hace rato. Trato de iniciar alguna conversación, pero me encuentro con un muro de decepción enfrente. Y la entiendo. Tiene toda la razón del mundo en estar enfadada.

Entonces me centro en lo que tengo que hacer, en el compromiso que he adquirido con Amadeo. Levanto el auricular y marco el número. No tengo que esperar mucho hasta que me responde la voz de una mujer joven.

—Sociedad Inversora del Atlántico, dígame.

—Quiero dejar un mensaje —respondo.

—Bien, ¿un mensaje para quién?

—Para Gabriel Kul. Dígame que Mai quiere hablar con él.

—Entiendo que es usted Mai.

—Sí, él ya me conoce.

Y cuelgo.

Entonces noto que Merche me está mirando.

—¿Y? —me pregunta.

—Ya he entregado el mensaje. Ahora a esperar.

Se vuelve a girar hacia su ordenador y me castiga de nuevo con su despecho. Esta vez no lo voy a dejar pasar.

—Lo siento, Merche. Tenía que habértelo dicho, lo sé, pero es que era muy doloroso para mí. Yo misma estaba hecha un lío. No sabía lo que me iba a encontrar cuando lo viera.

Nada, no hay respuesta.

Suspiro y me sumerjo yo también en mi trabajo. Después de unos diez minutos, la voz de mi amiga sale de las catacumbas.

—¿Sabes lo que más me jode? Que yo te lo he contado siempre todo. Confío en ti, y me hiere tanto sentir que no me tienes la misma confianza.

—Sí que confío.

—No es verdad. ¿No crees que me podías haber contado lo de tu novio sin necesidad de que te lo sacara el jefe?

—Sabías lo de Israel.

—¿Qué sabía? ¿Que se te murió un novio cuando tenías diecisiete años? Viendo todo lo que me has escondido estos dos días, no sabía nada.

—Tienes razón.

—Claro que tengo razón.

De nuevo unos minutos en silencio en los que solo se oyen las teclas de nuestros respectivos ordenadores, y de nuevo la voz de Merche que reaparece.

—¿Se lo has contado a Carlos?

¡Dios mío, Carlos! También debería contárselo antes de que se enterara por otros. Pronto tendremos que publicar el reportaje y no puede conocer la historia porque la lea en internet.

—No —respondo.

—Yo alucino.

En ese momento suena mi móvil. No conozco el número, pero sé que debo cogerlo. La voz grave y masculina al otro lado no me coge por sorpresa:

—He recibido tu mensaje —dice Israel.

—Quiero pedirte que me concedas una entrevista.

Merche se ha girado en su silla y ahora me mira fijamente. Al otro lado de la línea se produce un silencio y temo que me diga simplemente que no, pero la propuesta que recibo es aún peor.

—Si aceptas cenar conmigo primero.

Ahora el silencio cambia de bando. Ahora soy yo la que se queda callada mientras Merche me pregunta:

—¿Qué te ha dicho?

Yo pongo una mano sobre el micrófono y le respondo:

—Quiere cenar conmigo antes.

—¿Y qué?

—No pienso cenar con él.

—Vamos, chica, que es solo una cena, que no te ha propuesto matrimonio.

Al oír las palabras de Merche mis ojos se van a mi anillo de compromiso. ¿Qué pensará Carlos cuando se entere? Se va a cabrear, eso seguro.

—De acuerdo —digo.

—Bien, la entrevista la haré solo contigo.

—Ni hablar. La entrevista te la haremos mi compañera Merche y yo. Si no, no hay trato.

Me hace feliz ver la sonrisa de mi amiga de oreja a oreja. Israel se lo está pensando, pero finalmente responde:

—Vale. Enviaré un coche a recogerte esta noche. La entrevista la haremos mañana por la mañana.

—No hace falta, ya voy yo solita.

—Bien, te mandaré la dirección del restaurante.

No dice nada más. Oigo los tonos del fin de la llamada y yo también cuelgo. El rostro de Merche me observa desde su puesto. Su expresión es la viva imagen de la expectación.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sí.

Y entonces levanta los brazos y grita y se ríe. Amadeo sale del despacho al oír el ruido, nos ve y comprende enseguida que lo hemos conseguido. Toda la redacción es una jarana de risas y jolgorio. Una entrevista con Gabriel Kul salva a nuestra empresa y nuestros puestos de trabajo para los siguientes años. Puedo verlo hasta en la cara de la administrativo, Elvira, que se ha unido a la fiesta y levanta los brazos y se abraza a Merche rebosante de alegría. Ella tampoco va a ser despedida.

Cuando todo se calma, le pregunto a Merche:

—¿Estoy perdonada?

—Empiezas a estarlo, pero soy bastante rencorosa, no creas.

—¿Y si te cambio el coche?

—¿De qué hablas?

—Mi Mercedes por tu Golf —le contesto agitando la llave que ha traído el de la cicatriz.

—¿Piensas aceptarlo?

—Si lo quieres, lo acepto.

—¡Joder! ¡Por supuesto que lo quiero!

—¿Y ahora?

—Llámame interesada, pero claro que te perdono.

—No te esperaba hoy para comer —me dice Carlos mientras se lleva la cuchara a la boca.

—Es que quería contarte algo.

—Ah, yo también, pero empieza tú.

—No, empieza tú, por favor.

—Como quieras. Pues verás, se lo he dicho a mi madre. Ya sabes, que nos vamos a casar y eso. ¡Y dice que nos paga la luna de miel! ¿Te lo puedes creer?

—¿Vamos a hacer luna de miel?

Yo misma me sorprendo de la estupidez de mi pregunta después de decirla. He aceptado casarme. ¿En qué pensaba que me metía? ¿En un trámite en el juzgado? No, claro que no. Ni yo misma querría eso. «Vaya *sosez*», me diría Merche.

—Por supuesto que vamos a hacerla. Ya que nos la paga. Y la celebraremos bien, ¿no te parece? Total, es una vez en la vida. Es lo que todo el mundo dice, aunque luego...

Está emocionado, se lo noto en que habla más de lo normal. Y en cierto modo me reconforta; sobre todo, porque no sé cómo se lo va a tomar cuando le suelte lo mío. De todas formas, él sigue hablando y yo lo dejo, retrasando todo lo que puedo el momento.

—He estado mirando precios para un banquete. Nada muy ostentoso, ¿no te parece? Aun así, barato no va a ser. Hay una sala en Guamasa que tiene buenos precios y me han dicho que está muy bien, pero he visto fotos y no sé...

—¿No te han gustado?

—La decoración es un poco antigua. Preferiría que nuestros amigos distinguieran las fotos de nuestra boda de la de nuestros padres. En menudo lío nos hemos metido, ¿no te parece?

«Sobre todo, en el que nos has metido tú», pienso, pero no se lo digo. Sería injusta, porque a mí también me hace ilusión.

—Y no ha hecho más que empezar. Después aparecerán gastos por todas partes. En fin. Bueno, perdona, ¿qué me tenías que decir?

Ha llegado la hora de la verdad.

—Verás... ¿Recuerdas que la otra noche hablamos de Israel?

—Sí, tu novio del instituto. El que murió.

—Esa es la cuestión. No sé cómo decir esto... No está muerto. Ha aparecido.

Los ojos de Carlos se abren como platos.

—¿Cómo que ha aparecido?

—Pues sí, que está vivo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

—Sí, anoche. El coche se me averió en la puerta de su casa.

—¿Fuiste a verlo?

Su tono se ha agriado. Se está enfadando.

—Es más complicado que eso. Lo estamos investigando en el diario.

—¡Por Dios, Mai! ¿Quieres dejar de darme la información con cuentagotas?

—Sí, claro, perdona.

Y entonces le cuento toda la historia, desde lo de la lista Forbes hasta mi visita a su madre y la conversación que tuvimos en la puerta de su mansión. No sé por qué me callo lo del coche de regalo y lo de la cena que voy a tener esta noche.

—¿Y dice que ha vuelto por ti?

Eso también me lo tenía que haber callado.

—Eso dice.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—No sé... ¿Sientes algo?

—¿Cómo que si siento algo?

—La pregunta es muy clara.

—Por supuesto que no. Nos vamos a casar.

—¿Seguro?

Ahora percibo el miedo en su mirada y le cojo de la mano.

—Seguro.

—¿Entonces no lo vas a volver a ver?

Ahí guardo silencio. Sería una tontería mentirle, tarde o temprano se iba a enterar.

—Para realizar la entrevista ha puesto como condición que cene con él esta noche.

Carlos toma aire. Se ha cabreado. Pone la cuchara sobre la mesa y me mira fijamente.

—Y tú le has dicho que no.

—Era una condición ineludible. Si hubiera dicho que no, no tendríamos entrevista, el diario se habría ido a la mierda y con él mi trabajo.

—¡Joder, Mai! Hace dos noches me dijiste que querías dejarlo. No me pongas excusas. Quieres verlo y punto.

—Pero ¿qué dices? Yo no quiero verlo. Es como una cena de trabajo. Este ataque de celos no tiene ningún sentido.

—¿Cómo te sentirías tú si te dijera que he quedado a cenar con una exnovia que dice que sigue loca por mí? Por supuesto, cariño, vete a cenar, y disfruta. ¡Venga ya, Mai!

—No es lo mismo. Yo me he visto obligada.

Carlos se levanta de la mesa y se dirige al sofá. Se sienta en su rincón enfurruñado y enciende el televisor. Odio cuando se pone así, cuando tengo que ir a buscarlo para que podamos seguir hablando.

Eso es lo que hago. Lo sigo y me siento a su lado.

—¿No confías en mí?

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Se mantiene en silencio con la vista fija en la pantalla.

—Vamos, dímelo, ¿qué es lo que te preocupa?

—¿Ahora me escondes secretos?

—¿De qué hablas? Te lo he contado todo —le respondo mientras aparto el Mercedes de mi cabeza.

—Sí, claro, dos días después. ¿Y si te dijera que no quiero que vayas?

—No puedo evitarlo. Me he comprometido. El trabajo de mucha gente depende de que vaya.

—¿Y si te lo prohibiera?

—¿Prohibírmelo? ¿Qué crees que es este anillo? ¿Un título de propiedad?

—Ya sé que no. Ya sé que mi opinión importa bastante poco en este asunto.

No sé qué responderle. En eso tiene razón. Su opinión no importa, pero la mía tampoco. Lo único que quiero es que la cena pase cuanto antes, hacer después la entrevista y olvidarme de todo esto.

Me miro al espejo y no me reconozco. ¡Pero si yo nunca me pongo falda! Debería ir en vaqueros y camiseta, así le haría ver a Israel que ya no me interesa y a Carlos que no corre ningún riesgo. Sin embargo, no es así, es más fuerte que yo. Una parte pequeña de mí se alegra de verlo de nuevo, una parte que enseguida entierro porque no me puedo permitir que salga a la luz.

Me encajo la falda beige y la blusa marrón que mejor me queda y me vuelvo a mirar al espejo. Me viene a la memoria una frase que oí hace tiempo: «Las mujeres no se ponen guapas para ellos, sino para sí mismas». Y así me olvido de Israel y de Carlos y me centro en mis fortalezas. Me aliso el cabello y me maquillo con gusto. Luego me calzo mis botas de ante y me veo perfecta.

En ese momento oigo la puerta de la calle. Carlos ha salido y casi lo prefiero. No quiero una nueva escenita por cómo voy vestida. Bastante nerviosa estoy ya como para tener que hacerme cargo de sus inseguridades. Ya he dicho lo que tenía que decir, eso debería de bastar.

Cuando llego al restaurante, no tengo ni que decir mi nombre. El *maitre* se me acerca muy formal, vestido de esmoquin, y muy serio me dice:

—Señora Rodríguez, bienvenida. Espero que esta noche se encuentre usted a gusto en nuestra casa. Venga conmigo, por favor, el señor Lázaro la está esperando.

No me sorprende oír ese nombre. De hecho, ya no me sorprende nada de Israel. Me dejo guiar a través de un comedor con pocas mesas en las que cenan algunas parejas iluminadas por lámparas de luces cálidas. Llegamos hasta una terraza que parece que se eleva sobre el mismo Océano Atlántico. La vista me sobrecoge. Es una noche clara y despejada y la luz de la luna llena platea las aguas del mar que se extienden hasta el horizonte. El *maitre* me señala una mesa apartada junto a la baranda de la terraza. Allí me espera Israel.

Va vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata también negra. Está de pie, al lado de la mesa y me sonrío levemente, con la satisfacción de quien ha conseguido lo que quiere. Luego me echa un vistazo de arriba abajo, solo un segundo, y hace un sutil gesto con la cabeza, como si yo hubiese cumplido con sus expectativas.

El *maitre* aparta una silla para que me siente e Israel espera de pie a que lo haga. Luego se sienta él también y me pregunta:

—¿Estás cómoda?

—Sí, mucho —respondo.

Observo a mi alrededor. Hay otras parejas en la terraza, pero lo bastante apartadas como para que parezca que estamos solos en el restaurante. Sin embargo, lo que llama mi atención no es ninguna de ellas, sino un hombre que cena solo junto a la puerta que separa la terraza del comedor. Una cicatriz atraviesa su rostro desde la frente hasta la mejilla. Hay algo en su actitud... Es como si fuese el perro guardián de una casa. Por momentos parece relajado, pero en cuanto escucha algo, levanta la cabeza y observa. Solo eso, observa.

—¿Quién es? —le pregunto a Israel.

—Un buen amigo.

—¿Y qué hace aquí?

Se encoge de hombros.

—No te preocupes por él.

Israel y yo nos miramos. Sus ojos están clavados en mí. Yo ya no soy la misma chica de antes, ya no soy tan ingenua, pero él tampoco es el mismo. Ahora me mira distinto. Sabe cómo hacerlo, sabe cómo ponerme nerviosa.

Para disimular mi inquietud, tomo la carta y me sumerjo en ella. Mis ojos se van solos a los precios. Cuando tienes una nómina exigua como la mía es lo primero en lo que una se fija si va a un restaurante. «Hemos venido a disfrutar —suele decir Carlos—, no te preocupes por los precios». Pero la verdad es que ninguno de los dos pedimos nunca el plato más caro de la carta.

—El carpacho de lubina está delicioso —dice Israel. Lo localizo en el menú y leo también su descripción. Un plato magnífico que disfrutaría más con otra compañía.

—El *maitre* te ha llamado Lázaro, ¿cuántos nombres tienes?

—Unos cuantos.

—Lázaro es muy apropiado. Regresó de entre los muertos.

—Así es.

—Nombres distintos, un perro a la puerta... —La mirada de Israel se va hacia el hombre de la cicatriz—. ¿Para qué quieres tanto dinero si tienes que vivir así?

—¿Así como?

—Escondido. ¿De qué tienes miedo?

—¿Quién ha dicho que tenga miedo?

—¿No lo tienes?

—No.

—¿Y por qué no usas tu nombre?

En ese instante, el *maitre* aparece en la mesa con una botella de vino en la mano con la etiqueta mirando hacia Israel. Este hace un asentimiento con la cabeza y el *maitre* vierte un poco en una de las copas. Luego Israel se la lleva a los labios y cierra los ojos como si estuviera en éxtasis.

—¿Es de su gusto, señor Lázaro?

—Es excelente, Emilio. Sírvenoslo, por favor. Y deja la botella, ¿quieres?

—Por supuesto.

Enseguida el *maitre* obedece y llena mi copa y después la suya. Luego deposita la botella en un soporte junto a la mesa.

—Disculpe, Emilio —le digo antes de que se vaya—, ¿podría llamarlo señor Gómez, Israel Gómez, en lugar de señor Lázaro?

Emilio levanta las cejas, sorprendido, y luego mira a Israel para pedir su aprobación. Este asiente sin perder la sonrisa. Me llevo la copa a los labios y lo observo. Mantiene su dominio, no parece inquietarle que use su nombre en público. ¿Y entonces por qué se esconde? ¿Cuál es la razón?

—Tu simple nombre te expone demasiado, ¿no es así? ¿Para qué has aceptado la entrevista entonces? Aparecerás en todos los medios nacionales e internacionales. Todos sabrán quién es Gabriel Kul.

—Merecía la pena.

—¿Por una cena?

—Es solo un primer paso para que estemos juntos de nuevo.

Algo se remueve en mi interior cuando escucho esa expresión en su voz. «Juntos de nuevo». Toda una fila de recuerdos se ha alineado ante mis ojos en una décima de segundo. Mi cabeza me juega una mala pasada trayendo al presente sensaciones que ya tenía olvidadas. Tengo la certeza absoluta de que si le doy pábulo a todo lo que siento en estos momentos mi mundo se va a derrumbar a mi alrededor. Entonces, como defensa, levanto la mano y le muestro la sortija que rodea mi dedo.

—Me voy a casar —le digo—. Quiero a Carlos, tú y yo no vamos a estar juntos.

—Bonito anillo. Es una lástima que no vaya a estar mucho tiempo ahí. Pero no te preocupes, te compraré otro.

Su seguridad me resulta irritante, pero hay algo en ella... Como si me halagara que se muestre tan interesado. Y ese sentimiento de halago me avergüenza tanto que trato de apartarlo enseguida de mi mente.

«Un hombre atractivo del que he estado profundamente enamorada decide que no hay mujer más importante en el mundo que yo». Para Mai, no sigas por ahí.

Los siguientes minutos los pasamos en silencio. El *maitre* recibe nuestras comandas y luego un camarero nos trae unos platos deliciosos que disfruto con placer culpable, ante la mirada de Israel.

—Prueba esto, está buenísimo —me dice y empuja un centímetro su plato en mi dirección.

—No, da igual —respondo.

—Vamos, pruébalo.

Me lo pienso un momento y alargo mi tenedor para pinchar un trozo de carne y llevármela a la boca. Sí que está buenísima. «¿Qué haces?», me digo. «¿Ahora compartís plato como si fuerais una parejita?».

Y entonces me acuerdo de lo que había decidido esa misma tarde. Si lo hago, acabaré con este juego absurdo que no sé muy bien a dónde nos va a llevar. Así que me reclino hacia mi bolso y saco los folios que traía. Los pongo sobre la mesa y los empujo hacia Israel. En sus ojos se refleja la curiosidad y también algo de inquietud.

—¿Qué es esto?

—Quería devolvértelo.

Israel levanta las hojas y lee la portada en voz alta.

—Gabriel Kul. Pero... Lo escribí para ti.

Ahora su seguridad parece haberse esfumado. Lo he herido, puedo notarlo. Hace un minuto me hubiera dado por satisfecha, pero ahora me siento culpable. Por un momento me arrepiento de lo

que acabo de hacer y desearía poder dar marcha atrás.

—Ya no lo quiero —le digo, pero me doy cuenta de que ha sido un error. De que le estoy devolviendo a un hombre bregado por la vida un regalo que me hizo un chico de diecisiete años del que estaba enamorada.

Por un momento, parece que el chico ha vuelto. Puedo ver la expresión de contrariedad en su rostro y pienso que quizá no haya sido una mala idea, después de todo. Si consigo que Gabriel Kul se esconda un poco, aunque solo sea un momento... Sin embargo, no es así. Kul vuelve a aparecer con su sonrisa sardónica y me dice:

—Te lo guardaré hasta que me pidas que te lo devuelva.

—No voy a hacer tal cosa.

—Sí que lo harás.

De nuevo vuelve a irritarme. Tanto que solo me apetece ponerlo contra las cuerdas.

—Tu madre dice que el dinero que tienes lo has robado.

Israel se inclina sobre el plato y se centra en la comida. No le ha hecho gracia que le recuerde a su madre.

—Se cree el ladrón... —susurra.

—¿Miente?

—Mi madre siempre miente, sobre todo a sí misma.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros. No desea seguir hablando de ella.

—¿De dónde ha salido tu dinero?

—¿Ya ha empezado la entrevista? El trato era: primero la cena, luego la entrevista. La cena aún no ha terminado.

Por primera vez puedo notar su enfado. Aunque soy incapaz de evitar cierta satisfacción por haberle bajado los humos, mi instinto me dice que será mejor que cambie de tema.

Y entonces me fijo en el hombre de la cicatriz. Sigue a lo suyo, cenando tan tranquilo y bebiendo el mismo vino caro que nosotros.

—¿Dónde lo conociste?

Israel desvía la mirada hacia él.

—¿A Roque? Fuimos compañeros de celda en una cárcel de Marsella.

Me quedo estupefacta.

—¿Has estado en la cárcel?

—Tres años.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—Si te digo que era inocente, ¿me creerías?

No sé qué contestar. Empiezo a pensar que el hombre que tengo delante ha dejado de ser inocente de nada hace mucho tiempo.

—Prueba.

—No era inocente —me dice, sin más—. A ti no te puedo mentir.

—¿Qué delito cometiste?

Tampoco quiere hablar de este tema. Poco a poco la cena se está convirtiendo en una sucesión de evasivas y cada vez se hace más evidente que el cortejo que tenía previsto no le está saliendo bien. Hago un último intento por ver si el chico sensible al que conocí una vez sigue ahí, en algún lugar.

—¿Sigues escribiendo?

Levanta la vista de su plato y la fija en mí. Le ha sorprendido mi pregunta.

—Sí, lo sigo haciendo. A veces pienso que es lo único que me queda de Israel.

—¿Ya no hay nada más?

—Lo que siento por ti —me contesta mirándome fijamente.

Me quedo de piedra. Lleva toda la noche haciendo ese tipo de comentarios, pero, no sé por qué, este suena más sincero que todos los demás. Puedo notar su sufrimiento a través de su voz y de su expresión facial. Entonces, una sensación de inquietud se instala en mi estómago. No puedo evitar preguntarme qué ocurriría si... «No, de ninguna manera», suena una regañina en mi cabeza y enseguida miro mi anillo. Esa simple joya, nada espectacular, me sirve como salvavidas para no deslizarme por el abismo y perder los asideros que me mantienen cuerda.

De pronto, Israel se levanta de la mesa. Tiene una sonrisa iluminada en su cara, como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Ven conmigo.

Y me extiende su mano para que lo acompañe.

—¿Y la cena?

—La cena ha terminado.

A estas horas la autopista del norte está bastante desierta. Conduce Roque mientras Israel y yo vamos detrás, sin hablar. La única pregunta que se me ha ocurrido hacerle ha recibido la respuesta: «Ya lo verás». Así que me mantengo en silencio, mirando por la ventanilla hacia la oscuridad que nos devuelven los márgenes de la autopista.

Veo que toma el desvío a Tacoronte y que, después de unos minutos en la carretera general, se adentra por otra más estrecha que atraviesa un pinar. La niebla ha bajado mucho durante la noche y provoca que el ambiente se asemeje al de una película de terror. Sin embargo, no estoy inquieta. Me siento lo bastante segura al lado de estos dos hombres como para que sea la curiosidad la única emoción que me embarga.

Después de un cuarto de hora circulando entre pinos, la carretera estrecha se abre hacia un claro despejado en el que hay una especie de almacén antiguo con una vieja casona de estilo colonial al lado. El coche se detiene y apaga los faros, pero de los edificios surge la suficiente luz como para que no nos quedemos a oscuras.

El porche de la casa está iluminado por un candil colgado de una viga de madera. Desde mi asiento puedo ver a una pareja en un banco debajo del candil. Están abrazados y nos sonríen cuando descendemos del vehículo.

Una ráfaga del aire frío y húmedo del bosque me golpea cortante y hace que cruce los brazos y encoja mis hombros. Enseguida noto cómo la chaqueta de Israel me cubre reconfortándome. Me gusta cómo huele.

—¡Gabriel! ¿Qué haces aquí a estas horas? —dice la chica en el banco. Es muy joven, una adolescente, y lleva tres aros que atraviesan su labio superior y otro en la nariz.

—He venido a enseñarle esto a una amiga. Se llama Mai.

—Encantada, Mai. Yo soy Rex —responde la chica.

—Yo, Lagarto —dice el joven al que está abrazada Rex.

—Un placer —respondo preguntándome qué estoy haciendo aquí.

—¿Y Julian? —pregunta Israel. Lo pronuncia en inglés, no Julián.

—Está trabajando —le contesta Rex y luego señala hacia el viejo almacén.

Israel comienza a caminar hacia allí y me hace un gesto indicándome que lo acompañe. Roque se queda atrás, apoyado en el capó del coche y fumándose un cigarrillo. Cuando llegamos hasta el enorme portalón del almacén, Israel lo abre hacia un lateral para que podamos entrar.

De pronto nos encontramos en una sala gigantesca e iluminada por focos, repleta de lienzos de todos los tamaños que han construido todo un laberinto de pinturas. Las obras se encuentran en diferente estado de ejecución. Son de un estilo vanguardista que mi cultura artística no permite apreciar como debería. Lo máximo que me atrevería a decir de ellas es que me resulta impactante ver todas aquellas pinturas juntas, como si formaran un solo cuerpo, una sola obra, un organismo vivo que adquiriera cierto movimiento mientras nosotros avanzamos entre los cuadros.

Es Israel el que me guía por los pasillos que se van abriendo entre los huecos, hasta que nos vemos en una estancia más pequeña bajo la luz de unos fluorescentes que cuelgan del techo. Las paredes están alicatadas con losetas blancas como si fuera un quirófano del siglo pasado. El escenario, unido a la iluminación, blanca y fría, hace que tenga la sensación de haberme metido en una cámara frigorífica. También me llega un fuerte olor a marihuana antes de levantar la vista y encontrarme con tres hombres.

El primero de ellos, el mayor de los tres, que debe de andar por los treinta años, se encuentra de pie frente a una pintura de enormes dimensiones con una brocha en la mano. Los distintos tonos de rojo me golpean en la vista de tal modo que no puedo dejar de mirarla. Representa a una especie de estructura sanguinolenta que esconde algo profundo detrás de ella. Es oscura, pero al mismo tiempo me atrae. Trato de averiguar qué es ese algo que oculta, pero resulta en vano, porque la voz de Israel me saca de mi ensimismamiento.

—Él es Julian —me dice. El pintor se gira entonces y se da cuenta de que estamos allí.

—Ah, Gabriel, has venido. —Luego se dirige a mí. Tiene un fuerte acento inglés, o americano, no lo sé muy bien—. Hola —me dice.

—Hola, yo soy Mai.

—¿Mai? Me gusta.

—Esos dos de ahí, los *fumetas* —señala Israel a dos jóvenes sentados sobre un enorme arcón metálico que se pasan un porro entre ellos y que además tienen dibujada en su rostro una sonrisa permanente—, son Mora y Hugo.

—Hola, Mai —dice uno, me parece que Mora.

—Hola, Mai, ¿quieres? —dice el otro ofreciéndome el canuto.

—No, gracias.

—Julian es un artista —continúa Israel pasando su mano por los hombros del pintor—. Expondrá dentro de unos días en Londres. ¡Va a dejar asombrado al mundo!

—No seas exagerado. Me conformo con vender al menos la mitad de los cuadros —me dice a mí.

—Él es quien dirige la Casona —responde Israel.

—¿La Casona?

—Todo este lugar.

—¿Y qué es lo que dirige? ¿Qué es esto?

—Una residencia de artistas —contesta Israel.

—Un lugar para jóvenes con problemas —responde Julian, más serio.

—Una cárcel —contesta Mora con el canuto en la mano.

—Una cárcel de puta madre —apuntilla Hugo.

No tengo ni idea de lo que quieren decir, pero me divierte. Por suerte, Israel lo aclara todo.

—Mi abogado ha conseguido que nos transfieran la custodia de algunos chicos del centro de menores para que cumplan su condena aquí. Con un poco de suerte tal vez consigamos que sean pintores o escultores o músicos... ¿Quién sabe?

—¿Queréis una cerveza? —pregunta Julian acercándose a una pequeña nevera en la pared.

—Vale —contesto.

Enseguida, cada uno de los cinco allí presentes tenemos un botellín en la mano, incluidos los dos chicos del porro, que parecen menores de edad.

—¿Y tú pagas todo esto? —le pregunto a Israel.

—Claro —es Julian el que responde—. Con mis cuadros sería imposible, y las subvenciones... Bueno, con eso es mejor no contar.

—Y paga esto —dice Hugo levantando el porro.

—No es verdad —responde Julian—. Tienen una asignación que se pueden gastar en lo que quieran. Nuestro límite está en la cerveza y en la marihuana. Por encima de eso, nos cabreamos.

—Intento que los chicos tengan una oportunidad —dice Israel.

Mientras nos bebemos la cerveza, los dos jóvenes no paran de hacer bromas y yo no dejo de reírme. Después me enseñan el edificio. Es mucho más grande de lo que parece a simple vista. El almacén es gigantesco, con diversas salas donde se practican todo tipo de artes, pero la casa colonial junto a la que está —La Casona— no lo es menos. Allí, Julian me presenta a los demás. Debe de haber unos quince o veinte chicos, unos repartidos por el comedor, la cocina... y otros durmiendo en sus habitaciones.

—¿No hay una hora común para irse a la cama? —le pregunto y a Israel parece hacerle gracia.

—Somos artistas —responde Julian—. La disciplina no va mucho con nosotros.

Aún tomamos un par de cervezas más sentados en el porche junto a Rex y a su novio Lagarto. Nos cuentan cómo han sido sus vidas. Bastante duras ambas. Rex me habla de abusos con una naturalidad pasmosa, como si no le hubiera ocurrido a ella. Me pregunto si la razón de esa indiferencia es porque realmente los ha superado o por todo lo contrario. Lagarto en cambio era un delincuente profesional a sus dieciséis años. Quiero decir, que vivía de trapichear con drogas y mantenía a sus dos hermanos pequeños como si fuese un adulto.

—Hasta que me trincaron —dice y ahí acaba su historia. Ahora tiene otra nueva en la Casona, que no es tan interesante, como dice él, pero que es más *tranqui*.

Otros chicos también se acercan y nos cuentan experiencias similares, pero yo me fijo en Israel. Se ha sentado en un sillón, un poco apartado, y los escucha atento y en silencio. Tiene el ceño fruncido y puedo notar el sufrimiento en sus ojos. Es su propia historia la que está oyendo una y otra vez. Se ha arremangado y aflojado la corbata, además de desabrocharse el último botón de la camisa. Ahora no pretende seducirme, solo escucha, y curiosamente eso me resulta mucho más seductor.

Pero la magia se rompe cuando miro mi reloj. Las dos. Pienso en Carlos y en qué es lo que se estará imaginando. Mis ojos se dirigen a Israel y este me devuelve la mirada.

—Debería irme —le digo.

—Sí, se ha hecho tarde.

Me despido de todos y me hacen prometerles que los visitaré de nuevo. Hasta esta noche no sabía qué existían y ahora estoy deseando regresar.

El camino de vuelta lo recorremos en silencio. Algo ha cambiado en Israel desde la cena. Mantiene la vista centrada en su ventanilla y yo lo observo de vez en cuando preguntándome que estará pasando por su cabeza. Por primera vez me planteo qué hubiera ocurrido entre nosotros si

nuestras vidas hubieran seguido un transcurso normal. ¿Seguiríamos juntos o como él pensaba nos habríamos distanciado en cuanto yo hubiese empezado en la universidad? Hago un esfuerzo por quitarme esas dudas de la cabeza. La vida es la que es y no hay marcha atrás.

Llegamos al restaurante, donde está el Golf de Merche aparcado. Israel se vuelve hacia mí y me dice:

—Lo he pasado bien.

Al final, yo también, aunque no pienso admitirlo. Estoy menos enfadada, pero no me puedo permitir dar pie a que siga con su interés. Es mejor mantener mi posición distante.

—Mañana a las diez —le respondo.

—A las diez.

Le devuelvo la chaqueta y desciendo del vehículo. Me dirijo al mío, pero cuando estoy a punto de abrir, su coche se detiene a mi lado. Oigo cómo baja la ventanilla y me doy la vuelta.

—¿Qué le ha pasado al Mercedes que te regalé?

—Lo he cambiado por este.

Israel meneaba la cabeza como si no se creyera lo que acaba de oír.

—No eres buena negociando, tendré que enseñarte unas cuantas cosas.

El todoterreno se aleja por la carretera. Su comentario me habría cabreado hace un par de horas, pero en este momento me ha hecho gracia.

Carlos se hace el dormido, pero no lo está. Lo conozco demasiado bien, puedo notarlo con solo oírlo respirar. Está vuelto hacia el lado izquierdo, su lado, con las manos recogidas bajo su cabeza. Yo me siento al borde de la cama y empiezo a desvestirme. Entonces lo oigo girarse. Aunque le doy la espalda, puedo sentir su mirada como si me estuviera golpeando con ella.

—¿Qué cena más larga, ¿no?

Empezamos.

—Sí, se ha alargado un poco.

—¿Te has acostado con él?

La pregunta me coge por sorpresa. No me esperaba algo así. Me vuelvo enfadada y le espeto:

—¿Estás loco? ¡No, no me he acostado con él!

—Pues hueles a él. Un perfume caro de hombre.

—Eso es porque me ha prestado su chaqueta.

—¿Hacia frío en el restaurante?

Mierda. Ahora tendré que dar más explicaciones de las que me gustaría.

—No fue en el restaurante. Me llevó a una especie de institución que está financiando. Me la quería enseñar, pensé que sería bueno para la entrevista.

—¿Qué clase de institución?

—Una de chicos conflictivos.

—¿A estas horas?

—Carlos, este interrogatorio es ridículo. ¿Qué pretendes conseguir? Ya te lo he dicho, no me he acostado con él ni pienso hacerlo. Esta cena se ha celebrado porque Israel lo puso como condición, eso es todo. Mañana haremos la entrevista y no nos volveremos a ver.

Ahora Carlos se queda callado. Está sentado en la cama mientras yo termino de quitarme la ropa y me pongo la camiseta para dormir. Cuando cierro los ojos aún escucho una última pregunta.

—¿Me lo prometes?

—¿Qué?

—¿Me prometes que no lo volverás a ver después de la entrevista?

—Te lo prometo.

CAPÍTULO IV

Israel nos recibe en su casa de La Laguna. Verla desde dentro nos produce un impacto inmediato a Merche y a mí. Es mucho más impresionante de lo que imaginábamos cuando hacíamos guardia en la calle. El chófer que me llevó a casa es quien nos guía por un vestíbulo de mármol blanco impoluto, sin una sola veta, hasta un pasillo elevado con una baranda dorada y brillante. Desde allí podemos ver toda la planta baja, que es un salón resplandeciente donde el blanco de los muebles y de las paredes refleja el sol que entra por un enorme ventanal que da a la Vega Lagunera. Ante nosotros se extiende un paisaje verde lleno de huertas que en un día soleado como el de hoy parece que esté pintado sobre los cristales.

Recuerdo el nombre del chófer, Pablo, que ahora nos conduce escaleras abajo hasta este salón luminoso y, sin perder la afabilidad en su rostro, nos avisa de que el señor Kul tardará unos minutos en atendernos.

—Si desean cualquier cosa, no tienen nada más que pedírmelo —nos dice antes de desaparecer por un corredor adyacente.

Merche y yo nos quedamos solas. Mi amiga es incapaz de cerrar la boca de asombro y a mí me debe de pasar algo parecido. En la pared opuesta a la ventana gigante, la que queda justo debajo del pasillo por el que acabamos de venir, una biblioteca repleta de libros la cubre por completo. Los hay de todos los tamaños y colores y, cuando me acerco, compruebo que la mayoría de ellos son primeras ediciones de clásicos universales. Saco uno. Se trata de *El jugador*, de Dostoiewsky. Abro la tapa y compruebo que es una edición de mil novecientos siete, con una dedicatoria en tinta ya muy gastada que dice: «Para mi amado Jorge, espero que lo disfrutes mientras me hallo ausente. Amelia». No tengo ni idea de quiénes son, pero mi mente se dispara tratando de imaginar la historia de amor entre Jorge y Amelia.

Vuelvo a poner el libro en su lugar y veo que Merche está inclinada frente a una chimenea en el fondo de la sala. La mira muy concentrada. Me acerco hasta ella y le pregunto por curiosidad.

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en lo que molaría estar tendida en la alfombra con el hombre que fuera, me da igual, la chimenea encendida y viendo caer la nieve por el ventanal.

—Yo tampoco diría que no, pero estamos en Canarias, como no subas al Teide, no vas a ver mucha nieve.

—En un año no la he encendido ni una sola vez —dice Israel a nuestra espalda—, pero el plan me gusta.

Ambas nos giramos y veo que él me está mirando directamente a mí.

—Yo podría conseguir que nevara si te apetece —me dice.

—Prefiero la playa —respondo con sequedad—. ¿Empezamos?

Israel se ha sentado en su sofá blanco, con el enorme ventanal a su espalda y Merche y yo frente a él, en sillas, y tratando de recoger su voz en las grabadoras de nuestros móviles. Tiene las piernas cruzadas y un brazo sobre el respaldo del sofá mientras Paco, que ha llegado tarde, le hace fotos con las que ilustrar el reportaje. Charlamos un rato de cosas insustanciales, solo para que aparezca fresco y relajado en las fotografías. Va vestido con una americana azul marino y una camisa celeste y no para de bajarse las mangas para que cubran sus muñecas. Me he dado cuenta

de que cuando quiere ser Gabriel Kul, el financiero, intenta que no se le vean los tatuajes.

Le damos unos minutos a Paco para que acabe y luego nos quedamos de nuevo a solas con él. Es Merche la que va a llevar la voz cantante, así lo hemos acordado, aunque yo intervendré de vez en cuando.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

Israel levanta las cejas. No esperaba una pregunta tan directa tan pronto.

—Israel —responde.

—¿De dónde viene lo de Gabriel Kul?

—Es una especie de nombre artístico. Cuando empezaba en mi trabajo, lo de Israel me parecía poca cosa. No sé... Yo era muy crío, supongo que empezó como una chiquillada y se ha acabado convirtiendo en mi marca.

—¿Qué trabajo era ese?

—Le hablo de cuando intentaba hacerme un hueco en el mundo financiero de Londres. Llamarse Gabriel Kul hacía que se giraran más miradas que hacia Israel Gómez.

Está mintiendo. Lo sé. Cuando me contó que había estado tres años en una cárcel francesa, decía la verdad, pude verlo en sus ojos. Ahora está representando un papel.

—¿De ahí proviene su fortuna? ¿De las finanzas?

—Así es. Enseguida empecé a destacar y mucha gente comenzó a confiarme sus fortunas para que se las gestionara. No es por darme aires, pero soy muy bueno en mi trabajo.

—No lo dudo —Merche sonríe—. ¿Por qué se oculta entonces? ¿No sería mejor que le conociera mucha gente?

—Eso tiene más que ver con mi carácter. Soy más bien tímido. No me gusta llamar la atención.

Israel Gómez era tímido. Gabriel Kul es más bien el líder de la manada, el macho alfa, y hay algo en esa combinación que me despierta curiosidad, que me atrae más de lo que estoy dispuesta a admitir. Mientras lo observo, me doy cuenta de lo que antes apenas percibía. Es una especie de Israel mejorado. Como una evolución. No es arrogancia, como puede parecer, es más bien dominio. Controla el entorno como si fuera el maestro de ceremonias de cuanto lo rodea. Hasta Merche ha dejado de ser la periodista incisiva que suele ser para esbozar una sonrisa bobalicona.

—¿Qué hay de su vida personal, señor Kul? ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

¿Su vida personal? ¿Qué ha pasado con todas las preguntas sobre sus empresas, las sociedades fantasmas o los paraísos fiscales que habíamos preparado?

—No estoy casado, pero estoy dispuesto a casarme en cualquier momento.

Cuando dice esto me mira a mí y yo me sonrojo como una idiota. Hasta se me cae el bolígrafo de cuánto me tiemblan las manos.

—Perdón —musito mientras lo recojo.

—¿Hijos?

—No, aún no, aunque estoy deseando tenerlos.

Su mirada sigue clavada en la mía. Ahora empieza a estar a gusto. Tan cómodo que ha decidido jugar conmigo. De ninguna manera se lo voy a consentir. ¿Qué se ha creído?

—¿Por qué oculta su fortuna detrás de sociedades fantasma en paraísos fiscales? —intervengo airada.

Israel frunce el ceño un momento, pero enseguida recupera su expresión relajada.

—Estoy al corriente de todas las obligaciones fiscales en cualquier país en que operan mis empresas. —Se ha puesto institucional. Sabe lo que hace—. Si tengo sociedades en determinados países que usted llama paraísos fiscales es por una cuestión logística.

—¿Una cuestión logística? ¿A qué se refiere?

—Muchos pagos internacionales se hacen a través de países intermediarios. Cuando se tiene un volumen de ventas tan elevado, tenemos que estar en estos lugares.

—Volvamos al plano personal —interrumpe Merche a mi pesar—. ¿Qué debería tener una mujer para enamorarlo?

—Hmm... No lo había pensado. Desde luego tiene que ponérmelo difícil, me gustan los retos. También debe ser guapa, e inteligente... Ya sé que esto es un tópico, pero hay una mezcla entre esa inteligencia que le digo y cierta vulnerabilidad que resulta irresistible.

Ya. ¿Se supone que yo tengo todo eso? Y tan difícil que te lo voy a poner.

Las siguientes dos horas de entrevista se desarrollan más o menos en el mismo tono. Merche trata de que Gabriel Kul se sienta cómodo y le desvele intimidades, mientras yo intento sonsacarle algo de lo mucho que esconde. No hace falta decir que ella tiene mucho más éxito que yo.

Lo único que he logrado es que me dé algunas respuestas genéricas sobre sus actividades. Merche, en cambio, ha conseguido que al final parezca una conversación entre dos amigos. Por un momento hasta tuve la impresión de que era yo la que sobraba.

Cuando damos por terminada la entrevista, Merche e Israel se quedan hablando junto al ventanal desde el que se ve la Vega. Yo prefiero no acercarme. Estoy molesta. Solo quiero irme, pero mi amiga no está por la labor. Me acerco a la chimenea y me quedo mirando un cuadro que hay colgado encima. Oigo sus risas a mi espalda, así que decido ignorarlos y me acerco para comprobar la firma. ¿Picasso? ¿En serio? ¿Será auténtico? «Pues claro que es auténtico, idiota — me respondo yo misma—, ¿qué crees, que es una reproducción serigrafiada?

—Te lo regalaría —dice Israel detrás de mí—, pero con tus habilidades de negociación temo que lo cambies por algún póster de Beyoncé.

Me hace gracia, pero no se lo demuestro. He decidido mantener cara de vinagre hasta que me vaya. Es lo mejor. Por mucho que al final me haya alegrado de que Israel no esté muerto, no puedo poner en riesgo mi relación con Carlos.

—¿Te quedas a comer? Le diré a Pablo que te prepare lo que quieras.

—No, gracias. Prefiero acabar aquí.

—¿Acabar? Tú y yo no hemos acabado.

—Me voy a casar. No pienso dejar que te inmiscuyas por mucho que te quisiera en el pasado. Eres solo eso, pasado. Lamento ser tan sincera.

Israel esboza una sonrisa cuando creí que sería todo lo contrario.

—No eres sincera. Crees que lo eres, pero no es así. Sólo te estás engañando a ti misma. Tú y yo acabaremos juntos, y lo sabes. Como también sabes que el futuro ese que te has creado en tu cabeza con tu novio no existe.

No sé qué responder. Me gustaría mandarlo a la mierda, pero me ha dejado tan estupefacta que no reacciono. Lo que hago es buscar por la gran sala a Merche, pero no la veo por ninguna parte. ¿Dónde se habrá metido?

—Ha ido al baño —dice Israel.

No pienso quedarme ni un solo minuto en esa casa.

—Cuando salga, dile que la espero en el coche.

Mientras nos dirigimos al diario, recibo un mensaje de Carlos invitándome a comer. Esta invitación sí que la acepto. En cierto modo es como decirle que sí a un modo de vida y no al otro. Merche me deja en el restaurante en el que hemos quedado y ella vuelve al trabajo.

Mi prometido ha reservado una mesa apartada en Casa Beneda, un lugar casero al que solemos ir a menudo. Él ya me está esperando con un plato de papas arrugadas y una salsa de mojo verde.

—¿Qué tal la entrevista? —me pregunta.

—Bueno, para olvidar.

—¿Tan mal ha ido?

—Merche la ha convertido en una especie de conversación cotilla sobre los planes de un soltero de oro.

—Vaya, lo lamento.

No lo lamenta, puedo verlo. Está encantado con que me sienta decepcionada. Supone que facilitará que Israel desaparezca de mi vida. De todos modos, aunque no me creyera anoche, yo ya he decidido que así será, que no lo volveré a ver.

Me sorprende cuando Carlos acaricia mi mano.

—Quería pedirte perdón.

—No te preocupes.

—No tenía derecho a montarte el numerito de anoche. Siempre he confiado en ti, no sé qué me pasó. Supongo que será todo esto de la boda, que me tiene un poco nervioso. Pero no me malinterpretes, estoy ilusionado, quiero casarme, es solo que me pongo a imaginar todo lo que tenemos que hacer y...

—Lo haremos juntos. Sé que no me he implicado nada hasta ahora, pero es que esto de la entrevista me ha absorbido demasiado, ahora estoy a tu disposición.

—¿En serio?

—Claro. No es justo que todo recaiga sobre tus hombros.

—Bueno, me parece estupendo. Pues lo primero será decidir a dónde vamos de luna de miel.

—Creí que eso sería lo último.

—Ya, pero como mi madre se ha ofrecido a pagarlo, deberíamos hacer ya la reserva. ¿Cancún? ¿Túnez? No sé, he traído varios folletos.

Toda la comida nos la pasamos estudiando los pros y los contras de los distintos lugares. Hago un esfuerzo por seguir concentrada, todo este asunto me da una pereza que no me aguanto en pie. Y lo que es peor, me hace pensar si el paso que voy a dar no será demasiado largo. Al final, para no tener que reflexionar mucho más, decidimos que sea Estambul la elegida. Además, acordamos repartirnos las tareas. Yo reservaré la iglesia de San Francisco por que la madre de Carlos quiere que nos casemos como Dios manda y él se encargará de la sala de bodas. Lo demás ya lo iremos viendo.

Cuando llego a la redacción observo que me está esperando en mi mesa la siguiente amenaza. Es algo minúsculo que parecería inofensivo si no supiera a ciencia cierta que volverá a hacer tambalear mi estabilidad. Se trata de una cajita azul, con un lazo rojo, como la llave del Mercedes, aunque esta vez su forma es distinta. Es más alargada, parecida a un libro.

—¿Y esto? —le pregunto a Merche.

—Lo ha traído el de la cicatriz. El de la moto, ¿recuerdas?

—Ya.

Rompo el envoltorio sin ningún cuidado, más bien con rabia, y entonces me encuentro con una caja de aluminio con una leyenda en el anverso que dice:

«Joyería Un Faro en el Mar»

Qué poético. Me quedo observando la maldita caja. No me apetece nada abrirla.

—¿No quieres saber lo que hay? —me pregunta Merche.

—No estoy segura.

—Venga, ábrela. Me tiene intrigada.

Quito el pequeño cierre. Ante mis ojos, resaltado sobre un fondo de terciopelo rojo, aparece un collar de brillantes que debe de costar una fortuna. Es de esas joyas que solo vez en televisión, en el cuello de alguna famosa. Yo ni siquiera soy capaz de imaginarlo en el mío. Durante un buen rato no puedo articular palabra, y lo mismo le ocurre a Merche, pero es ella la que me saca de mi asombro.

—Hay una tarjeta —dice.

En efecto. Detrás del collar, hay un papel blanco doblado por la mitad. Lo cojo y lo despliego. De inmediato paso del asombro a la indignación en cuanto leo lo que dice:

«Acéptalo como regalo de bodas. Es una lástima que esta no se vaya a celebrar, pero seguro que harás buen uso de él. Israel»

Tiene un número de móvil escrito debajo. Por un momento siento ganas de romper la tarjeta en mil pedazos y lanzar el collar por la ventana, pero me lo pienso mejor y decido llamar. Así podré insultarlo en persona. Para aumentar más mi cabreo, Merche está leyendo la tarjeta y sonriendo dice:

—Este chico tiene un sentido del humor...

—¡Cállate, anda!

—Perdón —responde y se gira hacia la pantalla del ordenador para hacer como que escribe en él.

Lo siguiente que hago es marcar el número. No suenan ni dos tonos cuando la voz grave de Israel se oye al otro lado.

—¿Te ha gustado?

—Escúchame bien. No quiero que me mandes regalos, ni que me llames ni que te vuelvas a acercar a mí, ¿entendido?

—No te ha gustado.

—No lo quiero. Envía a Roque a buscarlo de nuevo.

—Lo siento, pero eso no podrá ser. No lo aceptaré de vuelta a menos que me lo devuelvas tú.

—Pues se lo regalaré a cualquiera que me encuentre por la calle.

—Como quieras, pero vas a perder la oportunidad de tirármelo a la cara, que es lo que te apetece en estos momentos.

Y tanto que me apetece. Pero también sé que sería un error. Si le hago el juego acabaré quemándome en unas llamas a las que ni siquiera me debería acercar. Oigo que va a decir algo, pero no lo dejo terminar. Simplemente le cuelgo y vuelvo a mi trabajo mientras observo de soslayo y con cara de asco el maldito collar.

—¿No lo quieres? —me pregunta Merche.

—No, te lo regalo.

—¿En serio? ¡Buah, tía! ¡Qué pasada! —exclama mientras lo saca de la caja y se lo coloca sin abrir por encima del cuello y empieza a hacerse fotos con él.

En ese momento me vibra el móvil. He recibido un mensaje.

«Estoy en el restaurante Los Juncos. Te invito a comer».

La foto de perfil es la de Israel vestido con una chupa de cuero y con el Océano Atlántico de fondo.

«Ya he comido», le contesto y rezo para que no insista mientras me centro en editar la estúpida entrevista que le ha hecho Merche esta mañana.

He salido una hora antes del curro. No podía aguantar más ver a mi compañera trabajando con un collar de brillantes al cuello y que todo el mundo le hiciera bromas al respecto. Y para colmo, esos comentarios de Israel respecto a la boda que golpean donde más duele, esa insistencia en que no se va a celebrar, cuando precisamente menos ilusionada estoy, cuando han aparecido esas grietas entre Carlos y yo por su culpa.

Me he acordado de que aún no le he dicho a mi madre que me he comprometido, así que me dirijo a su casa. La misma expresión de «me he comprometido» me parece irreal, como si la hubiera oído tantas veces en los demás que no la reconozco como mía. Cualquier referencia a la propia boda solo hace dibujar en mi mente la cara de satisfacción de Carlos. Le he dado tantos disgustos últimamente que de alguna forma pienso que tengo que compensarlo.

Mi madre vive en un pequeño chalé en Tabaiba, un pueblo costero a unos quince kilómetros de Santa Cruz. Está encaramado en la montaña, como si fuera un balcón al que se accede por una carretera empinada en la que al menos el Golf no me da problemas. Mi anterior tartana habría protestado mucho más. El Mercedes en cambio hubiera subido como la seda. Yo misma me avergüenzo de acordarme siquiera de ese coche.

Mi madre está inclinada sobre un parterre a la entrada de su chalé. No me ha visto, así que me acerco por detrás y la sorprendo con un beso en la mejilla. Ella se ríe y me da un abrazo. Es una madre joven, tiene cincuenta años y siempre me dice que no quiere ser abuela tan pronto. Por la puerta del chalé aparece Eduardo, su novio, un tipo afable que siempre me trata con cariño. Lleva con ella por lo menos una década y no los he visto discutir nunca. Con mi padre, sin embargo, lo hace cada vez que coinciden en algún sitio. Ahora él está en Barcelona, con una nueva familia, así que tendré que informarlo por teléfono. No sé si vendrá a la boda, o si lo hará solo o con su nueva mujer y mis dos hermanos pequeños a los que no conozco.

—Hola, Mai, ¿cómo estás? —me dice Eduardo al tiempo que me da dos besos.

Después charlamos un rato los tres del trabajo y otras cosas y él se marcha para dejarnos solas.

—Hace tiempo que no vienes —me dice mi madre. Siempre comenta lo mismo, aunque haga tres días desde la última visita.

Este no es el caso, sí que hace tiempo. Más del que debería.

—Tengo algo que decirte.

—¿Ah sí?

Mi madre me mira la barriga.

—No, no estoy embarazada. Es que... Carlos y yo hemos decidido casarnos.

—¿Casaros? ¿En serio? ¡Magnífico! ¡Es una noticia excelente!

—Sí, la verdad es que sí —le digo, aunque no me sale su mismo entusiasmo.

—No me parece muy contenta.

—Sí que lo estoy, en serio. Es solo que... Han sido días muy tensos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ha aparecido Israel.

—¿Israel? Oh, lo siento, hija. —Mi madre me abraza—. Claro, tantos recuerdos... Pero míralo de esta manera, ahora al menos su madre tendrá un sitio donde ir a visitarlo y tú podrás pasar página.

—No, no ha aparecido su cuerpo. Ha aparecido él.

—¿Cómo que ha aparecido él? ¿Vivo?

—Vivito y coleando y además es el hombre más rico de España. Más que el de Zara.

—Espera, espera... ¿El más rico no es ese tipo misterioso que sale en las noticias? Gabriel algo.

—Gabriel Kul. Pues resulta que es Israel.

Mi madre se queda paralizada, con las cejas levantadas y sin poder dejar de mirarme.

—Dice que sigue enamorado de mí.

—¿Qué? ¿Después de tantos años?

—Pues sí, nueve.

—Qué locura.

Se lleva una mano a la frente y se apoya en el poyete de cemento que rodea su parterre.

—El caso es que ha removido cosas... No sé. He decidido no volver a verlo. Creo que es lo mejor.

—Sí, será lo mejor. Esa relación ha quedado muy atrás, por mucha nostalgia que podáis sentir.

—Tienes razón. Además, a Carlos le hace tanta ilusión la boda que debería centrarme en eso.

—Ya, él está ilusionado, pero dime una cosa, hija, ¿tú quieres casarte?

No estoy preparada para una pregunta tan directa. ¿Por qué tengo tantas ganas de llorar? De repente, las lágrimas se derraman por mis mejillas sin poder contenerlas y mi madre me abraza, menos mal, y yo suelto todo lo que llevo dentro en su hombro.

—Estoy hecha un lío, mamá —musito entre sollozos—. No sé qué hacer.

—No me extraña.

—Meterme en este embrollo se me hace una bola... Y Carlos está muy decidido. Si no fuera por eso...

—Si no fuera por eso, no te casarías.

Yo no lo habría dicho mejor.

—Eso creo.

—Escúchame, Mai. En mi opinión, es una buena decisión la de no ver más a Israel. Teníais diecisiete años cuando salíais. Es imposible que seáis las mismas personas. Y respecto a la boda... No te puedes casar en estas condiciones. Una tiene que ir a esa ceremonia ilusionada, con las ganas propias de unirse a un compañero para el resto de la vida, aunque después salga como salga. Habla con Carlos. Te quiere, lo entenderá. Es posible que lo desilusiones, pero estoy segura de que lo entenderá.

Mi madre siempre tiene razón. Cuando era más joven, me reventaba que así fuera, pero ahora es un oráculo. El lugar al que acudir si no se sabe qué camino tomar. Durante la tarde, lo veo todo desde otra perspectiva. Tomamos café, nos ponemos al día y luego nos despedimos con mi promesa de que no dejaré pasar tanto tiempo sin ir a visitarla.

El momento de la verdad.

Oigo el tintineo de las llaves al otro lado de la puerta; luego, cómo se introducen en la cerradura y la puerta se abre. Observo su cara. Está contento. Carlos me sonrío al verme y yo me siento una miserable porque le voy a amargar la tarde.

—¿Ya estás aquí? —me pregunta.

Se acerca y me besa para después dejar unos papeles que trae bajo el brazo sobre la mesa del comedor y quitarse la chaqueta.

—Sí, estaba cansada. He salido antes.

Carlos se dirige a la cocina y me habla desde allí.

—Pues nosotros estamos detrás de una venta... ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias.

Regresa con un botellín en la mano y se echa en el sofá emitiendo un suspiro de cansancio. Apoya el brazo en el respaldo y echa un trago.

—Pues eso. Como nos salga el negocio... Es un pedazo de comisión. Pagamos el banquete a tocateja, nada de créditos.

—De eso quería hablarte —lo interrumpo.

—¿Sí? ¿Ya has llamado a la iglesia? ¿Tiene disponibilidad?

—No, no... Es que... ¿Te resultaría muy decepcionante aplazar la boda?

De repente, su alegría desaparece. Ahora me mira como si hubiera descubierto que soy una asesina o algo así.

—¿Aplazarla?

—Unos meses. Solo eso.

—¿Por qué?

—No me siento a gusto con la situación. Han sido unos días muy estresantes y todos estos planes... No sé... Es que está ocurriendo todo demasiado rápido.

—No te quieres casar.

—Sí, claro que quiero. Es que necesito tiempo, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí, te lo aseguro.

—¿No tiene nada que ver con la aparición de ese exnovio tuyo?

—Lo de la entrevista me ha dejado sin energías, pero ya te he dicho que no lo pienso volver a ver.

Carlos me observa en silencio. Está muy decepcionado, lo conozco, así que insisto.

—Solo te pido un tiempo. Nada más.

—¿Quieres dejarlo?

—¿Qué? ¡No! Por favor, Carlos... Estamos bien. Soy feliz contigo. Sigamos como hasta ahora, y dentro de unos meses, cuando todo haya vuelto a la normalidad, lo hacemos. Nos casamos entonces.

—¿Dentro de unos meses?

—Solo unos meses. Es lo que te pido.

En ese momento me suena el móvil. Es un mensaje de Merche. Puedo ver su foto en la pantalla.

—Vale, lo dejamos para dentro de unos meses.

—¿Seguro? ¿No estás enfadado?

Claro que está enfadado.

—No, qué va —me miente—. Yo solo quiero que estés bien. Cuando nos casemos, que sea porque los dos lo deseamos. Esperaré.

El móvil vuelve a sonar y miro a ver qué quiere.

«Tienes que venir conmigo a una fiesta esta noche».

«Por favor, por favor, por favor».

Le contesto:

«¿Qué dices? Estoy molida. ¿Sabes a qué hora me acosté anoche?».

«Me van a presentar a un chico. Es un artista famoso. Extranjero. No pienso aparecer sola.»

Resultaría bastante patética».

Me acerco a Carlos y me acomodo en su regazo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Un poco decepcionado, eso es todo. Pero quizá tengas razón. Se nos han juntado demasiadas cosas en el peor momento. Tal vez lo mejor sea esperar un tiempo.

Trato de animarlo.

—Será un día magnífico, te lo prometo. Lo haremos sin prisas y lo disfrutaremos mucho más.

Por fin lo veo sonreír.

—Sí, será nuestro día.

El móvil vuelve a sonar.

«No me puedes dejar sola en un momento como este».

—¿Quién es? —pregunta Carlos.

—Merche. Dice que le van a presentar a un chico en una fiesta y quiere que la acompañe para hacerle de carabina.

—¿Y vas a ir?

—No, me quedaré aquí contigo.

De nuevo el móvil.

«Te lo ruego, te lo suplico. Además, la fiesta va a ser una pasada».

Para Merche todo es una pasada.

«¿Dónde va a ser?».

«En la discoteca *Oblivion*».

—Vamos, ve. Estás deseando —me dice Carlos.

—Ven conmigo.

—No, qué va. Estoy reventado. Ve tu sola, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Claro que sí.

Entonces lo miro fijamente.

—¿Estamos bien?

—Estamos muy bien —me responde.

En cuanto veo a algunos de los chicos de la Casona, me doy cuenta de que es una emboscada. Rex está en el centro de la sala contoneándose frente a su novio, Lagarto, y los dos *fumetas* tratan de ligarse a dos rubias, claramente *guiris*, mientras las devoran con los ojos. Toda la escena resultaría hasta divertida si no fuera por lo cabreada que estoy con Merche. No me puedo creer que mi mejor amiga haya participado en la celada.

La música electrónica suena fuerte, los haces de luz bañan una pista de baile atestada de jóvenes que se mueven al mismo ritmo y todo ello no hace más que aumentar mi irritación. Y entonces, para empeorarlo todo, veo a Israel al otro lado del local, mirándome a mí. Levanta la copa que tiene en la mano y me sonrío.

—¿De qué va esto?

—Me invitó con la condición de que te trajera —responde Merche—. Me va a presentar a un amigo suyo. Dice que es un artista muy famoso que está a punto de exponer en Londres.

Julian. Lo localizo en un lugar apartado de la barra portando una copa en la mano y charlando entre risas con una morena muy guapa. Él va vestido con un traje de tres piezas, como si fuera un lobo de Wall Street, con la salvedad de que la prenda es de un rojo que resulta desagradable a la

vista. Si apagaran los focos, ese traje por sí solo iluminaría la discoteca sin ningún problema.

—Yo me voy —digo, pero enseguida me encuentro con que Merche me retiene sujetándome del brazo.

—Espera, por favor. Deja que Israel me presente a su amigo y luego te largas, si quieres.

¿Por qué le hago caso? Debería darme la vuelta ya mismo, pero, tal vez porque me mira con esos ojos de cachorro desvalido, acabo cediendo y me quedo allí plantada sin saber muy bien qué hacer.

Observo los movimientos de Israel. Es como un lobo que no pierde de vista a su presa. Y su presa soy yo. La adrenalina me recorre las venas como si realmente fuera a ser cazada. Lo veo moverse por el lugar, despacio, dominante, observándome de vez en cuando. ¿A dónde va?

Se aproxima a Julian y le pasa un brazo por los hombros. A continuación, le dice algo al oído y ambos miran hacia donde estamos.

Y entonces se acercan.

Los dos se detienen contentos frente a nosotras. Merche también lo está, pero yo debo de tener una cara de entierro que espantaría al mismísimo Casanova.

—Os presento —dice Israel—. Él es Julian, uno de los pintores jóvenes con más talento de la escena internacional. Ella es Merche, una periodista de raza. Es una experta investigadora que jamás abandona un reportaje hasta que ha llegado al final.

—¿Qué exagerado! —dice Merche tan colorada como el traje de Julian.

—A Mai ya la conoces.

—Hola, Mai —dice Julian casi sin mirarme. Solo tiene ojos para mi amiga—. Encantado de conocerte. Así que eres una periodista famosa.

—Bueno, famosa, famosa...

—Has descubierto al gran Gabriel Kul —dice Gabriel Kul.

—Eso sí.

—¿Te tomarías una copa conmigo?

—Claro, ¿por qué no?

Los dos se marchan hacia la barra y aún oigo sus voces mientras se alejan.

—Me encanta tu traje —dice ella.

—¿Verdad que es *cool*?

Cuando vuelvo la cabeza me encuentro con los ojos verdes de Israel. El lobo me está observando.

—¿No la hubieras dejado entrar si no hubiese venido conmigo? —le pregunto.

—Claro que no, esa era la condición. No le echas la culpa a ella, échamela a mí.

—Por supuesto que te la echo a ti. Tú y tus condiciones.

—A veces la gente necesita que se la empuje un poquito.

—¿Eso es lo que estás haciendo conmigo? ¿Empujarme a tus brazos?

—Supongo que sí, pero acabarás viniendo solita.

—No te importa cuantas veces te rechace, no te vas a rendir, ¿verdad?

—No.

—Me voy.

—Espera.

No sé por qué me detengo. Debería irme sin más.

—¿Qué quieres?

—Un baile.

—Estás loco.

—Un baile y te dejo en paz.

En la sala está sonando Becky G. No creo que el baile vaya a ser muy romántico, pero me temo que algo estará tramando.

—¿Un baile y no te volverás a acercarme a mí?

—Te lo prometo.

En ese momento extiende su mano para que acerque la mía. Lo hago. Creo que es la primera vez que lo toco desde que ha reaparecido y siento una especie de corriente que circula por mi antebrazo, mi codo y que agita también mis hombros. Es una sensación reconfortante que trato de reprimir con todas mis fuerzas.

Atravesamos una pasarela elevada y descendemos hasta la pista cogidos de la mano, como si fuéramos una pareja. Todos se hacen a un lado para dejarnos pasar. Se nota quién manda. Cuando nos colocamos en el centro, se despeja un círculo a nuestro alrededor. Es la fiesta de Gabriel Kul y los invitados lo conocen y lo respetan.

Yo, en cambio, evito mirarlo. Empiezo a moverme al ritmo de la música, pero enseguida esta se detiene y comienza una nueva canción. Como no podía ser de otra manera, recibo un golpe bajo por parte de Israel. Todo son trampas a su lado, todo le vale para conseguirme. La nueva melodía la reconozco al instante. Es *Por ti* de Sidonie. No tendría mayor importancia si no fuera por los recuerdos. Solo sería una canción lenta con la que aprovechar para acercarse a mí, pero conoce perfectamente el lugar al que me va a transportar la dichosa melodía.

Enseguida me siento como si estuviera en un concierto en Playa de las Américas diez años atrás. Israel apoya sus manos en mi cintura como lo hizo entonces, pero mi mejilla no se pega a su pecho. Me niego a hacerlo.

La música suena, la letra me la sé de memoria.

Yo siento en el pecho

El baile enloquecido del fuego

No movemos a ritmo. Mantengo mi mirada en el suelo, pero puedo sentir la suya buscando mis ojos.

Para que no se escapen los sueños

—¿La recuerdas?

—Sí.

Claro que la recuerdo. Aquella fue la noche en la que hicimos el amor por primera vez. En un lugar apartado de la playa, a la luz de la luna y al arrullo de las olas. Todo muy poético. ¿Cómo la iba a olvidar?

Es que me salen rosas de la boca

Cuando mi mente regresa a la discoteca, me doy cuenta de que he cerrado los ojos y apoyado mi mejilla en su pecho. Me gustaría apartarla, pero no puedo, y no me importa. Solo es una canción, que podré disfrutar un momento y que luego acabará y yo podré marcharme.

Lo mejor del sol, a puñados, yo te lo doy

Estoy más a gusto de lo que podría admitir y me siento culpable. A continuación, su voz cálida comienza a cantar muy cerca y muy bajito. Y me parece tan tierno...

—Por eso callo y te beso primero. —Y entonces hace una pausa en la canción y añade—: Te quiero Mai. He intentado olvidarte con todas mis fuerzas, pero sigo tan enamorado de ti como el primer día.

Y lo miro y no hay nadie más que él y yo. Sus labios tan cerca de mí me asustan. Solo tendría

que cerrar mis ojos y él me besaría al instante, porque lo entendería como una invitación. Porque es justo lo que sería. Y es justo lo que hago. Cierro los ojos y noto el calor de sus labios sobre los míos. Nos besamos suavemente durante un momento antes de ir a más, antes de sentir que nuestras lenguas también se acarician, y que nos fundimos como si fuéramos uno.

Pero un *flash* se cruza en mi mente. Carlos me sonríe sentado en el sofá. Es como una corriente eléctrica que me aparta de Israel de un empujón. «¿Qué estoy haciendo?», me pregunto. Bajo la cabeza avergonzada, jamás lo había estado tanto, y huyo de la pista y del local mientras oigo mi nombre en la voz de Israel a mi espalda.

CAPÍTULO V

Cuando abro los ojos, parece que anoche me hubiera bebido una botella de whiskey yo sola. Un difuso dolor de cabeza se mueve a sus anchas entre mi frente y la coronilla. Cada vez que me muevo, el dolor se desplaza en la dirección del movimiento, así que me quedo quieta intentando que desaparezca por sí mismo.

Tampoco me ayuda mucho el sol que entra por la ventana. Hace que los ojos me escuezan y casi tengo que entornarlos para poder ver algo. Si no bebí nada, ¿por qué me siento como si tuviera la resaca de mi vida? Tal vez la explicación esté en que he pasado la noche más inquieta que recuerdo. Casi no he pegado ojo y una y otra vez veía la cara de Israel junto a la mía. La canción de Sidonie también me ha estado martilleando cada minuto.

¿Qué hora será? Busco el móvil en mi mesilla. Uf, las nueve. Me tengo que poner en marcha. Después de la entrevista a Gabriel Kul, Amadeo se ha vuelto mucho más comprensivo con nuestros horarios, el de Merche y el mío, pero conviene no abusar, no durará mucho la bula. Así que me siento en la cama y me sostengo la cabeza con la mano. Ahora el dolor se ha instalado en el lado izquierdo de mi cerebro. Necesito una aspirina y un café, pero ya.

Me sorprende encontrar a Carlos en la cocina. A las nueve hace una hora que ya debería de haberse ido. Parece taciturno, con los brazos cruzados y la vista fija en su ordenador portátil que está abierto sobre la mesa. Yo no tengo muchos ojos para él. Me voy directa al armario donde guardamos las medicinas y agarro la caja de las aspirinas como si fuesen una botella de agua en el desierto. Mientras me tomo una, lo observo. Le pasa algo.

—¿Hoy no trabajas?

—Quería hablar contigo.

—¿De qué?

—De la fiesta de anoche.

Una luz roja parpadea dentro de mi cabeza. El estómago se me atenaza y frunzo el ceño. ¿Qué tiene que hablar conmigo? ¿Alguien me vio besarme con Israel?

Carlos levanta la barbilla levemente para señalarme su portátil. Yo dirijo mis ojos hasta allí y veo una fotografía de Merche, ya muy perjudicada, agarrada a un joven con un luminoso traje rojo de tres piezas. Me acerco al ordenador y entro en pánico cuando veo el mensaje que mi amiga ha escrito. «Un poco borrachos en la fiesta de Gabriel Kul».

—Estoy cansado de tantos secretos —me dice.

—Carlos, por favor... Yo no sabía que era su fiesta. Fue una encerrona. Israel utilizó a Merche para llevarme hasta allí.

—¿Para qué quería llevarte hasta allí?

Ha sido un error haber dicho eso. Ahora tendré que darle un montón de explicaciones a un hombre que está sufriendo una crisis de celos, y con razón.

—Quiere volver conmigo, está obsesionado. Le he dado mil largas, lo he rechazado, pero sigue insistiendo. Te prometo que no ha ocurrido nada.

Le miento porque decir la verdad significaría el final.

—También me prometiste que no lo volverías a ver.

—Habría cumplido la promesa si no me hubieran engañado.

—Y entonces, ¿por qué has aplazado la boda?

—¿Qué quieres decir? Ya te lo expliqué ayer.

—Ese Gabriel Kul está enamorado de ti. Sabe que te vas a casar, cosa que podría aclararle que no tiene nada que hacer contigo, pero resulta que tú aplazas la boda. Todo un mensaje de esperanza para tu enamorado.

—El aplazamiento no tiene nada que ver con Israel, soy yo la que no se quiere casar.

En solo una décima de segundo ya me he arrepentido de lo que acabo de decir.

—¿Que no te quieres casar? Creía que solo era un aplazamiento.

—Me he expresado mal —respondo confundida. Es una conversación torcida que no va a llevarnos a ningún sitio y que no se me ocurre cómo puedo enderezar.

Prefiero callarme y Carlos hace lo mismo. Durante un rato nos quedamos ahí, en la cocina, cada uno en su lugar, sin atrevernos a movernos. Y entonces habla. Y cada una de sus palabras se me clavan como un puñal en el corazón.

—No va a acabar nunca, ¿verdad? —lo dice despacio, como si hablara consigo mismo, como si cada palabra la hubiera meditado durante horas—. Quedas a cenar con él y yo acepto. Luego anulas la boda y acepto de nuevo. Ahora me entero de que has ido a su fiesta y que me lo has ocultado. ¿Pretendes que vuelva a aceptar? ¿Y qué será lo próximo? ¿Me pedirás un tiempo para pensar porque sabes que aceptaré y así no te sentirás tan culpable cuando vuelvas con él?

Entro en pánico.

—No, no, no... Nada de eso va a ocurrir.

Me dirijo hacia Carlos y lo abrazo y pego mi cabeza contra su pecho que late con intensidad. Espero a que pase el temporal, no quiero que siga hablando, porque sé dónde acaba esta conversación. Pero lo hace, y el golpe es seco, certero al lugar idóneo en el que me deja sin respiración.

—Devuélveme el anillo, por favor.

Me aparto de él y lo miro a los ojos. Quiero comprobar por mí misma que habla en serio. Me agarro el anillo con la otra mano, como si perderlo significara el fin.

—No.

—Mai. Esto se ha acabado.

Las lágrimas asoman a mis ojos mientras niego con la cabeza.

—No se ha acabado.

—Yo no puedo vivir así. Cada vez que salgas, me preguntaré si lo vas a ver. Cada vez que hables por teléfono, escucharé cada trazo de conversación que salga de tu boca para asegurarme de que no pronuncias su nombre. Eso es un infierno.

—He cometido un error. Nos casaremos.

—Devuélveme el anillo, Mai. —Extiende su mano hacia mí, como si me pidiera que depositara allí todas mis esperanzas de una vida sencilla y tranquila y me dirigiera a la deriva hacia un lugar ignoto, hacia las rocas.

—Carlos, por favor, vamos a hablarlo.

—Si lo hablamos, me volverás a convencer. Y no quiero que me convenzas. Nunca me había sentido como en estos días. No puedo soportar vivir así.

—No he hecho nada, Carlos. Te he sido fiel.

—¿Me devuelves el anillo?

—¿Todo esto es en serio?

—Más en serio no puedo hablar.

—Por favor, Carlos, no hagas que te suplique. No es con él con el que quiero estar, sino

contigo. Tú eres a quien he elegido.

Entonces, sin mirarme, se dirige hacia su ordenador, lo cierra y se lo coloca bajo el brazo antes salir de la cocina. Cuando ya está en el pasillo me dice:

—Voy a recoger algunas cosas. Deja el anillo sobre la mesa. Pídele a él que te compre uno más caro.

—No te vayas, por favor —suplico, pero ya no hay respuesta.

«Carlos me ha dejado. Y todo ha sido por tu culpa. No quiero que me vuelvas a hablar».

Es el mensaje que le escribo a Merche antes de regresar a la cama y llorar bajo las sábanas. Después de un rato dándole vueltas, ya no estoy tan segura de que en realidad la culpa haya sido solo suya. Si no hubiera anulado la boda, habría tenido algo con lo que defenderme. Carlos habría entendido que yo sería su mujer y él mi marido y ¿qué era una simple fiesta comparada con un matrimonio? Pero pensando esto, mi cabeza me trae de nuevo las sensaciones durante el baile.

Por mucho que me lo repita, no fue solo un beso. Más bien representó un paso hacia el abismo. Lo detuve a tiempo, sí, pero no porque no significara nada, sino todo lo contrario. Si tuve que parar fue porque sentí que la vida se escapaba de mi control, que todo lo que había edificado a mi alrededor se derrumbaba sin remedio. Un huracán lo arrasaba todo.

Entonces me sorprende el sonido de mi móvil en la mesilla de noche. He bajado las persianas y ahora la pantalla ilumina la habitación a oscuras. Es un mensaje de Merche.

«¿Qué ha pasado?».

No respondo. No me apetece nada hablar con ella. Con nadie, en realidad, pero menos con ella. Ha maquinado con Israel para que esta situación se produjera e, independientemente de mis sentimientos, eso es algo que no le puedo perdonar.

Sin ser muy consciente de ello, me quedo dormida. Me despierta el timbre del portero automático y me levanto a duras penas y tambaleándome. Ya no me duele la cabeza, pero vivo en una especie de irrealidad que hace que no me siento muy estable. Levanto el auricular y respondo. Lo que suena al otro lado es la voz de Merche.

—Soy yo, ábreme, por favor.

—Márchate, no quiero verte.

Y vuelgo para acostarme de nuevo. Vuelve a sonar, pero lo ignoro y me voy a la cama. Entre mi edredón, cierro los ojos y me mezo en un duermevela que se interrumpe de cuando en cuando por el molesto zumbido de mi portero automático. Después de quince minutos, llego a la conclusión de que Merche es, posiblemente, la persona más pesada de las cuatro islas canarias occidentales y quizá de alguna de las orientales.

Pulso el botón sin decirle nada y luego dejo la puerta entreabierta para dirigirme al sofá. Me parapeto tras un cojín mientras la veo aparecer con expresión alarmada. Se acerca despacio, con cautela, y se sienta frente a mí, en el sillón, con el cuerpo inclinado hacia delante.

—¿Qué ha pasado?

—Ha visto tu foto en Instagram. «En la fiesta de Gabriel Kul».

Merche se lleva las manos a la cabeza y se reclina hacia atrás mientras exclama:

—¡Mierda!

—Sí, mierda. Sobre todo, para mí.

Se levanta y se sienta a mi lado.

—Lo siento Mai. Te juro que no pensé... Tú ya te habías ido, estábamos borrachos y por alguna razón se nos ocurrió que sería buena idea immortalizar el momento. Ya sabes cómo son

estas cosas.

—La foto no es lo más importante. Me traicionaste. Me hiciste ir allí engañada y me vi envuelta en una situación...

Prefiero no continuar. Merche no parece saber nada del beso y lo último que quiero ahora mismo es que se entere.

—De veras que lo siento, Mai. No se me ocurrió que una simple fiesta fuera a traer todas estas consecuencias. Lo puso como condición. Teníamos que ir las dos periodistas que le habíamos hecho la entrevista. No creí que... Jamás imaginé que una relación de hace nueve años pudiera afectar tanto a Carlos.

¿A Carlos? ¿Solo a Carlos? Yo misma me siento una idiota al comprobar todo lo que me ha afectado a mí.

—Lo voy a llamar —dice decidida.

—No, por favor. No empeores más las cosas.

—Claro que sí, lo voy a llamar.

Y coge su teléfono, busca su nombre en la agenda y se lo lleva a la oreja. Después de un momento, me dice:

—No me lo coge, el muy cabrón.

—Estará con algún cliente.

—Sí, sí... con algún cliente... Hablaré con él en persona. Esto lo voy a arreglar. Te lo prometo, Mai.

—No hay nada que arreglar.

—Claro que sí. No te puede pedir matrimonio y anular la boda dos días después por un ataque de celos.

—No la ha anulado él.

—¿Qué quieres decir?

—Yo anulé la boda, o más bien la aplacé, antes de que todo esto ocurriera. Lo aceptó de buen grado, pero cuando ha visto la foto se ha hecho ideas...

—¿Por qué la anulaste? Lleváis cuatro años viviendo juntos. Creí que tú...

—Yo también lo creía.

En ese momento me planteo hablarle de Israel. Hace un rato la hubiera estrangulado con mis propias manos, ahora necesito a mi mejor amiga a mi lado.

—Me besó.

—¿Carlos? Bien, no está todo perdido.

—Israel.

—No jodas, ¿cuándo?

—Anoche, en la fiesta. Salimos a bailar y acabamos besándonos. Solo eso, un beso. Enseguida me detuve y me marché de allí.

—Bueno, un beso no significa nada.

—No, no significa nada.

—Solo es una muestra de cariño.

—Ni siquiera eso, no le tengo ningún cariño. En realidad, lo detesto.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí!

—Vale, vale...

—No quiero nada con él, solo deseo que Carlos vuelva.

—Por supuesto, pero es que...

—¿Qué?

—No sé... ¿Por qué lo besaste?

—Me besó él, y porque me tomó desprevenida.

—Claro, si es así...

—No me estás ayudando mucho.

—Perdona... Este Israel es un cabronazo. Sí, deberías olvidarte de él y centrarte en Carlos. No te preocupes, iré a verlo. Lo haré entender que lo que ha montado es una enorme exageración, que un beso no significa nada.

—¡Ni se te ocurra decirle lo del beso!

—Claro, es verdad. Qué tonta.

Nos quedamos una media hora sentadas juntas en el sofá, con las manos entrelazadas. Yo lloro de vez en cuando y ella me abraza para consolarme. Me viene bien tenerla a mi lado, aunque sepa que lo puede estropear todo en cualquier momento.

—Tengo que volver al trabajo. Quédate aquí, luego vendré a verte. Le diré a Amadeo que estás enferma. Déjame a Carlos a mí. Este me va a oír.

Me he cocinado una sopa de sobre por llevarme algo al estómago y ahora me doy cuenta de que no ha sido buena idea. Me resulta tan deprimente comérmela sola en la mesa de la cocina, que casi me dan ganas de dejar la sopa en el plato y volverme a la cama. Tengo que hacer un esfuerzo para obligarme a seguir comiendo. Por suerte, suena el portero automático y puedo levantarme, aunque solo sea un segundo. Seguramente será Merche, al menos estará acompañada.

Sin embargo, la voz que suena al otro lado es mucho más perturbadora. Es la última que esperaba escuchar.

—Soy yo —dice Israel.

¿Qué responderle? «Ya sé que eres tú, la única persona a la que no quiero ver en estos momentos». Pero no hago eso. Prefiero ser más directa.

—Es lo que querías —le contesto—. Acabar con mi relación.

—Sí, es lo que quería. Ábreme.

Ni siquiera lo niega. Su descaro me enerva tanto que por supuesto que le abro. Nada me apetece más que mirarlo a la cara mientras lo abofeteo y lo mando a la mierda.

Pero mientras sube, mi nervio ha desaparecido. Ese siempre ha sido mi problema, que mis pronto no duran nada, que me siento una pusilánime cada vez que tengo que sacar mi carácter. Qué bien me vendría ser como Merche. Un par de insultos, unas bofetadas y después unos chupitos de tequila para olvidar.

En lugar de eso, observo mi sopa de sobre en la mesa. Hasta para el desamor soy cutre, qué le vamos a hacer.

Mientras tanto, el culpable de todo entra en mi casa. Noto su presencia en la puerta de la cocina, aunque no me vuelvo para mirarlo.

—¿Ya te lo ha contado todo Merche? ¿La has convertido en tu confidente?

—No, esta vez ella no tiene la culpa. Ha sido Julian. Parece que han hecho buenas migas.

—¿También utilizas a Julian?

—Es un buen amigo y sabe lo que siento por ti.

—Si sintieras lo que dices que sientes, no insistirías tanto. Te alejarías de mí y dejarías que siguiera con mi vida.

Esta vez lo miro a la cara. Quiero ver su reacción. Pero él está tranquilo, relajado, aunque tiene un leve rictus de tristeza en sus ojos, como si comprendiera algo mi sufrimiento. Y eso no lo puedo aceptar. Me niego a creer que me entiende y le espeto:

—Tú no quieres que yo sea feliz, lo que quieres es que sea tuya.

—No lo comprendes, ¿verdad? —me dice.

—¿Qué es lo que hay que comprender? ¿Que me has destrozado la vida? ¿Que preferiría que sigieras muerto para que yo pudiera continuar mi camino?

Se acerca despacio y se coloca a medio metro de mí. Sus ojos están clavados en los míos, pero yo aparto la cara y me quedo mirando a la ventana.

—Nuestro destino es estar juntos. La vida te castigará hasta que lo aceptes, como ha hecho conmigo.

—No, no es verdad. No quiero volver a verte. Intentaré que lo mío con Carlos funcione y tú solo serás un mal recuerdo.

Entonces, paso junto a él y trato de salir de la cocina y dejarlo solo, pero siento su mano al agarrarme la muñeca y darme la vuelta con brusquedad para que lo mire. No me lo esperaba y me quedo de piedra. Hasta mi respiración se ha detenido.

—He intentado olvidarte. Con toda mi alma, he intentado olvidarte, pero si estoy aquí es porque sé que es imposible. Y tú también comprobarás que es imposible olvidarme. Solo intento ahorrarte todo ese dolor innecesario.

Y entonces me vuelve a besar, pero esta vez no lo hace con delicadeza, como en la discoteca, sino con pasión, con rabia, como si me estuviera demostrando de una vez por todas que no tengo otra alternativa. Me gustaría zafarme. Sería el momento perfecto para empujarlo y dejarle claro que no hay nada entre nosotros, pero todo lo que siento dentro de mí me lo impide. No hay espacio en mi cabeza más que para él.

Noto sus manos en mi cintura y en mi espalda y yo también tengo las mías alrededor de sus hombros. De un movimiento rápido mi camiseta ha salido volando, como su camisa, y ahora puedo tocar directamente su piel, igual que él la mía. Mis dedos recorren sus hombros y su cintura y observo sus abdominales marcados cuando se desabrocha el cinturón. Yo misma me quito las bragas un segundo antes de que me empuje contra el frigorífico y me levante con sus manos fuertes para que lo rodee con mis piernas.

Entonces, me viene a la cabeza la teoría de Merche sobre los conquistadores. Y en este momento me siento territorio conquistado. Una tierra sometida a su nuevo señor y dispuesta para que este clave su bandera en ella. Y lo hace sin contemplaciones. Cada vez más honda hasta que puedo sentirla muy dentro de mí. Con una mano me agarro a su espalda y con la otra empujo sus nalgas para que entre más, para que invada mi cuerpo, y lo conquiste, y se quede con todo lo que es suyo.

Las palabras de mi amiga resuenan en mi cabeza: «Este es un *empotrador*, ya te lo digo yo». Y tanto que lo es. Y un animal, un depredador, que con cada embestida me abre más y más. Y yo soy su hembra, mi cuerpo me lo está diciendo, aunque mi mente lo niegue.

CAPÍTULO VI

Han pasado dos días desde que Carlos me dejó. Ahora, desnuda en la cama de Israel y viendo como se hace el nudo de la corbata ante el espejo, empiezo a ver mi vida y mis sentimientos de otra manera. La devastación que sentí cuando lo creí muerto nunca me abandonó del todo. No es que se hubiera acabado nuestro amor, es que se terminó nuestra vida. El amor de Carlos nunca curó del todo aquella pérdida. Sin embargo, nuestro reencuentro sí que parece haber sanado el dolor por ese abandono. Al menos así es como me siento. Una claridad desconocida hasta ahora ha despejado mi cabeza, como si el hecho de dejar de luchar hubiera liberado energías en mi cuerpo para centrarme en lo importante. ¿Pero qué es lo importante, lo que siento o lo que pienso?

Hay una parte de mí, la parte que piensa, que insiste en que la relación con Carlos aún se puede arreglar, que lo que estoy viviendo con Israel no es amor sino nostalgia, y que no durará mucho. Sin embargo, la parte que siente disfruta del momento. Contempla lo que me rodea y no hace proyecciones, tan solo observa. Un hombre atractivo se viste frente a mí. Lo conozco mejor que nadie en este mundo y aún tengo la impresión de que solo estoy rascando la superficie. He sido su primer amor y él el mío, pero hay muchas cosas que no conozco de su vida.

—¿Te puedo preguntar algo?

Su reflejo me mira a través del espejo.

—Claro.

Se ha terminado de anudar la corbata y ahora se lleva las manos a los bolsillos para escucharme.

—¿Cuántas mujeres ha habido estos años?

—¿En serio quieres saberlo?

—No estoy celosa, solo siento curiosidad.

—No lo sé. Bastantes.

—¿Cuántas son bastantes? Porque yo solo he tenido uno. ¿Tres, cuatro...?

—Más.

—¿Diez?

Se queda pensando.

—Más.

—¿Cincuenta?

—Qué exagerada. No lo sé, no las he contado. ¿Quince, dieciséis...? Por ahí debe de andar.

—¡Guau! Dieciséis son un montón.

Israel se aparta del espejo y se acerca hasta mí. Se sienta y alarga su mano para que se la coja. Estoy desnuda y él vestido, pero no siento el menor pudor. Al contrario, me gusta.

—Con cada una de ellas intentaba borrarte de mi memoria. No lo digo para adularte, y no es que las utilizara como si fuesen tiritas con las que cubrir una herida. Realmente quería enamorarme de nuevo. Y a veces lo hacía. Durante un tiempo me sentía verdaderamente bien. Pero entonces aparecía...

Guarda silencio. Sus ojos se pierden en la ventana.

—¿Qué es lo que aparecía?

—No sé cómo explicarlo. Era una especie de hueco que no podía llenar con nada. A todas las relaciones les faltaba algo. Si les enseñaba lo que escribía, no me parecía que les gustara tanto

como a ti. Si hablábamos del futuro, no creía que tuviéramos los mismos planes, como los teníamos tú y yo. Ese tipo de cosas. Nunca encontré la conexión que tú y yo sentíamos.

»Luego me concentré en el dinero. Me gustaba sentirme un triunfador, pero después de un tiempo tampoco eso me ilusionaba. Tenía la impresión de que todo lo que ganara sería en vano si no podía compartirlo contigo. Por primera vez, en los últimos nueve años, he vivido dos días en los que no me falta nada.

También es la primera vez que yo siento que sus palabras son sinceras del todo. En ellas no hay el menor rastro de manipulación para conseguir que vuelva con él. Ya me tiene, ya no lo necesita, ya se puede mostrar tal y como es.

Aunque la parte racional de mi mente proteste, yo coloco mi mano en su nuca y lo atraigo hasta mí para que me bese. Israel se ríe y me dice:

—Va a ser una pena que se arrugue el traje.

—Sí, va a ser una pena. Vas a tener que ponerte otro —le respondo mientras me subo encima de él.

Sentada a la mesa de la cocina y con un café en la mano, observo cómo Pablo da la vuelta a las crepes en la sartén. Lo hace con una maestría asombrosa. Levanta un poco la sartén, hace un giro de muñeca y la crepe vuela en el aire muy rápido y cae por el lado contrario. Parece que tuviera vida propia y Pablo fuera como esos domadores de leones que consiguen con un solo golpe de látigo que las fieras hagan lo que ellos quieren.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así? —le pregunto.

Pablo se acerca con un buen plato hasta arriba de crepes y un tarro de mermelada y lo pone delante de mí, sonriente.

—En Marsella, señorita Mai.

Enseguida hago la asociación de ideas con la cárcel en la que estuvo Israel.

—¿En Marsella?

—Así es.

—¿Qué hacías allí?

—Trabajar, ¿qué iba a hacer?

—Ya, ¿pero en qué?

Mi vena periodística se ha hinchado y ya no la puedo contener. Pablo me observa fijamente, como si no estuviera seguro de si debe contestar a mis preguntas.

—Era cocinero en un club privado. En realidad, hacía un poco de todo, como aquí. Barman, chófer...

—¿Allí conociste a Israel?

—Sí, allí lo conocí.

—¿Y él? ¿Qué hacía?

Ahora se queda en silencio. Esta última pregunta lo ha puesto en guardia. No pierde la sonrisa, pero noto su incomodidad.

—¿No se lo ha dicho él, señorita Mai?

—No habla mucho de su pasado.

—Ah, bueno. En la posición en la que él está es mejor ser discreto.

—¿Cuánto llevas trabajando para Israel?

Cambio de tercio, pero no del todo. Simplemente tomo una calle lateral con la esperanza de que me lleve al mismo sitio.

—Pues ya hará unos tres años —dice mientras calcula con los párpados entornados.

—¿Estás a gusto con él?

—Sí, muy a gusto.

—Aunque amenazara con despedirte si no me subía a tu coche.

Pablo sonrío. Le ha hecho gracia mi comentario. Entonces se sienta en la mesa, frente a mí, y se reclina como si me quisiera hacer una confidencia.

—Le confesaré algo, señorita Mai. Nunca me dijo tal cosa, me lo inventé. El señor me pidió que la acompañara y no se me ocurrió otra idea mejor. Discúlpeme.

Me río. No hay nada que disculpar. En realidad, la fidelidad que Pablo le profesa a Israel me produce ternura. Lo comparo con el hombre de la cicatriz. Roque es mucho más hosco. También es fiel a su jefe, pero de otra manera. No lo cuida, como Pablo, más bien lo protege como un perro guardián. Tal vez esté siendo injusta, tal vez me esté dejando llevar por su aspecto, pero no puedo evitarlo. Supongo que es bastante obvio que me caiga bien el hombre con aspecto bonachón que me sonrío y me prepara el desayuno y no lo haga tanto el tipo con una cicatriz que le cruza la cara y que apenas me dirige la palabra.

—Es el mejor jefe que he tenido —prosigue Pablo—, es una lástima todo esto.

—¿A qué te refieres?

—A lo de darse a conocer. Sé que lo ha hecho por usted, señorita Mai, pero no es buena idea.

—¿Por qué no es buena idea?

—Bueno, él ya sabe por qué. Convéncalo, señorita Mai. Hágale entender que debe dar marcha atrás, regresar al anonimato.

—No entiendo nada, Pablo. ¿En qué le puede perjudicar la entrevista?

En ese momento se abre la puerta de la casa. La cicatriz desde la frente hasta la mejilla hace su aparición y los ojos duros de Roque se me quedan mirando. A mí y a Pablo.

No dice nada, solo hace un gesto de saludo con la cabeza y sube las escaleras hacia las habitaciones. Un instante después, baja y se vuelve a ir.

Pablo se ha levantado de la silla y ahora está concentrado limpiando la cocina. La confianza con la que hemos charlado se ha evaporado por completo. Ahora, lo noto más serio.

—¿De qué se tiene que preocupar Israel, Pablo?

El cocinero se detiene un instante, pero luego sigue frotando una bayeta contra la vitrocerámica.

—No se tendría que preocupar de nada, solo con que diera marcha atrás. A sus clientes les gustan las sombras. Convéncalo de que puede tenerla a usted sin necesidad de correr ningún riesgo.

—¿Qué clase de riesgo?

En ese momento me suena el móvil y leo el mensaje. Es Merche.

«¿Dónde estás?»

«En casa de Israel».

Le he contado lo mío con él, claro. No voy a cometer el mismo error dos veces, necesito a Merche a mi lado.

«Ven para acá ya! Ha pasado algo. Amadeo está que echa humo».

—Tengo que irme, Pablo. Gracias por el desayuno.

—Me alegro de que le haya gustado, señorita Mai.

Cuando llego a la redacción de LaOnda.com, puedo notar la tensión en el ambiente. Todos

están en silencio, cada uno en su puesto, y con las miradas fijas en la cristalera que separa el despacho de Amadeo de todos nosotros. Tiene el auricular del teléfono fijo sujeto entre el hombro y la oreja, con la cabeza algo inclinada, mientras mira de forma compulsiva su móvil. No habla mucho, más bien escucha, pero cuando lo hace se le ve frustrado.

Todos los redactores permanecen atentos a los acontecimientos. Nadie dice nada, nadie se mira. Sus ojos están puestos en Amadeo. Los de todos menos los de Merche, que desliza su dedo por la pantalla de su móvil y luego escribe algo en él.

Me siento junto a ella y le pregunto:

—¿Qué ocurre?

—Julian está de los nervios. Mañana es la exposición en Londres y dice que nada está saliendo como lo había planificado.

—¿Qué ocurre aquí!

—¡Ah, aquí! Perdona. No lo sé. Seguimos esperando. Amadeo lleva una hora al teléfono. Creo que la exclusiva de Israel se le ha caído.

—Mierda.

Yo también me uno a la preocupación. Seguimos en la misma posición expectante durante al menos media hora más hasta que Amadeo cuelga el teléfono, se levanta y se lleva las manos a los riñones para estirar la espalda. Luego inspira hondo y nos mira antes de salir de su despacho.

—Bien, tengo algo que deciros —exclama—. El problema es que alguien ha filtrado la verdadera identidad de Gabriel Kul. Hace un rato la ha publicado Los-imparciales.com.

—No me jodas —dice Raúl desde su sitio.

—Sí, así es. Aún nos queda el reportaje y la entrevista, pero no he podido sacar todo el beneficio que tenía pensado. Al menos es una buena tajada y nos permitirá seguir en pie. De momento, la crisis está resuelta.

Espontáneamente, todos le aplaudimos más por alivio que por admiración, aunque Amadeo sonríe igual y agita una mano en el aire haciéndose el modesto. Está encantado con nuestro aplauso, por mucho que disimule. Pero entonces se pone serio.

—Tengo que deciros una cosa. —Mi móvil suena en mi bolso. Me ha llegado un mensaje, pero no le hago caso—. Confío plenamente en vosotros y también es verdad que la filtración puede haber venido de cualquiera. No conocemos el entorno de Gabriel Kul, así que es mejor no hacer especulaciones. Pero como yo me entere de que ha sido uno de vosotros... No se me pasa por la cabeza, pero si alguien de esta redacción tiene algo que ver con la filtración, se va a tener que ir de la isla si quiere seguir trabajando de periodista.

—Vamos, jefe —dice Merche—, ¿cómo puedes pensarlo siquiera? Llevamos años trabajando juntos. Si el barco se hunde, nos hundimos todos.

—Más vale que tengas razón, Merche —responde Amadeo y después se mete de nuevo en su despacho.

Yo aprovecho la calma después de la tormenta para mirar el mensaje que me ha llegado. Al ver que es de Carlos, me da un vuelco el corazón. Me apresuro a abrirlo.

«Esta tarde iré a recoger mis cosas».

Ya está. Es lo único que dice. Un montón de preguntas me asaltan en ese momento, así que me lanzo a escribirle.

«Voy? Quieres que hablemos?».

«Preferiría que no».

Todo muy seco. Carlos no es así. Quien escribe es su dolor.

«Cómo estás?», le pregunto, pero ya no hay respuesta. Las dos aspas se han puesto azules y aún espero un momento a que me conteste.

Nada.

Israel aguarda en una mesa apartada del restaurante Los Juncos. Mientras le doy mi nombre al *maitre* y este me conduce hasta él, me recreo mirándolo desde mi posición de incógnito. No se ha dado cuenta de que ya he llegado, así que se mantiene quieto, sereno, con la espalda estirada, las manos en el regazo y la vista en el horizonte. ¿En qué estará pensando? Daría lo que fuera por saberlo.

Salvo por el traje que lleva puesto, su aspecto no es el de un millonario, sino el de un chico de barrio, un poco chulo, algo desafiante. Conserva la mirada franca con la que puede desarmar a cualquiera. Unos ojos verdes y brillantes que siento que me traspasan cada vez que se posan en mí. Esos mismos ojos, dirigidos hacia un hombre, un rival, retan, desafían, advierten del peligro. Incluso cuando es dulce, que siempre lo es conmigo, hay algo oscuro en ellos, como si ocultaran una energía tormentosa que es mejor no ver.

Sonríe cuando me acerco y se pone de pie. Su dureza ha desaparecido. Me besa con interés, nada de un simple pico. Me demuestra que le gusto, que disfruta besándome. Su mano posada en la zona baja de mi espalda me acompaña hasta mi asiento y luego se sienta él.

—¿Qué tal la mañana? —le pregunto, aunque sé que no voy a obtener más que una respuesta vaga. Esa es su parte que más me inquieta, sobre todo, desde la charla de esta mañana con Pablo. No estoy segura de si es porque aún no confía en mí o es que, en cambio, me protege de algo.

—Bien, aburrida. Estaba deseando llegar hasta aquí y verte de nuevo. ¿Y la tuya?

—Horrible.

—¿Qué ha pasado?

—Han filtrado tu identidad.

Israel levanta las cejas como respuesta. Realmente le ha sorprendido.

—Sí. Nos han *escachado* la exclusiva.

—Lo siento. ¿Sabéis quién ha sido?

—Estaba pensando... —empiezo con cautela, pero se lo tengo que preguntar.

—¿Sí?

—Me preguntaba si no habrá sido alguien de tu equipo. Alguien que se haya tomado mal que te des a conocer.

—¿De mi equipo? La mayoría de mi gente cree que Gabriel Kul es mi verdadero nombre. Y de los que conocen la verdad, no creo...

—¿Ha podido ser alguno de los chicos de la Casona? Quien lo haya hecho se ha sacado un buen dinero.

Justo en el momento en el que termino de decirlo, ya me siento mal. Yo misma me doy cuenta de lo prejuicioso que ha sonado.

—Lo siento, no quería decir...

—No han sido ellos —asegura Israel, tajante—. Para los chicos soy Gabriel Kul y, aunque alguno supiera la verdad, jamás me traicionarían. Sólo Julian conoce que me llamo Israel y por él puedo poner la mano en el fuego.

—Ya. Pues no tengo ni idea de quien ha podido ser.

—Escucha, Mai, no quiero que esto suene como una acusación, pero he mantenido mi identidad secreta durante años. Ha sido cuando os la he desvelado a vosotros cuando se ha hecho

pública. Harías bien en mirar a tu entorno en lugar de al mío.

—¿Mi entorno?

En ese momento llegan los platos. Ni siquiera he mirado la carta, pero él me dice que ha pedido por mí porque quiere que pruebe este en especial. Es un estofado de setas *portobello* y vino tinto. Al llevarme el primer bocado a la boca, la explosión de sabor es subyugante. Cierro los ojos para disfrutarlas aún más y oigo la risita de Israel.

—Sabía que te gustaría. Prueba ahora este vino.

Ha llenado una copa de vino blanco y me la acerco a los labios llena de curiosidad. No soy una entendida, pero este está buenísimo. Qué maravilla de comida. Durante un rato me alimento en silencio, con mis ojos fijos en el plato, en sus formas, en las texturas de los frutos bañados por la salsa. Nunca había probado nada así.

—Esta noche te voy a llevar a un sitio especial —susurra—. Creo que te va a gustar tanto como esta comida.

—¿Qué sitio?

—Ya lo verás.

¿Esta noche? Estoy deseando que llegue la noche, pero tenía que hacer algo antes que se me ha olvidado por completo. Mi cabeza empieza a darle vueltas, inquieta. ¿Qué tenía que hacer?

¡Ah, sí! Iré a mi piso a esperar a Carlos. Deseo verlo, hablar con él. No quiero que se entere de que estoy con Israel por otro y piense que le he sido infiel. De alguna forma siento que tengo que protegerlo, que le debo una explicación. Por nada del mundo quiero verlo sufrir. No se lo merece. Además, mi mente racional se resiste a cerrar la puerta del todo.

Y entonces, la expresión que ha salido de la boca de Israel hace un rato cuando hablábamos de la filtración se repite en mi cabeza. «Tu entorno». ¿Por qué mi cerebro me la ha recordado cuando he pensado en Carlos?

Observo las tres maletas grandes en nuestra sala de estar y las dos cajas de cartón en el suelo de la cocina. En estas últimas ha depositado algunos imanes de nuestros viajes —a Carlos le gusta coleccionarlos— y su delantal con dibujos de delfines que le regaló su sobrina pequeña. Siento una enorme tristeza porque todo haya salido tan mal. Ahora, mientras deambulo por nuestro piso, en el que faltan sus cosas, no lo siento como mío. Habíamos construido un hogar y no puedo evitar sentirme responsable de su destrucción.

Mientras observo la sala de estar lo veo salir de nuestro dormitorio con algunos pantalones en las manos. Se queda parado cuando me ve. No me esperaba. Su expresión sigue siendo adusta, como aquel día en la cocina, mientras observaba la foto de Merche en la fiesta de Gabriel Kul.

—Te dije que no quería verte —me suelta y enseguida sigue con su tarea haciendo un esfuerzo por ignorarme.

Coloca los pantalones con cuidado en la maleta y vuelve a dirigirse al dormitorio. Durante un minuto no lo oigo, pero de nuevo aparece en la sala con unas camisetas en sus perchas.

—¿Te ayudo?

—No hace falta.

—Carlos...

—No hace falta que me ayudes, ni que me digas nada, ni que te justifiques...

—Escucha, sé que te he hecho daño, pero yo...

Carlos se detiene en la tarea de colocar las cosas.

—No me mientas más, por favor, Mai. ¿Es que no lo puedes entender? Prefiero que no me

digas nada a que me mientas.

—Nunca te he mentado.

Entonces me mira fijamente. Está furioso.

—¡Os vi! —exclama—. Ibais por el parque García Sanabria cogidos de la mano.

Eso fue ayer.

—Siento que nos vieras, pero nunca te engañé con él. Israel y yo empezamos nuestra relación después de terminar nosotros.

—¿Después? ¡Mai, terminamos hace dos días! Os vi ayer. ¿Pretendes que me crea que no lleváis tiempo viéndoos a mis espaldas?

—Eso no es verdad.

—¿No es verdad? ¿Cuánto pasó entonces desde que lo dejamos hasta que te enrollaste con él?

No puedo contestar a esa pregunta. ¿Qué le iba a decir? ¿Que me dejó por la mañana y que a mediodía Israel y yo estábamos haciendo el amor en esa misma cocina donde ahora están sus cajas?

Sé cómo suena. Y tendría que explicarle que el nuestro es un amor que viene de largo, de muy atrás. No tiene nada que ver con él. A veces la vida te pone en estas situaciones y es una putada tener que elegir.

—Ni siquiera puedes contestar. Te deseo lo mejor con ese millonario con pinta de boxeador de cuarta.

Lo dice con una acritud que no le conocía. Se vuelve a meter en el dormitorio y no sé muy bien qué hacer. De nuevo sale con más ropa y casi sin mirarme me dice.

—¿Todavía sigues aquí? ¿Te puedes ir, por favor, para que pueda terminar con esto?

No me sale ninguna respuesta. Una actitud culpable se apodera de mí y me doy la vuelta para dirigirme a la puerta. Me molesta profundamente que en todo este asunto yo sea la arpía. Todos nuestros amigos pensarán eso de mí y Carlos será la víctima. Puedo ver cada mirada de cualquier conocido con quien me cruce por la calle. Y todo eso me enfada mucho más que todas las palabras hirientes que acabo de oír. Sobre todo, porque sé que él también intenta hacer daño.

Viéndolo tan enfadado, tengo más claro que nunca que él filtró la verdadera identidad de Gabriel Kul. Antes de cerrar la puerta a mi espalda se lo digo:

—Sé que fuiste tú.

Él me mira confundido. Por un momento parece que me va a preguntar a qué me refiero, pero se reprime. Ya lo sabe y se ha sorprendido tanto de que yo también lo sepa que guarda silencio. Lo conozco. Está avergonzado. Le da vergüenza que vea que no es el Carlos modélico que va a salir de nuestra ruptura sin mancha alguna.

Cuando ya está anocheciendo, recibo un mensaje de Israel en mi móvil.

«Te espero en San Andrés».

San Andrés es un pueblo pesquero a unos ocho kilómetros de Santa Cruz. Está lleno de restaurantes donde comer los mejores pescados. A eso creo que voy, a pegarme una gran cena, cuando veo el todoterreno negro aparcado en un lateral de la carretera, justo en el cruce que hay a la entrada del pueblo. Aparco el Golf blanco de Merche detrás de ellos y desciendo del vehículo. En su coche, la puerta trasera de los pasajeros está abierta. Me dirijo hasta allá y miro al interior. Me están esperando. Roque al volante, con la mirada fija en la carretera, e Israel sentado detrás con una sonrisa pícaro en los labios.

—Sube —me dice.

—Creí que íbamos a cenar.

—Tal vez más tarde. Antes quiero llevarte a un sitio.

El todoterreno se pone en marcha. Atravesamos el pueblo en dirección a la playa de las Teresitas, pero en lugar de llegar a la misma, Roque se desvía hacia la carretera de Igueste. Por ella solo se me ocurren dos sitios a los que ir. Uno es el propio pueblo de Igueste, el otro, más vale que no sea la sorpresa.

Después de unos diez minutos circulando por una carretera oscura y sinuosa iluminada solo por los faros del coche, se desvía a la derecha y ya tengo claro que no es precisamente a Igueste a donde nos dirigimos, sino a la playa nudista de Las Gaviotas. ¿El plan es bañarnos en bolas a la luz de la luna? Eso ya lo hicimos en nuestra primera etapa de novios, y también lo he practicado un par de veces después con Carlos. ¡Ah! Y en una ocasión con unas amigas.

—¿Las Gaviotas? Pensé que tenías más imaginación —le digo.

—Intenta no desnudarte tan pronto, no venimos a eso.

No puedo evitar ponerme colorada, sobre todo cuando siento la mirada de Roque por el retrovisor. ¿Se está riendo el muy...?

Nos detenemos en el aparcamiento de la playa, pero no nos dirigimos hasta esta sino en la dirección contraria. Hacía años que no iba por allí, y no sabía que estaban construyendo algo en el lugar.

Mientras caminamos, me acerco a Israel y me acurruco bajo su brazo para contemplar lo mismo que él: una enorme estructura metálica que parece adentrarse en el mar. No está terminada. Es una obra de ingeniería, de la que ya se empieza a atisbar su forma, con un pequeño muelle en uno de los laterales y una impresionante cúpula que lo cubre todo.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Vamos, te lo voy a enseñar.

Paseamos abrazados por un camino de obra a medio asfaltar precedidos por Roque. Cuando ya estamos cerca de la zona donde se guarda la maquinaria, de una garita iluminada por una débil lámpara, surge un guardia de seguridad alto y de barba poblada.

—No se puede estar aquí, den la vuelta, por favor.

Israel sigue caminando tan tranquilo, como si no lo hubiera oído, llevándome con él, mientras que Roque ha sacado su teléfono móvil del bolsillo y marcado un número.

El guardia se pone nervioso y saca la porra.

—¿No me han oído?

—Tranquilo, amigo —dice Roque—. Conteste al teléfono, por favor. No hay nada raro, se lo prometo.

El guardia lo mira extrañado e Israel y yo nos detenemos a tan solo un metro de él. También nos examina a nosotros. Yo estoy algo nerviosa. No sé qué significa todo aquello, pero me parece de lo más raro. Al final, el guardia accede y se lleva el móvil de Roque al oído. Yo miro a Israel y veo que está sereno y hasta sonriente. Le divierte la situación.

—Bien —dice el guardia y le devuelve el móvil a Roque.

—Disculpe, señor Kul, no sabía que era usted. Enseguida le abro.

El edificio que se muestra ante nosotros es aún más impresionante visto desde el interior. La cúpula le da un aspecto de grandiosidad que no se puede apreciar en toda su magnitud desde fuera. Nos hallamos en una pasarela metálica, apoyados en una baranda, desde la que podemos ver un gran agujero que se adentra en el mar y que está rodeado por unas gigantescas paredes de cristal con la enorme masa de agua al otro lado.

Las olas golpean contra el propio cristal y tal vez eso sea lo que más impresione, el ruido. El choque violento del agua cada pocos segundos hace que parezca que nos hallamos ante la inminencia de una catástrofe. Uno de los estallidos del agua me sobresalta y me pego a Israel de forma instintiva.

—No temas. Está diseñado para recibir este tipo de impactos, y más incluso. Ven conmigo.

Israel me conduce de la mano hasta una escalera que penetra hacia las profundidades. Nuestro camino se vuelve más oscuro, así que saca su móvil y enciende la linterna para iluminarnos. Desde ahí abajo, las paredes de cristal adquieren una magnificencia que casi parece que estemos en una catedral, solo que al otro lado la enorme masa de agua marina se mueve amenazante a nuestro alrededor. Es como si estuviéramos en el fondo del mar.

Cuando llegamos al final de la escalera, Israel pulsa un interruptor y se enciende una débil luz azul que, a pesar de su poca potencia, sirve para que pueda ver el lugar en el que nos encontramos. Es como un palacio submarino en el que las paredes son el propio mar en toda su extensión. Me quedo obnubilada ante el paisaje. Jamás había visto nada tan impresionante.

—¿Qué es esto, Israel?

—De momento, no es más que un proyecto. El sueño de un loco. Pero poco a poco se está convirtiendo en realidad.

—¿El sueño de un loco?

—Sí, el de un amigo mío. Un biólogo. Cuando se termine será la mayor reserva marina del mundo. Científicos de los cinco continentes podrán venir aquí a estudiar a las especies en su hábitat.

Yo me acerco a una de las paredes de cristal y siento que casi puedo tocar el agua. Y al mismo tiempo estoy tan indefensa... Una simple grieta en el material y una gran ola acabaría con nosotros en segundos. Pero lo que más me impresiona es estar en el mismo fondo marino observando la profundidad oscura que se extiende ante nosotros y que no parece tener fin.

—Sabía que te gustaría —me dice Israel mientras me abraza por la espalda.

—Me encanta.

Nos quedamos un rato en silencio contemplando el agua de la misma forma en que la observaría un pez cualquiera. La visión posee algo de hipnótico y tengo la impresión de que podría pasarme horas mirando hacia el infinito. Cientos de especies marinas se pasean ante nuestros ojos, ajenas a que dos humanos las están contemplando desde el otro lado de un cristal.

Sin embargo, una duda se instala en mi cerebro y no me deja en paz. Tal vez sean las palabras de Pablo de esta mañana, o el propio hermetismo de Israel. El caso es que la curiosidad puede con el deseo de paz o con el romanticismo de la situación.

—¿De dónde sale todo este dinero, Israel? La chorrada esa de las finanzas que contaste en la entrevista no me la creo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Lo necesito. Cuando estoy contigo es como si me faltaran piezas, como si nunca pudiera llegar a conocerte del todo.

Israel se aparta de mí y se sienta en un banco de obra, a unos pasos. El silencio en el lugar es absoluto y él mantiene su mirada perdida, como si estuviera calculando si me lo debe contar o no. Finalmente se decide a hablar.

—El dinero no es mío, pero no lo he robado.

Tengo la impresión de que se ha hecho muy pequeño. Sus hombros se han encogido, su cabeza

se mantiene baja y su mirada en el suelo, sin atreverse a levantarla mientras habla. Recordar su pasado le duele, puedo sentirlo yo misma en su tono de voz.

—Cuando me fui de aquí, acabé en la Costa del Sol. Allí me gané la vida un tiempo trapicheando y luego empecé a trabajar para una banda que robaba coches de lujo y que después vendía por piezas. Todos éramos muy jóvenes y lo pasábamos bien. Ni siquiera nos deteníamos a pensar acerca de las consecuencias de lo que hacíamos.

»Un día conocí a un hombre. Se llamaba Fidel y era mejicano. Un buen tipo, el mejor con el que me he encontrado en la vida. Llevaba las finanzas para el jefe de nuestra banda y para alguno de mis compañeros. El jefe me lo presentó en un restaurante, por si yo quería que se ocupara también de mi dinero. Enseguida conectamos, le caí muy bien y él a mí. Sabía mucho de la vida y no le importaba enseñarlo. Podía pasarme hora escuchándolo.

»Me llamaba Canarito —sonríe al recordarlo—. Fue él quien me convenció de que el camino que llevaba de ladrón no tenía ningún futuro. Me acogió como pupilo, me enseñó todo lo que sabía, pero la verdad es que fue mucho más que eso. Lo cierto es que me adoptó como si fuese un hijo.

»Sus métodos financieros no eran nada técnicos, tenían más de picaresca y de astucia que de fórmulas matemáticas y a mí eso se me da bien, así que aprendí rápido. En apenas dos años pasé de hacer puentes a los coches en los aparcamientos de buenos restaurantes a comer en esos mismos lugares acompañando a Fidel y a sus clientes.

»Aquella vida me gustaba, como a cualquiera, pero no duró mucho. Un día, en una investigación contra una de las familias a las que asesorábamos salió nuestro nombre. Eran marseleses, así que hubo una macrooperación en varios países por orden de la policía francesa y nos pillaron. Estábamos en Mallorca cuando nos detuvieron, después nos extraditaron y acabamos en la cárcel en Marsella. Tres años, como te dije.

»Allí Fidel no paraba de pensar en qué había salido mal para que hubiésemos sido detenidos. Revisó cada uno de los detalles de su trabajo, y yo con él, y casi sin darse cuenta se le ocurrió una idea genial. Aquello no podía volver a ocurrir, no podíamos estar tan expuestos. Así que me explicó con detalle cómo tenía que cambiar nuestro negocio en cuanto saliéramos de prisión.

»Según su idea, debíamos convertirnos en una especie de hucha con un montón de cortafuegos que evitaran cualquier relación con nuestros clientes. Pero ellos tenían que renunciar a la titularidad de los capitales en nuestro favor. De esa forma, estando nosotros seguros también lo estarían sus fortunas.

»Ese era el punto débil del sistema. El dinero debía parecer que era nuestro, aunque se ocultara tras sociedades y empresas pantalla. ¿Quién iba a entregárnoslo sin que después pudiera demostrar que era suyo? La confianza en nosotros tenía que ser plena.

»En cualquier caso, pronto eso dejó de importar. A Fidel no le dio tiempo de comprobar si su sistema funcionaba. Contrajo una neumonía y la cárcel no es un buen lugar para estar enfermo. Murió a los pocos días.

»Allí me había hecho amigo de Roque, y cuando salimos, empezamos a relacionarnos con grupos que se dedicaban al juego en la Costa Azul. Sobre todo, trabajamos como seguridad para ellos. Pero un día, la familia marselesa cuya caída provocó nuestro encierro vino a buscarme. Se habían establecido de nuevo y me preguntaron si yo sería capaz de gestionar su fortuna como lo había hecho Fidel.

»Al principio, me negué. No tenía ninguna confianza en mí mismo. Pensaba que yo solo no podría, pero Roque me convenció de lo contrario. Acepté el encargo con la condición de que

aplicáramos el nuevo sistema de mi amigo. Me escucharon con reticencias y aceptaron a regañadientes, pero el método funcionaba y pronto estaban lo bastante entusiasmados como para recomendarme a otra gente.

»Empecé a recibir a nuevos clientes de todas partes del mundo. El punto débil de que me entregaran su dinero con confianza ciega se suplió con un sistema de garantías. Esta familia marselesa de la que te hablo responde por mí y su nombre me protege. Pero si algún día se me ocurre engañar a alguien, serán los marseleses los que me ejecuten.

—¿Y quiénes son tus clientes? —pregunto con miedo a la respuesta.

—Te lo puedes imaginar. La gente más repugnante del mundo.

—¿No te da cargo de conciencia proteger su dinero?

—Claro que sí, por eso hago todo esto. Por eso levanto una reserva marina o un hogar para chicos conflictivos... Puede sonar hipócrita, pero lo cierto es que intento hacer algo bueno con un dinero tan podrido.

—Pablo me dijo esta mañana que no había sido buena idea que te expusieras en la entrevista.

—Una de las condiciones para que el sistema de Fidel funcione es la discreción. Si todo el mundo te conoce, empezarán a hacer preguntas y los inspectores de hacienda comenzarán a rastrear el dinero.

—Y no te ayuda que sepan tu verdadero nombre.

—No, claro que no. Una persona con dos nombres despierta muchas sospechas.

Guardo silencio durante un instante. Me cuesta asimilar todo lo que me ha contado y además no sé si decirle lo que sé. Finalmente me decido.

—Fue Carlos quien filtró tu nombre.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, el dinero puede comprar un montón de secretos. Solo tuve que hacer un par de llamadas para averiguarlo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No lo sé. Supongo que no quería hacerte daño. En cualquier caso, da igual. Vosotros también lo ibais a publicar.

—Podía haber hablado con Amadeo para que protegieramos tu verdadera identidad.

—Ya no importa. Todo el mundo sabe quién soy.

—¿Por qué te arriesgaste a esto? ¿Por qué aceptaste la entrevista?

—No había otra manera de acercarme a ti. Si mantenía la barrera de Gabriel Kul entre nosotros, nunca confiarías en mí lo suficiente. Yo no soy Gabriel Kul. Es posible que ya no sea el Israel del que te enamoraste hace nueve años, pero tampoco soy el magnate que va a aparecer en vuestro reportaje.

—¿Tu vida corre peligro por ello?

—Ahora mismo no tengo ni idea. Lo sabré en los próximos días. Se producirán movimientos y recibiré impresiones. Cuando todo eso me llegue, juzgaré lo que debo hacer.

Me acerco a él. Sigue sentado en su banco de obras y parece más vulnerable que nunca. Solo levanta la vista cuando me ve a su lado.

—¿Todo esto por volver conmigo? ¿Es que no has podido encontrar a una mujer de la que enamorarte? Yo lo hice.

—No, nunca la encontré, y tú tampoco. Creíste que lo habías hecho, pero ya viste lo que ocurrió en cuanto aparecí. No podemos estar separados por mucho que nos empeñemos. He

probado la vida sin ti y no merece la pena.

Entonces le sostengo las mejillas entre mis manos y lo beso. Los dos cerramos los ojos y dejamos que el sonido del mar nos arrulle. Los impactos sobre los cristales ya no me asustan. No sé lo que va a ocurrir, pero lo que venga nos encontrará juntos.

CAPÍTULO VII

Me despierta un sonido difuso imposible de identificar. Mientras me desperezco contemplo la habitación de Israel que ya empiezo a sentir también como mía. Su ropa está esparcida por el suelo. El sonido me llega desde el pasillo en el que está el vestidor. Desde la cama no puedo ver lo que sucede, así que me levanto y me pongo encima su camisa blanca. Me dirijo hacia el pasillo y me asomo a la puerta del vestidor. Es un cuarto estrecho y alargado con percheros a ambos lados llenos de trajes, como si fuera una sastrería. Los zapatos en el suelo están todos muy bien colocados, en un orden metódico. Decenas de ellos.

En el centro de este vestidor hay una maleta negra abierta en la que Israel mete su ropa después de doblarla con mucho cuidado. Cuando nota mi presencia, me sonrío, pero no se detiene, sigue a lo suyo casi sin hacerme caso.

—Siento haberte despertado —me dice.

—No importa. ¿Te vas de viaje?

—Nos vamos de viaje.

—¿Cómo que nos vamos?

—Julian ha entrado en pánico. Tenemos que ir a apoyarlo.

—Pero yo no me puedo marchar, así como así. Tengo trabajo. Si faltó, me despedirán.

—Ah, es verdad, tu trabajo. No te lo he dicho, perdona. He hablado con tu jefe y no hay ningún problema. Dice que te puedes tomar un par de días. Un tipo muy majo ese Amadeo.

—¿Has hablado con Amadeo?

—Sí, y me ha preguntado si no estaría interesado en invertir en medios de comunicación. He deducido que su colaboración quizá no fuera del todo desinteresada, pero qué más da. Ya estoy acostumbrado.

Israel se acuclilla junto a la maleta y cierra la cremallera. Luego la levanta al peso y sale del vestidor deteniéndose un instante frente a mí. Aprovecha para besarme y me dice:

—Mientras te duchas y te vistes, yo me ocupo del desayuno.

Lo veo alejarse por el pasillo en dirección a las escaleras y antes de que desaparezca de mi vista le grito:

—¡Tendré que pasar por mi casa para recoger algo de ropa!

—¡No hay tiempo! ¡Compraremos algo en Londres!

Me hace gracia verlo cocinar. Es imposible que le dé la vuelta a las crepes sin que se le queme primero uno de los lados. Pero además tiene la habilidad de conseguir que se le queme luego el otro.

—El primero hay que descartarlo —dice, aunque ya ha descartado por lo menos diez.

El siguiente sale medio decente y lo deja en el plato con orgullo. Cuando me lo pone delante, hace una reverencia como si fuera un chef al que hay que aplaudir, pero yo miro el plato un poco decepcionada.

—¿Qué? —me pregunta.

—Está poco hecho.

—¿Sí?

Entonces agarra el plato con las otras diez crepes quemadas y me lo pone delante.

—¿Te gustan más estos?

—Mucho mejor, ¿dónde va a parar? Me van a saber como si mordiera un trozo de leña recién sacado de una chimenea, pero da igual, siempre me ha gustado ese sabor.

—Hmm...

Se da la vuelta y esparce una nueva cantidad de masa sobre la parrilla.

—¿Por qué estás cocinando tú? ¿Dónde está Pablo?

—Se ha largado. Ha dejado el trabajo.

—¿En serio? Si parecía encantado contigo.

—Pues ya ves.

—Oye, ¿no lo habrás despedido por lo que te dije anoche?

—Claro que no. Te lo he dicho. Se ha ido él.

—¿Y no te ha dado ninguna explicación?

Ahora coloca una crepe perfecta delante de mí.

—¿Qué te parece?

Yo aplaudo y él esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué se ha ido?

—No te preocupes por él. En cuanto volvamos de Londres buscaré un nuevo cocinero. — Israel se inclina hacia delante y como en una confidencia me dice—: No te lo había dicho, pero a Pablo solo se le daban bien las crepes. Claro que no tanto como a mí.

Entramos a la pista del aeropuerto por un acceso reservado para los vuelos privados. Conduce Israel y no es la primera vez que hace ese recorrido, porque parece sabérselo de memoria. Nos aguarda un avión pequeño y elegante con la escalerilla desplegada desde la puerta y la tripulación apostada junto a ella. Son un piloto, un copiloto y una azafata, además de Roque con su sempiterno ceño fruncido y la cicatriz que le atraviesa la cara.

El comandante se muestra cordial cuando nos apeamos del vehículo.

—Buenos días, señor Kul. Buenos días, señora —me dice a mí.

Yo le respondo con un gesto de la cabeza.

—Si les parece bien, podemos embarcar cuando lo deseen. La señora Mercedes Abreu ya los está esperando dentro. Se ha puesto cómoda mientras ustedes llegaban.

Y tan cómoda. Cuando entramos en la cabina nos encontramos a Merche repantingada en uno de los sillones de cuero. Tiene una copa en la mano y en cuanto nos ve, se pone de pie y la levanta como si brindara.

—Ya habéis llegado. ¡Bienvenidos!

«Bienvenidos», dice la tía. Como si el avión fuera suyo. Tendrá cara.

No deja de hacerme cierta gracia hasta que algo en ella me enerva tanto que quiero estrangularla.

—Bonito collar —dice Israel, y eso aún me inflama más.

—Gracias, es precioso ¿verdad?

¿Precioso?

Me siento a su lado mientras Israel se dirige a la cabina de los pilotos y charla un rato con ellos. Roque también está allí.

—¿Qué haces con el collar?

—¿Cómo que qué hago? Esta noche será especial. Me gusta Julian y quiero estar a la altura de la ocasión. Es el mejor collar que tengo.

—Eso es porque lo compró un millonario, que da la casualidad de que es mi novio y además me lo regaló a mí. Ya que te lo di yo, podrías haber tenido el buen gusto de dejarlo en casa, aunque solo fuera por esta vez.

—¿Por qué te cabreas tanto? Ya has visto que no le ha importado. Bebe los vientos por ti. No le molesta nada de lo que hagas. Anda, dale un sorbo al champán. Será un vuelo largo.

Y empieza a verter el licor en una copa al tiempo que llega Israel. También le sirve una copa a él.

—Te iba a decir que te pusieras cómoda —le dice—, pero ya veo que no hace falta.

—Habiendo alcohol, uno puede estar cómodo en cualquier parte.

Los dos ríen cuando el ruido de los motores cubre cualquier otro sonido en el avión. Yo le echo un último vistazo al móvil y casi se me cae de las manos cuando veo la noticia de portada de una web conocida. Doy un paseo por las demás agencias de noticias y todas dicen más o menos lo mismo:

«El misterioso millonario español, Gabriel Kul, acudirá esta noche a la inauguración de la exposición del artista Julian Bolton en Londres».

Julian está enfadado. Podemos verlo en cuanto entramos en la galería, un edificio grande con los techos muy altos y las paredes blancas decoradas con muchos de los cuadros que vi en el almacén de la Casona. El pintor está apostado frente a una imagen gigantesca en tonos azules que cubre todo el muro central del lugar. Debe de medir al menos ocho metros de largo. Es bastante impresionante ver una obra de arte de ese tamaño. Julian niega con la cabeza mientras le dice algo a una chica que está a su lado con la cara de quien no comprende lo que le están pidiendo.

—¡Julian! —grita Merche y corre hacia él. Julian se gira y lo que hace un momento era pesadumbre ahora se ha convertido en una sonrisa diáfana y enamorada. Ambos se abrazan y se besan durante un instante. ¿Qué ha pasado con la vieja coraza?

—Hola, amor —dice él.

¿Amor? No sé de qué me sorprende. Su relación empezó incluso unas horas antes que la mía y ahora el brazo de Israel me cubre los hombros y me atrae hacia él para besarme en la mejilla.

—¡Habéis venido! —dice Julian.

—Claro que sí, no te íbamos a dejar solo en tu día más importante.

—Mi día va a ser un desastre, Gabriel.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Mi obra más importante no está bien aquí. Por su tamaño, no hay otro lugar en la galería donde la pueda poner, pero la luz no es la apropiada. Esos focos la iluminan en un ángulo que no permite apreciar los matices de lo que quiero transmitir. Le falta fuerza.

—¿No puedes cambiar los focos?

—Aunque quisiera, no hay tiempo. La exposición es esta noche. Tendría que hacer muchas pruebas para asegurarme de que los cambios no sean aún peores que lo que ya tengo.

—Vaya, ¿te puedo ayudar en algo?

—No, esto es cosa mía. Tú ya has hecho bastante, hermano. —Julian se acerca a Israel y se funden en un abrazo—. No sabes cuánto te agradezco todo esto.

—Te lo mereces. Eres el tipo con más talento que conozco.

—Ya, pero ahora mismo me gustaría ser un buen electricista.

—Sí, estaría bien. Bueno, te dejamos para que sigas trabajando. Nosotros tenemos que ir de compras, para estar guapos esta noche. ¿Te vienes, Merche?

—No, me quedo.

—Ok.

El vestido me queda perfecto. Es negro, entallado a la cintura y con falda larga de vuelo. Mis hombros al aire y el escote profundo me habrían echado para atrás en cualquier otro momento, pero cuando me miro al espejo del probador tengo la impresión de que jamás en mi vida algo me había sentado tan bien. Es como si el vestido hubiera sido diseñado para mí. Luego observo la etiqueta y descubro que necesitaría dos nóminas para poder pagarlo, así que me lo quito y me pruebo otro más barato. Sé que lo va a pagar Israel, pero me siento culpable por elegir el más caro.

Este tampoco está mal. Es color crema y su falda me llega por la rodilla. El escote es cerrado y deja mi espalda al descubierto. Más discreto, sin duda, más acorde con mi personalidad, pero no resiste la comparación con el anterior. Aun así, descorro la cortina del probador y dejo que Israel me mire. Ya me ha visto antes con el negro y ahora su expresión no oculta cierta decepción.

—¿No te gusta? —le pregunto.

—Me encanta, ¿y a ti?

—A mí me gusta mucho.

No miento, sí que me gusta, pero es que el negro... «Venga, Mai —me digo—. Has vivido toda tu vida sin ese vestido y tampoco es que vayas a salir sin nada. Un Valentino es un Valentino».

—¿Te lo quedas?

—Creo que sí —le digo.

—Vale.

Israel saca la tarjeta y se dirige a la dependienta, una joven bastante agradable que no deja de sonreír.

—Nos llevamos los dos —dice él.

—Muy bien, señor.

¡Los dos! No digo nada, me vuelvo a meter en el probador eufórica y regreso a mi antigua ropa que ahora me parece que la haya comprado en el rastro. Cuando salgo, no puedo reprimirme. Me dirijo a él y lo abrazo y lo beso rodeando su cuello con mis brazos. Me siento como una niña a la que los Reyes Magos le han dejado justo el regalo que quería.

—Puede que te guste el de color crema —me dice—, pero, confía en mí, el negro te queda mejor.

Me río.

—Vale, confiaré en ti.

—Ahora necesitarás zapatos.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Y esta vez no mires el precio en la etiqueta.

La zapatería no parece que lo sea. Es un lugar pequeño y discreto, casi como el taller de un artesano del siglo XVIII. Está oculta en una construcción de ladrillos rojos que pudo haber sido una vieja fábrica. El zapatero que la regenta luce el pelo blanco y una sonrisa bonachona, además de una panza voluminosa que abomba su delantal de cuero. Mientras nos invita a pasar con la mano a través de una puerta corredera de hierro, sostiene un zapato de tacón rojo y un pequeño martillo. Israel y él hablan en inglés y, aunque me cuesta seguir la conversación, no tengo problemas para hacerme una idea de lo que dicen.

—Necesitamos unos zapatos urgentemente.

—¿Cómo de urgentes?

—Para llevárnoslo ya.

El zapatero levanta las cejas y me mira a mí. Luego observa mi pie con ojo experto.

—No suelo trabajar con tanta prisa.

—No me importa lo que cueste.

El hombre se encoje de hombros y se dirige a una cortina que hay al fondo del pequeño taller en el que nos encontramos. Jamás hubiera pensado que esa cortina cubría un mundo nuevo. Nos adentramos en el País de las Maravillas. Ante nosotros se abre un salón amplio con suelos de mármol cuyos únicos muebles son unas vitrinas de cristal diseminadas por el espacio. Cada una de ellas guarda un zapato único, una obra de arte que le detendría la respiración a cualquiera. Sobre todo, a cualquier mujer, pues no hay calzado masculino en el lugar.

Los diseños son inmediatamente reconocibles para quien haya leído alguna vez una revista de moda. No me puedo creer que esté en un sitio como este. Es como si me hubieran invitado a visitar la Capilla Sixtina junto al mismísimo Papa. ¡Aquel hombre afable y bonachón es David Harrington! Si Gabriel Kul es misterioso y hermético, Harrington lo es mucho más. Es tan discreto y al mismo tiempo tan famoso que no me puedo creer que vaya a tener unos zapatos suyos.

Sin poder cerrar la boca ni un instante, me paseo por el lugar como si estuviera en un sueño. Mis ojos se pierden en las curvas de un tacón tan imposible que parece que haya sido esculpido por un artista del renacimiento. A unos metros me espera otro cuya punta está pintada en dos colores, azul y verde, con un gusto tan exquisito que hace que me pregunte qué clase de persona malgasta su arte en unos zapatos pudiendo estar pintando los cuadros más caros del mercado.

—Todos son exclusivos —dice Harrington como si yo no lo supiera—. Elija el que más le guste y se lo tendré listo en una hora. Nadie más poseerá uno igual.

Unos zapatos tan bellos que no hay otros iguales. Literalmente.

Pero ahora llega lo más difícil, elegir. Es posible que lo tenga listo en una hora, pero yo necesitaré mucho más tiempo para escoger uno.

Allí debe de haber unos quince modelos. Después de un buen rato consigo descartar tres, pero unos diez minutos más tarde me arrepiento y los vuelvo a incluir en la terna. Lo del descarte no es tan buena idea. Es mejor elegir directamente el que más me gusta. Todos son una maravilla, pero hay uno que me atrae por encima de los demás. Quizá sea por su sencillez. Se trata de un zapato de tacón en dos colores con la puntera y la hebilla plateadas y el resto en cuero negro que lo hace el más elegante de todos los hermanos.

Me quedo un momento delante de su vitrina, como si esperara que me dijera algo. Miro a los demás, todos son preciosos, aunque este tiene un *nosequé*... Creo que estoy enamorada de él. Busco los ojos de Israel, como si necesitara que confirmase mi decisión, pero no lo veo por ninguna parte. Estamos solos en la zapatería Harrington y yo. El pobre hombre aguarda con una paciencia infinita. Supongo que cobrará en proporción.

—¿Este? —me pregunta en español con un acento pronunciadísimo.

—Creo que sí.

Los siguientes diez minutos se los pasa tomando medidas de mis pies. Yo estoy sentada en una especie de trono elevado, con la espalda apoyada en una superficie acolchada y cómoda y los codos en los brazos del sillón. Nada menos que David Harrington se halla inclinado a mis pies con una cinta amarilla y apuntando en una libreta cada longitud, por pequeña que sea. Jamás me hubiera imaginado que un pie tuviera un diseño tan complejo.

Tampoco me imagino a dónde puede haber ido Israel. Cuando la cortina que nos separa del pequeño taller se levanta un poco por alguna brisa, consigo vislumbrar algo al otro lado. Lo suficiente para ver que tampoco está allí. Sí que están las bolsas con mis trajes, que han quedado aparcadas en un rincón.

De pronto, el zapatero se levanta muy serio y se dirige a la cortina. Sale y me deja allí sola, sentada en mi trono sin saber muy bien qué hacer. Tomo mi móvil y decido llamarlo, pero no hay respuesta. Entonces pruebo con un mensaje:

«¿Dónde estás?»

Tampoco me contesta. Ni siquiera se ponen azules las aspas.

En realidad, estoy más intrigada que preocupada. Y en esa tensión paso la siguiente hora oyendo cómo Harrington da pequeños martillazos en su taller y responde de vez en cuando a algún cliente que llama por teléfono.

Y entonces, se descorre la cortina y aparece mi artesano con su pelo blanco y expresión preocupada en el rostro. Lleva dos zapatos idénticos en las manos y se dirige a mí sin mirarme. Se arrodilla ante mi trono y me dice:

—*Please*.

Yo extendo mi pie y él me lo calza con delicadeza, sosteniéndolo por el tobillo y encajando el talón negro con mucho cuidado. Luego me mira para obtener mi opinión. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué es como si me hubiera colocado un guante de seda? ¿Que jamás unos zapatos me han resultado más cómodos en toda mi vida? ¿Que su belleza hace que parezca que estoy contemplando el pie de otra persona? En lugar de todo eso, porque de todas formas no me iba a entender, le contesto:

—*Perfect*.

—Hmm... —dice él y frunce el ceño y coloca el otro zapato en el pie opuesto.

Luego se levanta y me mira muy serio.

—*¿Perfect?*

—*Perfect* —respondo.

Y entonces, por fin sonrío satisfecho y levanta los brazos con los puños apretados como si hubiese marcado un gol. No puedo evitar reírme.

—¡Perfecto! —exclama Israel desde la puerta.

—¿Dónde estabas?

Él se me acerca, pero oculta su mano derecha en la espalda, lo que aún me intriga más por saber qué ha estado haciendo.

—¿Qué escondes ahí?

No me contesta, se recrea alargando la sorpresa. Luego me besa y me pregunta:

—¿Me has echado de menos?

—No mucho. Estaba bien acompañada.

—Ya. Un mensaje... Una llamada... Yo diría que me echabas de menos.

—Estaba preocupada por si tenía que acabar pagando los zapatos. No estoy segura de que el banco me concediese el crédito.

Le hace gracia mi ocurrencia. Entonces saca de su espalda una caja nacarada y la coloca delante de mí.

—He ido a por esto.

—¿Qué es?

Cuando la abro, mis ojos quedan deslumbrados ante tanta belleza. Estoy tan impresionada que

no puede retener mis lágrimas.

—¿Creías que iba a dejar que tu amiga llevara el collar más bonito esta noche?

Ahora sí que me pongo a llorar como una idiota. Jamás me había sentido tan protagonista de nada y tengo la sensación de que todo un cuento se ha escrito para mí. Israel me sostiene las mejillas y me mira a los ojos empañados.

—¿Esto es porque es feo?

—No, esto es porque te quiero mucho.

CAPÍTULO VIII

Desde la distancia puedo ver a Israel rodeado de toda esa gente a la que no conozco, pero que parecen muy importantes. Todos ellos están deseando presentarse a Gabriel Kul, uno de los hombres más ricos del mundo, y también el más misterioso.

Al llegar, hemos desfilado por una alfombra roja que han colocado a las puertas de la galería y dejado que decenas de fotógrafos nos retrataran durante diez minutos. Nuestro reportaje ya ha sido publicado y las webs y los periódicos más importantes se han hecho eco de la nueva popularidad del millonario español, como lo llaman.

Él se desenvuelve bien. Es guapo y lo sabe. Mantiene esa confianza que es un grado en situaciones como esta. Está seguro de que gusta y todo lo que tiene que hacer es sonreír y mostrarse amable. Un simple apretón de manos o dos besos en las mejillas y consigue ganarse a cualquiera sin dificultad. Todos intentan saber de él, le hacen las preguntas más variopintas, pero Israel mantiene la compostura y responde de forma diplomática sin desvelar demasiado de sí mismo. La salida fácil es hablar de Julian, de sus cuadros. Las explicaciones que da me sorprenden. Conoce las obras como si las hubiera pintado él. Y sin duda sus comentarios ayudan a que los cuadros se vendan.

Julian también atiende a sus clientes con desenvoltura. El halo que Israel ha establecido a su alrededor le dota de un carisma que no tenía. Ahora el pintor charla animado con un matrimonio de pelo plateado que lo escucha con fascinación. Les está contando el proceso que siguió para crear su gran obra, la de los ocho metros de largo. No parece que el problema de los focos le esté afectando en absoluto. No me cabe la menor duda de que acabará vendiéndolo.

—La exposición está siendo todo un éxito —dice Merche a mi lado—. Julian está muy contento.

—Os va bien —le digo—. Se os ve a gusto.

—Nunca había conectado tanto con nadie en tan poco tiempo. Y estoy convencida de que a él le ocurre lo mismo.

—Yo también lo creo. Me alegro mucho por ti, Merche.

Las dos nos abrazamos.

—¿Ya no estás enfadada por lo del collar?

—No, ya no.

Me abstengo de decirle que es porque mi collar es más impresionante que el suyo, aunque las dos lo sabemos.

—Menos mal que hemos venido —dice mi amiga—. Julian acabará vendiendo todos los cuadros y no estoy segura de que eso hubiera ocurrido sin Gabriel Kul. También ha sido providencial que el reportaje haya aparecido precisamente hoy.

Cuando veo cómo actúa Israel con la gente que lo rodea, no estoy muy segura de que todo haya salido bien de forma fortuita. Es mucho más listo de lo que parece y empiezo a pensar que todo lo que está ocurriendo esta noche estaba planeado de antemano.

En ese momento, Julian llama a Merche. Creo que quiere presentarle a alguien. Me quedo sola, aunque no por mucho tiempo. El propio Israel se aproxima con una sonrisa cálida en los labios.

—¿Lo pasas bien?

—Muy bien.

Me abraza y juntos miramos a Julian y a Merche que hablan con un hombre corpulento y con gafas de pasta.

—Es alemán —dice Israel—. Es el dueño de la galería más importante de Berlín. Esta es la noche en la que el mundo descubre el talento de Julian.

Mis sospechas de que, de alguna forma, todo lo tenía previsto se acentúan, pero cuando estoy a punto de preguntarle cuál es la línea que une todos los puntos, alguien lo llama e Israel se aleja de mí para ir a saludar a un hombre bajito que extiende su mano hacia él.

Ahora aprovecho mi soledad para deambular por la galería. Disfruto contemplando los cuadros de Julian. No soy una entendida, pero sus pinturas despiertan en mí una sensación extraña. Es una especie de atracción morbosa por saber qué historia esconde cada una.

Me detengo ante un cuadro en concreto. No es muy grande, pero quizá sea el que mejor refleje mis impresiones. En él se puede ver un espacio oscuro y opresivo y una sombra que parece surgir del fondo. Por supuesto, toda la imagen es estática; sin embargo, de alguna manera, parece que se mueva. Como si esa sombra se hiciera más grande hasta acabar invadiéndolo todo.

Tan concentrada estoy que no me doy cuenta del hombre que también lo observa a mi lado.

—No entiendo de cuadros —dice, y su voz me resulta tan familiar que no puedo evitar volverme hacia él.

La sangre se me congela en las venas cuando veo que Pablo, el cocinero de Israel, está allí plantado, vestido de esmoquin y sonriéndome.

—Está usted muy bella esta noche, señorita Mai.

—Gracias. ¿Qué estás haciendo aquí, Pablo?

—Estaba de paso y me dijeron que hoy exponía el amigo del señor Kul. No he podido resistir la tentación de venir a ver la exposición. Pero, como le digo, no sé de cuadros.

—No entiendo nada. ¿Por qué te has marchado? ¿Por qué has dejado el trabajo?

—Porque el señor Kul lo ha echado todo a perder. Debió usted hacerme caso, señorita Mai, y convencerlo de que volviera a las sombras. Toda esta luz no es más que un gran error.

—¿Qué quieres decir?

—Tanta exposición no es buena. Es una lástima, pero su bonita historia de amor no va a tener un final feliz.

Ya no dice nada más por mucho que le pregunte. Lo veo alejarse, deteniéndose de cuando en cuando ante alguna obra solo unos segundos para luego desaparecer de mi vista.

Casi enseguida siento el brazo fuerte de Israel rodear mis hombros.

—¿Qué te pasa? Estás muy seria.

—Acabo de ver a Pablo, tu cocinero, aquí mismo.

Durante una décima de segundo, la expresión de sus ojos cambia. La seguridad que lo acompaña a todas partes desaparece solo un instante para mostrar inquietud. Es solo un parpadeo y enseguida vuelve a su autoconfianza, pero ya es tarde, he visto la grieta por la que se ha colado la preocupación en mí.

—¿A Pablo? ¿Y qué te ha dicho?

—No estoy muy segura, pero creo que me acaba de amenazar.

—¿Amenazarte?

—Amenazarnos, en realidad. Ha dicho que nuestra historia de amor no va a acabar bien.

Israel ríe. Sé que es un gesto para quitarle importancia, para que no me preocupe.

—No le haga caso. Ese hombre no está bien de la cabeza. Si no se hubiera ido él, lo habría echado yo. Vamos, ven conmigo. Unos amigos nos quieren llevar a un club esta noche. Te gustará.

Israel y yo, acompañados de Julian y Merche y de un matrimonio griego al que conoce Israel, tomamos copas sentados en una mesa situada en una zona elevada del club, como si fuera una especie de palco, desde la que se puede contemplar una pista de baile llena de personajes famosos a los que he visto mil veces en revistas y en la tele. Allí hay cantantes, al menos dos actrices que he podido reconocer, y un futbolista que baila abrazado a una chica rubia muy joven.

En cualquier otro momento, estaría alucinando, como ahora lo está Merche, que no para de ponerse de pie para saludar a cualquiera a quien reconozca. El aludido le responde con educación, la mayoría de las veces, y luego se le nota en la cara que se está preguntando quién es aquella chica que lo llama a gritos.

Sin embargo, nada de esto hace que me centre en lo que estoy viviendo. Las palabras de Pablo han hecho mella en mí. Me caía bien. Era un hombre afable que siempre me trató con respeto. No entiendo por qué ahora nos ha amenazado tan directamente. ¿Será verdad lo que ha dicho Israel? ¿Será un loco? Tal vez sí. Eso explicaría por qué un simple cocinero viaja a Londres el mismo día en que deja el trabajo para amenazar a su jefe. Sin embargo, algo me indica que nada de eso es verdad. Mi olfato de periodista me dice que aquí hay algo más, que se me están escapando demasiadas cosas acerca de Gabriel Kul.

—¡Gabriel Kul! —grita alguien desde la pista.

Todos nos giramos y vemos a un hombre de unos treinta años con los brazos levantados y mirando hacia nosotros.

—¡Gabriel Kul! ¿No te *recuerdas* de mí? —dice con un marcado acento *yankee* con cierto deje mexicano.

A pesar de que está algo cambiado, consigo reconocerlo. Ahora luce una barba larga y rubia y el pelo también más largo y empapado por el esfuerzo del baile. Lleva una camisa gris con lamparones y dos manchas de sudor bajo las axilas. Viéndolo así, nadie diría que se trata de Morgan Bradford, el actor de acción con más éxito en Hollywood en estos momentos. Hay un cortocircuito en mi cerebro cuando lo veo acercarse a nosotros sin dejar de gritar el nombre falso de Israel.

Ya a nuestra altura, se abrazan y mi novio me lo presenta.

—¡Hola, Mai! —me dice gritando. Está muy borracho—. ¡Españoles, dos besos! —Y eso es lo que hace. Me planta dos besos y después otros dos a Israel y a continuación se pone a repartirlos entre todos los miembros de nuestra mesa—. Gabriel, gran amigo mío. Un hombre muy generoso. Él y yo, hermanos. Si tú vas California, tú quedas en mi casa, ¿hecho?

—Hecho, gracias —respondo sin saber muy bien qué decir.

—Tú novia de mi hermano Gabriel, ¿cómo se dice? ¿*sister in law*?

—Cuñada —responde Israel riéndose.

—¡Cuñada! —él también ríe a carcajadas. Le ha hecho gracia la palabra.

Alguien lo llama desde la pista y enseguida se despide de nosotros con otros dos besos y vuelve a bailar.

—¿De qué conoces a Morgan Bradford? —le pregunto a Israel.

—Solo lo he visto una vez en mi vida. Quería ser director y nadie financiaba su película. Leí el guion y no me pareció tan malo, así que aposté por él. Me pareció que era un buen sitio para mover el dinero. Jamás imaginé que se acordaría de mí, ni mucho menos que me estuviera tan agradecido.

Al menos, la anécdota del actor ha tenido la virtud de que me despeje un poco de mis

preocupaciones. Ahora puedo disfrutar del sitio en el que estoy. Incluso salgo a bailar. Primero con Israel, después yo sola mientras él me mira desde el asiento.

Cuando ya el ambiente ha decaído bastante, me siento a su lado. Las copas que me he bebido han cumplido con su efecto y ahora me encuentro bastante más a gusto. Los dos estamos solos, sentados en nuestra mesa y abrazados. Permanecemos así durante bastante tiempo mientras vemos cómo poco a poco la pista de baile se va vaciando.

—Creo que es hora de irnos —dice Israel—. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, muy bien. ¿Dónde está Merche?

—Ella y Julian se han ido hace un rato. Él me ha dicho que esta noche se quedan en Londres. ¿Tú qué quieres hacer? ¿Nos alojamos en algún hotel o volvemos?

En ese momento se me cruza en la memoria la imagen de Pablo en la galería. De nuevo me estremezco. Lo que más me apetece es regresar a Tenerife y dejar ese recuerdo atrás.

A esas horas de la madrugada las carreteras están vacías y nosotros podemos circular a buena velocidad en nuestro coche de alquiler. Quien conduce es Roque, como siempre, e Israel y yo permanecemos abrazados en el asiento trasero. Ya podemos ver el aeropuerto y siento una relajante sensación en todo mi cuerpo, como si dejara atrás la amenaza en la que se ha convertido la ciudad de Londres para mí.

Israel está muy tranquilo y por eso yo misma me repito una y otra vez que no hay nada que temer, que todo son miedos exagerados en mi cabeza. Apenas conozco a Pablo y si mi novio dice que no le haga caso eso es lo que debería de hacer.

El coche toma un desvío y veo los carteles de la terminal privada del aeropuerto de Gatwick. No tendremos que hacer colas ni esperar a que nuestro vuelo salga a tiempo, cruzando los dedos para que no sufra ningún retraso. Simplemente nos dirigimos a nuestro avión, nos subimos a él y nos vamos. ¡Qué maravilla!

—¿Sabes? —dice Israel—. Me alegro de que Merche y Julian no nos acompañen.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque así tú y yo podremos entrar en el Mile High Club.

—¿El Mile High Club? ¿Qué es eso?

—¿No lo sabes?

—No.

—Es un club muy exclusivo en el que solo ingresan las parejas que han hecho el amor durante un vuelo.

—¿En serio? ¿Y te dan algún premio por pertenecer a él?

—Claro que sí, ya verás la banda de música que nos espera en Tenerife cuando llegemos.

Me río con solo pensarlo.

—¿No habrá ninguna autoridad que nos coloque una banda de esas como las de las mises sobre el pecho? «A los nuevos miembros del Mile High Club. Bienvenidos».

—Se puede arreglar. Déjame hacer unas llamadas.

Saca su móvil y yo se lo quito de la mano.

—Idiota —le digo riendo—. Además, seguro que tú ya lo has hecho.

—Pues no. No quería hacerlo sin ti.

—¡Qué detalle! Pero no me lo creo.

—Soy sincero, te lo prometo.

—En un avión privado no tiene mérito.

—No me tienes que soy capaz de ir ahora mismo a comprar dos billetes en Ryanair.

Y de repente el coche se detiene. No lo hace bruscamente, pero sí lo bastante rápido como para que me sorprenda. Estamos parados en medio de la pista desierta del aeropuerto a unos quinientos metros del avión. Delante de este hay aparcados dos vehículos y unos hombres parecen esperarnos frente a ellos.

—Puedo dar la vuelta, Israel. Quizá los podamos despistar.

—No, es demasiado riesgo. Podrían sacarnos de la carretera. Continúa, a ver qué quieren.

Nuestro coche se pone de nuevo en marcha y se detiene junto al avión. Cuatro hombres nos observan serios. Al frente de ellos, Pablo.

No me he dado cuenta hasta que Israel ha intentado moverse, pero estaba pegada él como si fuera un tronco en medio del río.

—Tranquila —me dice—, no va a pasar nada. Cuando bajemos, vete directa al avión, yo iré después.

Salgo del vehículo dispuesta a obedecerle, pero no me puedo mover. Me quedo paralizada allí de pie, en medio de la pista y muerta de frío. Israel está a mi lado y junto a nosotros llega Roque. Este se aparta la chaqueta y saca una pistola. Yo la observo como si estuviera viendo una película. No siento ninguna emoción, mis sentidos están embotados.

—¿En serio, Israel? —dice Pablo. Es la primera vez que oigo ese nombre en sus labios y me suena extraño—. ¿Nos vamos a liar a tiros?

—Guarda el arma —ordena Israel. Roque lo mira. No está de acuerdo, pero no necesita que su jefe repita la orden para volver a ocultarla en el cinturón.

—Quiere verte. Desea hablar contigo —dice Pablo.

—¿Y por qué no ha venido él?

—Vamos, Israel, ya sabes por qué. No lo pongas más difícil. Ven con nosotros y lo solucionamos.

—¿Y ella? —le pregunta refiriéndose a mí.

—Aprecio a la señorita Mai. No quiero que le pase nada. Que se suba al avión con Roque y ya está.

—¡No! —grito. Me sale del alma. Luego me vuelvo hacia Israel—. Iré contigo a donde sea.

—No, Mai, esta vez es mejor que no. Pero no te asustes, en un par de días estoy de vuelta. Ve con Roque, así podré atender este asunto sin tener que preocuparme por ti.

—¿Qué van a hacer contigo?

—¿Conmigo? Nada. Seguramente me van a despedir. Te lo repito, en dos días estoy de nuevo en casa. Sube a ese avión.

—¿Dos días?

—Dos días.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

CAPÍTULO IX

Pero no fueron dos días, ni cinco, ni ocho... Han pasado dos semanas y yo me encuentro tumbada en nuestra cama sin atreverme a salir de su casa por si aparece de repente o llama desde algún lugar del mundo. Cada día me he vuelto loca, cada día he hecho el intento de llamar a la policía y cada día Roque me ha convencido de que eso solo empeoraría las cosas.

Ahora, a los pies de la cama hay una maleta grande y abierta de par en par con los cientos de relatos que ha escrito Israel durante estos años. Los he leído todos por si encontraba una pista que me pudiera llevar hasta él. En vano. Son historias diversas. Unas de fantasía, otras de crímenes, otras de amor... Solo uno de ellos está protagonizado por Gabriel Kul. Su título, *La Fortaleza*. Tampoco allí dice nada de sus posibles captores.

Es una tragedia, en realidad. Dos amantes se van de vacaciones a una pequeña isla del Mediterráneo. Allí descubren que ya no se aman. El hombre, Gabriel Kul, le dice a la mujer que siempre ha estado enamorado de otra y que jamás podrá amarla a ella por mucho que se empeñe. Hay algo que se lo impide. Todo muy autobiográfico. Le habla de que ha guardado ese amor de su primera juventud como si fuese una fortaleza inexpugnable, un lugar al que no deja entrar a nadie, ni siquiera a su amante. Ese es el final de la relación. Ella se marcha porque comprende que él jamás la amaré como ella lo ama a él.

Me pregunto si la historia existió realmente tal y como la cuenta o la ha creado a partir de muchos retazos, de muchas conversaciones, de muchos recuerdos...

El teléfono empieza a vibrar. Como siempre en las últimas dos semanas, cada vez que lo hace corro en su busca ansiando ver su foto en la pantalla y, como siempre en las últimas dos semanas, el ánimo se me cae a los suelos cuando veo que se trata de otra persona. Esta vez es Merche.

—¿Se sabe algo? —me pregunta.

—Todavía nada.

—A Julian se le ha ocurrido una idea.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Dice que como ahora está recibiendo mucha atención mediática por su éxito en Londres y la nueva exposición en Berlín, que podría denunciar la desaparición de Israel a los medios. A él lo atenderán.

—Roque dice que lo único que conseguiremos tratando de encontrarlo es que se pongan nerviosos y no lo volvamos a ver; que es mejor que confiemos en Israel, que sabrá resolverlo.

—Pero ya han pasado dos semanas. Ya lo habría resuelto de haber sabido hacerlo.

—Eso mismo pienso yo, pero no quiero ponerlo en peligro. No sé nada de este asunto. Roque los conoce, si dice que no nos movamos, lo mejor es no moverse.

Oigo a Merche suspirar, pero accede.

—De acuerdo, pues a seguir esperando entonces.

Cuando bajo a la gran sala, el sol que entra por el enorme ventanal me golpea en los ojos. Trato de cubrirme con la mano para poder ver lo que sucede a mí alrededor. O más bien, lo que no sucede. Nada se mueve, nada avanza y la soledad está más presente que nunca.

Entonces me dirijo hacia la cocina, necesito un café que me despabile, que me quite este sopor y me active de alguna manera. Quizá vuelva a trabajar. Amadeo ha sido muy comprensivo este tiempo aceptando que me tome unas vacaciones de forma tan inesperada y sin explicaciones, pero

hasta su paciencia se agotará en algún momento.

En la mesa gigante del centro de la cocina, que es como una isla, está sentado Roque. Mantiene el rictus serio de siempre, pero ya empiezo a conocerlo. Una pequeña arruga en la comisura de los labios que hace que tuerza un poco la boca me indica que está preocupado. Más de lo habitual y eso me inquieta sobremanera.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto directamente.

—Nada —dice.

—¿Has tenido noticias de Israel?

—No.

—Me ocultas algo.

Roque se me queda mirando. Duda si contármelo o no, puedo notarlo.

—Dime lo que sea.

—Alguien ha estado vigilando la casa. Lo he visto en las cámaras de seguridad.

—Tú tienes que saber dónde está —le echo en cara después de que haya superado el impacto de saber que tampoco nosotros estamos seguros.

—No tengo ni idea, si lo supiera...

—¿Quién es esta gente?

—Es una familia marsellesa con negocios legales en la Costa Azul, como casinos, hoteles, restaurantes... Pero, sobre todo, muchos ilegales. Te puedes imaginar de qué tipo. Cuando cayó su red... No sé si Israel te habrá hablado de ello. Fue cuando él acabó en la cárcel junto a su amigo Fidel. Pues bien, desde entonces, los marselleses, la familia Bandani, andan escondidos. Su mueven mucho más en la clandestinidad. Es más difícil dar con ellos. Tienen cientos de guaridas. Israel puede estar en cualquier parte.

—¿Y Pablo trabaja para ellos?

—Sí. Trabajaba para Gabriel Kul, pero en realidad nos vigilaba. Para que los Bandani pudieran responder por la honestidad de Israel ante sus clientes, debían asegurarse de que cumplía con lo establecido y le exigieron que uno de sus hombres trabajase con nosotros. Ese era el papel de Pablo. El trabajo de asistente en la casa le daba la cobertura perfecta y le permitía enterarse de todo. Y nosotros teníamos que aceptarlo.

—¿Y por qué se arriesgó tanto si sabía que lo estaban vigilando?

—Siempre decía que por ti, pero podía haberlo hecho sin exponerse tanto. Tenía otro plan oculto que jamás me contó.

Un nuevo callejón sin salida. Me sirvo un poco de café y me siento en un taburete, en la isla, enfrente de Roque. Ahora no disimula, se le ve triste y preocupado. Jamás hubiera pensado que ese hombre tuviera sentimientos.

—Me salvó la vida, ¿sabes? —musita. Está hablando de tal forma que parece que lo seguiría haciendo, aunque yo no estuviera allí, como si fuera su alma la que expresara con palabras lo que lleva dos semanas guardando dentro—. En la cárcel de Marsella, me cosieron a puñaladas en las duchas. La cicatriz de la cara es la más visible, pero tengo muchas más. Cuando eso ocurre, los guardias suelen desaparecer. No quieren verse implicados en los enfrentamientos entre internos. Regresan cuando ya todo ha pasado y así no se meten en líos.

»Yo me estaba desangrando cuando Israel me tomó por los brazos y me arrastró por los pasillos hasta llevarme al patio. Me dejó allí, tendido, para que me vieran y no pudieran ignorarme. Así fue como consiguió la ayuda que yo necesitaba. La última imagen que vi de él

antes de desmayarme fue su cara embadurnada con mi sangre.

»Desde entonces somos hermanos. Haría cualquier cosa por él. Incluso pagaría con mi propia vida. Me pidió que te protegiera y ya puede venir el ejército más poderoso del mundo que moriré haciéndolo.

Después de esa declaración, no se me ocurre nada que decir. Cada cosa nueva que sé de Israel hace que lo quiera un poco más. Si estas dos semanas se convierten en dos meses y los dos meses en dos años, no sé cómo voy a vivir sin él.

—¿No se te ocurre ningún lugar donde puedan haberlo llevado?

Roque mueve la cabeza negándolo.

—Cuando lo contrataron para que organizara todo su sistema, lo llevaron a algún lugar secreto. Jamás me desveló dónde había estado. Dijo que así me protegía.

—¿No te contó nada de ese lugar?

—Nada. Me dijo que se había pasado tres días la mar de aburrido. Apenas si había tenido dos o tres conversaciones de negocios y el resto del tiempo se lo pasó enclaustrado en una habitación con vistas al mar de la que no podía salir. Estuvo casi todo el tiempo escribiendo. Así mataba el rato. Recuerdo que lo llamó la fortaleza, pero nada más.

Un fogonazo estalla en mi mente como un fuego artificial en mitad de una noche plácida. La sola palabra que acaba de pronunciar Roque sirve para activar todos los circuitos de mi cerebro; tanto que me pongo en guardia como si fuera una leona que acaba de divisar a su presa.

—¿Qué acabas de decir?

Roque me mira como si estuviera hablando en otro idioma.

—¿Qué?

—¿Cómo llamó Israel a ese lugar?

—La fortaleza, ¿por qué?

Es todo lo que necesito saber. Ante mis ojos han aparecido unos folios grapados encima de otros muchos y llenando una maleta enorme. Salgo corriendo en dirección a las escaleras. Luego cruzo el pasillo de la planta alta y me voy hasta nuestro dormitorio. Allí sigue la maleta llena de los relatos de Israel, y también allí está el único texto referido a su viejo personaje, Gabriel Kul. Lo sostengo entre mis manos y leo el título en voz alta:

—La Fortaleza.

Me doy prisa en pasar la página de la portada y mis ojos se abren de par en par mientras recorren las primeras líneas del relato.

Habían decidido irse de vacaciones a la isla de Embiez. Aunque por entonces aún no sabían que serían las últimas, una vaga sensación de presagio, de destino inevitable, acompañó a Gabriel desde ese primer instante.

—¿Qué ocurre? —pregunta la voz de Roque a mi espalda.

—¿Sabes dónde está la isla de Embiez?

—Sí, cerca de Marsella. ¿Por qué?

—Allí es donde está Israel.

Tomamos un avión comercial que nos llevó a Madrid y, desde allí, otro a Marsella. Viajar con el avión privado de Gabriel Kul nos hubiera impedido pasar desapercibidos. No estábamos seguros de si debíamos ser discretos y sorprenderlos o, por el contrario, hacerles ver desde el principio que los habíamos descubierto. Nos decidimos por lo primero.

—Ante el desconocimiento, cautela —dijo Roque cuando le planteé mi duda.

Una vez en Marsella, tomamos un tren que nos condujo hasta Toulon y desde allí, un ferry directo hasta el lugar de destino.

Embiez es la isla más grande de un archipiélago con el mismo nombre muy cerca del continente. Allí hay un puerto deportivo, varios restaurantes y un hotel aceptable. Es mucho más pequeña de lo que imaginábamos, así que el pasar desapercibido que teníamos previsto va a resultar complicado.

Sin embargo, decidimos no cambiar los planes. Lo que tenga que ser, será. Nos registramos en el hotel con nuestros propios nombres y después nos dirigimos a almorzar al que parece el mayor restaurante de la isla, sin ocultarnos.

Es un lugar turístico y se nota enseguida el bullicio propio de los sitios de vacaciones. La verdad es que no tengo ni idea de por dónde empezar, por eso confío en que Roque sepa desenvolverse mejor que yo.

De momento sigue tan silencioso como siempre. No me desvela nada de lo que piensa hacer. Sé que no le parece una buena idea que hayamos venido, pero no le quedaba otro remedio después de que lo amenazara con hacerlo yo sola. Ahora nos encontramos en la terraza, observando a la gente y esperando a que aparezca el camarero para servirnos.

Sin embargo, todo esto pasa a un segundo plano cuando lo vemos. Mi boca se ha quedado completamente abierta y la de Roque no es muy distinta. Los dos seguimos con la mirada a Pablo, sin decir nada. Va acompañado de otros dos chicos jóvenes y parece que es él quien manda. Hay algo que me desentona cuando lo veo darles órdenes. Hace tiempo que no me parece el hombre afable que me cocinó unas crepes para desayunar, pero contemplar su autoridad con mis propios ojos se me antoja como una revelación.

Los tres se detienen en el embarcadero del puerto deportivo. Pablo habla algo con el propietario de un barco que está atracado frente a él. Luego echa un vistazo general y nos ve. Al principio su vista ha pasado sobre nosotros como si filmara un paisaje, y después ha regresado mostrando en su rostro una expresión preocupada. Permanece unos instantes mirándonos, con los ojos entornados, y a continuación se lleva una mano a la frente como para asegurarse de que lo que ve es real.

Luego, Pablo les dice algo a los chicos que van con él y entonces comienza a caminar hacia nosotros, solo, dejando a sus acompañantes atrás. Mientras sube los escalones que conducen a la terraza en la que nos encontramos, ha desaparecido todo rastro de la amabilidad que siempre me ha profesado. Llega directamente y se sienta a nuestra mesa sin que lo hayamos invitado.

—¿Qué demonios hacéis aquí?

—Sabemos que tenéis a Israel en esta isla —respondo.

—Maldita sea, Roque. ¿Es que eres imbécil? ¿Cómo se te ocurre ponerla en peligro de esta manera?

Roque no contesta. Es posible que esté de acuerdo con él, pero yo me mantengo en mis trece.

—¿Dónde está? Quiero verlo.

Pablo me mira y luego se dirige a mi acompañante.

—Escúchame, bien —le dice—. Si tenéis habitación en el hotel, id allí y no salgáis hasta las cuatro.

—¿Qué pasa a las cuatro? —pregunta Roque.

—Que sale el próximo ferry hasta el continente y más vale que estéis los dos en él.

Entonces, Pablo se levanta y me lanza una última mirada. Me parece distinguir un atisbo de su antigua amabilidad.

—Esto ha sido un error, señorita Mai —me dice y luego se va para reunirse de nuevo con sus compañeros.

Durante el tiempo que permanece en el puerto, ya no nos vuelve a mirar, como si no existiéramos. Más tarde lo vemos subirse a un coche, un *jeep* sin capota, que desaparece por una pista asfaltada a través de un bosque de pinos que rodea la aldea en la que estamos.

—Tal vez deberíamos hacerle caso —musita Roque.

Por supuesto que no le hemos hecho caso. Por el horizonte ha aparecido el ferry de las cuatro, luego ha atravesado la bocana del puerto y atracado en unos de sus muelles. Una hora después lo hemos visto marcharse sin nosotros. Roque no ha vuelto a decir nada. Respeta mi decisión, aunque no le guste en absoluto.

Estamos apoyados en un murete a la salida de la aldea, contemplando las embarcaciones, como dos turistas más. Él permanece en silencio, yo también, pero estoy ansiosa por saber qué es lo que debemos hacer. Lo que me pide el cuerpo es pasearme por los restaurantes y las casas vecinas con la foto de Israel preguntando si alguien lo ha visto, pero no me atrevo a proponerlo siquiera. Tengo la impresión de que esa sería la reacción de una aficionada y que aquí se requieren profesionales.

Profesionales como Roque.

—¿Qué hacemos? —le pregunto.

—Nada —responde—. Saben que estamos aquí, no tardarán en aparecer.

Bueno, esa respuesta despeja mis dudas, pero al mismo tiempo aumenta mis temores. Saberse vigilados por una familia de criminales no es que sea un picnic, precisamente. Intento relajarme observando el cielo iluminado por un sol que ya se empieza a debilitar. El tiempo sigue pasando demasiado lento sin que suceda nada y yo he ido mirando el reloj a intervalos, como si estar pendiente de la hora sirviera para algo. Ahora ya son las seis y el bullicio del mediodía se ha atenuado bastante. Embiez sería un lugar precioso para pasar unas vacaciones.

Y entonces, oímos el motor del coche. Antes de que aparezca por la pista que atraviesa el bosque yo ya sé que son ellos y que vienen a por nosotros. Efectivamente, aparecen los tres de esta mañana, con Pablo junto al conductor y detienen el vehículo a nuestro lado. El afable cocinero ahora está furioso y se queda mirando a Roque como si quisiera tirarlo al mar.

—Subid —dice.

Obedecemos en silencio y nos acomodamos en el asiento de atrás, junto a uno de los chicos jóvenes. Luego, el *jeep* se pone en marcha y se zarandea a un lado y a otro por unos violentos vaivenes que hacen que me tenga que agarrar a Roque y él a una de las barras protectoras. El corazón se me quiere salir por la garganta mientras avanzamos por el bosque en dirección a no se sabe dónde.

Después de unos diez minutos, nos detenemos frente a una casa que parece una de esas haciendas italianas del siglo XIX, casi sacada de *El gatopardo*, la novela de Lampedusa. Es un edificio de dos plantas, de fachada blanca y tejas rojas y una baranda negra rodea una terraza que hace de entrada a la casa.

Nos apeamos y somos conducidos al interior y llevados hasta un enorme salón repleto de trastos viejos. En una de las paredes hay colgados varios fusiles antiguos, no estoy segura de qué época. También hay una chimenea en una de las paredes, entre dos ventanas, y dos sofás grandes y blancos, idénticos, en el centro de la estancia, uno frente al otro. En uno de ellos, está sentado un hombre de unos cincuenta años, bronceado, con el pelo blanco y escaso, y peinado hacia atrás. Va

vestido con una camisa azul eléctrico y unos pantalones blancos, y calzado con unas sandalias de tiras. Todo muy veraniego.

El hombre nos sonrío al vernos. Nos señala el sofá que está vacío frente a él para que nos sentemos al tiempo que nos dice:

—No se imaginan cómo me alegro de verlos. ¿Saben lo que hemos estado haciendo estas dos semanas?

Habla bien español, aunque con un ligero acento francés que solo se le nota en la entonación y en la pronunciación de las erres.

—Ha tenido a Israel secuestrado —le respondo.

—Bueno, claro... Supongo que esa es la palabra. Lo cierto es que nos ha tenido muy ocupados. Hemos dedicado un montón de horas a dismantelar su organización. Como comprenderá no podemos seguir confiando en Gabriel Kul después de que todo el mundo lo conozca. Nuestros negocios requieren discreción.

»El caso es que ya habíamos terminado. Mañana, Israel iba a ser liberado y podría regresar libremente a España. Y ustedes se preguntarán: ¿Lo iba a liberar, así como así? Bueno, no es que fuera mi deseo, pero no me quedaba más remedio. Israel afirma que tiene en su poder un informe con todos los detalles de las operaciones que ha realizado para nosotros y nuestros clientes, con un montón de nombres, además. Ese informe lo guarda su novia periodista, que además se encuentra protegida por un profesional. —Al decir esto mira a Roque—. No nos podíamos acercar a ella, aunque la tuviéramos vigilada, porque podría publicar el informe en cualquier momento en su diario digital.

»Pensé que lo más sensato era sacar a Israel del negocio y olvidarnos de él, aunque me sintiera tan decepcionado con su comportamiento. Yo le he dado todo lo que posee. No es lo más seguro para mí, claro. Israel siempre puede volverse contra nosotros y colaborar con algún gobierno. ¿Pero qué podía hacer? No me quedaba más remedio que confiar en que eso no ocurriría.

»Sin embargo, el hecho de que hayan aparecido ustedes aquí ha resultado muy revelador. Porque ¿quién se arriesga a salvar a su novio a pecho descubierto (en sentido figurado, claro) teniendo un arma tan poderosa como el informe de Israel? Muy sencillo, alguien que no tiene ese informe. De hecho, alguien que no tiene nada. Su presencia en Embiez, señorita Mai, me ha confirmado que el informe no existe. Ahora podré optar por el camino más seguro para nosotros: que ustedes tres desaparezcan para siempre, y así ya no me tenga que preocupar más.

Jamás me he sentido tan estúpida.

El lugar donde nos tienen encerrados es un sótano. Apenas entra algo de luz por una ventana destartada cerca del techo que da al campo. El cielo ya se oscurece y el silencio que nos rodea hace que me estremezca. Estoy muerta de miedo y además me siento la responsable de toda esta situación absurda.

—Perdona —le digo a Roque que se sienta a mi lado. Ambos lo estamos en una especie de banco de madera del jurásico que protesta cada vez que nos movemos.

—No te preocupes, no es culpa tuya.

Sus palabras me reconfortan solo un instante. En cuanto echo un vistazo a mi alrededor me hundo en la miseria al ser consciente de nuestra situación desesperada. Lo único que tiene el lugar por muebles son unos cuantos aperos de labranza y una botella de agua con la que aliviarnos la sed de vez en cuando. ¿Qué más necesitan unos moribundos?

Y entonces nos sorprende el candado de la puerta. Esta se abre lentamente y yo me pongo a

temblar al pensar que ya es el final, que ya vienen a por nosotros. Sin embargo, la euforia recorre mi cuerpo cuando veo a Israel en el umbral. Se muestra estupefacto, no nos esperaba. Yo corro hacia él y luego lo abrazo, y lo beso y compruebo que se encuentra bien.

—¡Mierda! —exclama, y uno de los chicos que nos trajo en el jeep nos empuja de nuevo hacia el interior del sótano y cierra la puerta a nuestra espalda.

Nos sentamos los dos en el banco, mientras Roque se levanta y se apoya en un pilar situado justo en el centro de la estancia. Israel lo mira y le dice:

—¿Por qué la has traído aquí?

—Es más bien ella la que me ha traído a mí.

—Te dije que la protegieras.

—Sí, pero se te olvidó contarme todo lo que tenías planeado.

—¿Por qué no nos lo dijiste, Israel? —pregunto yo.

Él se reclina hacia delante y hunde la cabeza entre los hombros. Parece desesperado y ahora me asusto de verdad.

—Pensaba hacerlo. En cuanto volviéramos a Tenerife os iba a contar todo el plan. Yo mismo iba a venir a Embiez por propia voluntad para terminar con Gabriel Kul. Vosotros me serviríais de seguro de vida. Pero Pablo nos sorprendió en el aeropuerto y me vi obligado a improvisar. Decidí seguir adelante según lo planeado y confiar en que no se acercaran a vosotros. De esa manera no se enterarían de la verdad y yo podría seguir con el farol.

»Nunca conté con que me encontraríais.

—¿Por qué no existe el informe? —pregunta Roque—. ¿Por qué no has hecho uno? Tienes toda la información.

—Porque no hubiera podido elaborarlo sin que se dieran cuenta. La red que he montado es tan compleja y está tan tupida que el mero hecho de pedir información a alguno de mis agentes haría saltar las alarma en los demás. Bandani lo hubiera sabido y se habría oído algo antes de que yo tuviera preparada la presentación en público de Gabriel Kul. La farsa era lo más seguro que podía poner en marcha y confiar en que saliera bien.

—Lo siento —murmuro abrazándome a él. Habría salido bien si no hubiera sido por mi impaciencia.

—No es culpa tuya —responde emulando a su amigo.

Pero lo cierto es que me siento una completa imbécil. Jugando a detectives en un juego que desborda toda mi experiencia. ¿Por qué no me podía haber quedado quieta como me decía Roque y confiar en él? No, tenía que estropearlo todo y ahora las consecuencias son desastrosas.

Mis ojos se llenan de lágrimas sin que yo lo pueda evitar. Israel me las seca con el dedo y me da un dulce beso, el más dulce que me ha dado nunca. Tal vez porque siento que es el último.

—No te preocupes —me dice—, hablaré con ellos. Los convenceré de los problemas en los que se pueden meter si matan a una periodista. Conseguiré que os liberen.

—¿Y tú?

—Bueno, yo sabía a lo que me arriesgaba, pero vosotros estáis en esto por mí. No es justo.

—No te voy a dejar morir aquí. ¿Cómo voy a vivir sin ti?

—Ya lo hiciste una vez.

—Tú mismo lo dijiste, no funcionó.

—Esta vez funcionará, tendrá que hacerlo. No vais a morir en este lugar.

—Habla por ella, hermano —dice Roque—. Yo me quedo contigo.

Y entonces guardamos silencio. Israel y yo nos abrazamos durante largo rato. El tiempo ha

dejado de tener sentido para nosotros. Estaría en la gloria si no fuera por la situación en la que nos encontramos. Trato de ser positiva, de mantener un hilo de esperanza, pero cada vez me hago más a la idea de que el final está cerca. Me resigno pensando que aquel primer amor de mi vida, aquel chico del que estuve tan enamorada, también será el último hombre del que lo esté. Moriré amándolo y siendo amada por él.

De repente, nos sorprende de nuevo el sonido de los cerrojos. Los tres aguardamos expectantes a que aparezcan los hombres armados. ¿Nos dispararán aquí mismo o nos llevarán al lugar en el que van a esconder nuestros cuerpos y será allí donde lo hagan?

Nada de lo que estoy imaginando ocurre. Quien hace aparición es Pablo, con su rostro esta vez preocupado. Cierra la puerta tras de sí y se acerca a nosotros. ¿Es él el verdugo? No lo parece, no va armado y además se mueve con calma, como si más bien viniera a charlar.

—Escuchad —dice—, me he sacado algo de la chistera que quizá funcione.

—¿De qué estás hablando? —le pregunta Roque con desprecio. Por un momento parece que se va a abalanzar sobre él y despedazarlo ahí mismo.

Sin embargo, Pablo continúa como si no fuera consciente de ello.

—El informe del que habla Israel existe. Hace unos diez minutos me ha llamado una periodista tinerfeña llamada Mercedes Abreu. Me ha dicho que mantiene en su poder una cantidad considerable de información que puede hacer caer de la noche a la mañana las finanzas de todo el crimen organizado a nivel mundial. Amenaza con publicarlo esta misma noche en la web LaOnda.com si no os liberamos a los tres inmediatamente.

—¿Qué tiene que ver Merche con todo esto? —le pregunto a Pablo.

—Nada —responde—. Es posible que la señorita Merche ni siquiera sepa nunca que la hemos metido en este asunto. Lo importante es que la trola ha colado y Bandani ha decidido liberaros. Ese informe jamás debe ser publicado o pagaréis con vuestra vida. Por suerte para vosotros, el informe no existe, pero eso solo lo sabemos los aquí presentes, ¿verdad? Y a ninguno nos interesa decirlo.

»El trato es sencillo, Israel. Te quedas sin nada. Todo el dinero estará fuera de tu alcance con el desmantelamiento de tu sistema. Gabriel Kul desaparece para siempre. Algunos medios de comunicación han publicado tu verdadera identidad. En ningún momento debes seguir dando pábulo a esos rumores. Con el tiempo todo el mundo se olvidará de Kul y tú no participarás en nada que pueda contribuir a recordarlo. ¿Entendido?

Israel asiente.

—Como te dije una vez, lo has echado todo a perder. Demasiado bien te ha salido.

Pablo regresa a la puerta, pero antes de abandonar el sótano se vuelve y dice:

—En media hora, vendrá a recogeros al puerto un barco que os llevará al continente. Volved a Tenerife y olvidaros de nosotros y de Gabriel Kul.

—Pablo, ¿por qué lo haces? —le pregunta Israel.

El cocinero de crepes medita la respuesta, como si ni el mismo estuviera seguro de la razón.

—No me apetece nada tirar al mar el cuerpo de la señorita Mai para que se lo coman los peces. Me cae bien.

Se da la vuelta y se dispone a irse.

—¡Pablo! —lo llamo para que no salga aún.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias —le digo. Ese hombre nos ha salvado la vida.

—De nada, señorita Mai. Espero no volver a verla, aunque me entristezca el alma tal

perspectiva.

El vuelo de vuelta es el más extraño de toda mi vida. Es muy temprano, estamos cansados, pero la adrenalina de habernos salvado en el último minuto nos mantiene alerta mientras el resto del pasaje dormita a nuestro alrededor. Todo el viaje de regreso al aeropuerto nos lo hemos pasado Israel y yo besándonos como si estuviéramos de luna de miel, pero no me engaño, aún me tiemblan las manos al recordar lo cerca que hemos estado del final.

Ahora, en el avión, hemos caído en una especie de silencio distante. Como si cada uno de nosotros necesitara algo de espacio para asumir lo ocurrido. Roque está unas filas más atrás y la última vez que lo he visto miraba una película en su móvil. Israel se encuentra a mi lado, hablando por teléfono con Julian. Lo tranquiliza, le dice que no ha pasado nada, que solo eran cosas de negocios y, sobre todo, que no lo vuelva a llamar Gabriel. Luego cuelga y cierra un momento los ojos.

—¿Tienes sueño? —le pregunto.

—La verdad es que no, ¿y tú?

—No podría dormir, aunque quisiera.

—Ya, ha sido una noche rara.

—¿Qué va a pasar ahora con tus proyectos? —le pregunto.

—De la Casona se ocupará Julian, ahora es un hombre rico. La reserva marina está asegurada. Me encargué de desviar los fondos suficientes cuando planeé todo esto para que la obra pudiera terminarse.

Respiro aliviada, pero algo me inquieta aún.

—Hay una pregunta que llevo queriendo hacerte desde la noche de la exposición en Londres.

—Adelante.

—Todo aquello... La lista Forbes, la aparición de Gabriel Kul en la galería, la publicación de nuestro reportaje esa misma noche... Si no fue una enorme campaña de marketing, es que Julian tuvo mucha suerte.

—Julian no sabía lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera podía imaginarse que iba a pasar de ser un simple tutor de chicos conflictivos a convertirse en una estrella del mundo del arte.

—¿Lo hiciste a propósito? ¿Lo preparaste todo?

—Todo. Yo filtre la información de mi fortuna a la revista Forbes. La dueña de la agencia de noticias PressCoop, que le encargó el reportaje a tu diario, es una sociedad participada por Gabriel Kul. Yo programé la fecha de la exposición a pesar de que Julian pensaba que no estaba preparado y a través de la agencia de noticias establecí cuándo se tenía que publicar el reportaje. Todo debía coincidir.

—Nos utilizaste.

—Te lo dije. Iba a hacer lo que fuera por tenerte de nuevo. No había ninguna otra razón para hacer lo que hice.

No estoy enfadada. Empiezo a conocerlo. En cierto modo, admiro su determinación. Va un paso siempre por delante de nosotros y conocía mis deseos antes incluso que yo misma.

—Te conozco —dice—. Eres una persona honesta. Jamás podrías vivir con un tipo como Gabriel Kul. Es posible que una vida de millonario te pudiera obnubilar durante un tiempo, pero al final el conflicto ético de que todo el dinero estuviese podrido acabaría por destruirnos. Por eso decidí terminar con él. Un Kul público sería absolutamente inútil. Estaría quemado, ya lo has visto. Era la única manera de romper con esa mafia y regresar a la vida honrada.

—¿Pero por qué lo de Julian? ¿Por qué todo el lío con la entrevista? ¿Por qué no hacerlo público directamente? Presentarte como Gabriel Kul y ya está.

—En primer lugar, por amistad hacia él. Es un hombre con mucho talento y se merece todo lo bueno que le pase. Y en segundo lugar porque llevo años comprándole sus cuadros. Durante todo ese tiempo yo he sido su único cliente; bueno y Roque, que ha adquirido también algunos siguiendo mi consejo. Hace un momento, cuando he hablado con Julian me ha dicho que ninguno de sus cuadros se vende por menos de dos millones de euros.

La perspectiva de lo que me está contando me deja sin respiración. El cálculo es bastante sencillo de hacer. Lleva años comprándole cuadros y cada cuadro vale dos millones de euros. La pregunta sale sola.

—¿Cuántos cuadros suyos tienes?

Israel sonríe.

—Más de cien.

—¡Más de cien! —repito como una idiota.

—Puede que Israel Gomez Fonseca no sea tan rico como Gabriel Kul, pero si nos administramos bien, los doscientos millones de euros nos pueden servir para vivir bastante desahogados.

No sé qué decir. Tampoco sé si reír por la brillantez de la operación o cabrearme porque me la haya mantenido en secreto. Debería estar furiosa con él, pero hace un rato he visto la muerte tan de cerca que lo único que quiero en este momento es disfrutar de la vida a su lado.

—Estaba pensando... —me susurra.

—¿Sí?

—¿Recuerdas en el aeropuerto de Londres cuando te hablé del Mile High Club?

—Claro.

—¿Recuerdas lo que me dijiste?

—No.

—Me retaste.

—¿Yo?

—Dijiste que hacerlo en un avión privado no tenía mérito.

Me estoy arrepintiendo de mis propias palabras. La mirada verde de lobo está clavada en mí y sé lo que eso significa: que por mucha vergüenza que me dé...

Y los dos volvemos nuestros ojos al mismo tiempo hacia la puerta del baño que permanece tentadoramente abierta.